La vida del Buscón (o Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos; ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños) es una novela picaresca en castellano, escrita por Francisco de Quevedo ©.

El libro se publicó por primera vez en 1626, aunque circuló antes en copias manuscritas algunas de las cuales se conservan hoy en día. Quevedo nunca reconoció haber escrito El Buscón, probablemente para esquivar problemas con la Inquisición, y su silencio sobre esta obra, pese a estar la autoría fuera de toda duda, ha incrementado los problemas en la datación de su composición.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I
En que cuenta quién es y de dónde.

Yo, señor, soy de Segovia. Mi padre se llamó Clemente Pablo, natural del mismo pueblo; Dios le tenga en el cielo. Fue, tal como todos dicen, de oficio barbero; aunque eran tan altos sus pensamientos, que se corría de que le llamasen así, diciendo que él era tundidor de mejillas y sastre de barbas. Dicen que era de muy buena cepa, y, según el bebía, es cosa para creer.
Estuvo casado con Aldonza de San Pedro, hija de Diego de San Juan y nieta de Andrés de San Cristóbal.
Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja, aunque ella, por los nombres, y sobrenombres de sus pasados, quiso esforzar que era descendiente de la letanía. Tuvo muy buen parecer, y fue tan celebrada, que, en el tiempo que ella vivió, casi todos los copleros de España hacían cosas sobre ella.
Padeció grandes trabajos recién casada, y aun después, porque malas lenguas daban en decir que mi padre metía el dos de bastos para sacar el as de oros. Probósele que, a todos los que hacía la barba a navaja, mientras les daba con agua, levantandoles la cara para el lavatorio, un mi hermanico de siete años les sacaba muy a su salvo los tuétanos de las faldriqueras. Murió el angelico de unos azotes que le dieron en la carcel. Sintiólo mucho mi padre, por ser tal que robaba a todos las voluntades.
Por estas y otras niñerias, estuvo preso; aunque, según a mi me han dicho después, salió de la carcel con tanta honra, que le acompañaron doscientos cardenales, sino que a ninguno llamaban "señoría". Las damas diz que salían por verle a las ventanas, que siempre pareció bien mi padre a pie y a caballo. No lo digo por vanagloria, que bien saben todos cuan ajeno soy della.
Mi madre, pues, no tuvo calamidades. Un dia alabándome una vieja que me crió, decía que era tal su agrado, que hechizaba a cuantos la trataban. Sólo diz que se dijo no se que de un cabrón y volar, lo cual la puso cerca de que la diesen plumas con que lo hiciese en público. Hubo fama que reedificaba doncellas, resucitaba cabellos encubriendo

canas. Unos la llamaban zurzidora de gustos; otros, algebrista de voluntades desconcertadas, y por mal nombre alcagÜeta. Para unos era tercera, primera para otros, y flux para los dineros de todos. Ver, pues, con la cara de risa que ella oía esto de todos, era para dar mil gracias a Dios.
No me detendré en decir la penitencia que hacía. Tenía su aposento —donde sola ella entraba y algunas veces yo, que, como era chico, podía—, todo rodeado de calaveras que ella decía eran para memorias de la muerte, y otros, por vituperarla, que para voluntades de la vida. Su cama estaba armada sobre sogas de ahorcado, y decíame a mí: -"¿Qué piensas? Éstas tengo por reliquias, porque los más destos se salvan".
Hubo grandes diferencias entre mis padres sobre a quién había de imitar en el oficio, mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me aplique a uno ni a otro. Decíame mi padre: —«Hijo, esto de ser ladrón no es arte mecánica sino liberal». Y de allí a un rato, habiendo suspirado, decía de manos: —«Quien no hurta en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles y jueces nos aborrecen tanto? Unas veces nos destierran, otras nos azotan y otras nos cuelgan, aunque nunca haya llegado el día de nuestro santo. No lo puedo decir sin lágrimas» —lloraba como un niño el buen viejo, acordándose de las veces que le habían bataneado las costillas—; «Porque no querrían que, adonde están, hubiese otros ladrones sino ellos y sus ministros. Mas de todo nos libró de buena astucia. En mi mocedad, siempre andaba por las iglesias, y no de puro buen cristiano. Muchas veces me hubieran llorado en el asno, si hubiera cantado en el potro. Nunca confesé sino cuando lo mandaba la Santa Madre Iglesia, Y así, con esto y mi oficio, he sustentado a tu madre lo más honradamente que he podido».
—«¿Cómo a mí sustentado!» —dijo ella con grande cólera, que le pesaba que yo no me aplicase a brujo—; «yo os he sustentado a vos, y sacádoos de las carceles con industria, y mantenídoos en ellas con dinero. Si no confesábades, ¿era por vuestro ánimo o por las bebidas que yo os daba? ¡Gracias a mis botes! Y si no temiera que me habían de oír en la calle, yo dijera lo de cuando entré por la chimenea y os saqué por el tejado».
Más dijera, según se había encolerizado, si con los golpes que daba no se le desensartara un rosario de muelas de difuntos que tenía. Metílos en paz, diciendo que yo quería aprender virtud resueltamente, y ir con mis buenos pensamientos adelante. Y así, que me pusiesen a la escuela, pues sin leer ni escribir, no se podía hacer nada. Parecióles bien lo que yo decía, aunque lo gruñieron un rato entre los dos. Mi madre torno a ocuparse en ensartar las muelas, y mi padre fue a rapar a uno —así lo dijo él— no se si la barba o la bolsa. Yo me quedé solo, dando gracias a Dios porque me hizo hijo de padres tan hábiles y celosos de mi bien.

CAPÍTULO II
De cómo fuí a la escuela y lo que en ella me sucedió.

A otro dia, ya estaba comprada cartilla y hablado el maestro. Fui, señor, a la escuela; recibióme muy alegre, diciendo que tenía cara de hombre agudo y de buen entendimiento. Yo, con esto, por no desmentirle, dí muy bien la lición aquella mañana. Sentábame el maestro junto a sí, ganaba la palmatoria los más días por venir antes, y íbame el postrero por hacer algunos recados de "señora", que así

llamábamos la mujer del maestro. Teníalos a todos con semejantes caricias obligados. Favorecíanme demasiado, y con esto creció la envidia en los demás niños. Llegábame, de todos, a los hijos de caballeros y personas principales, y particularmente a un hijo de don Alonso Coronel de Zúñiga, con el cual juntaba meriendas. Íbame a casa a jugar los dias de fiesta, y acompañábale cada dia. Los otros, o que porque no les hablaba o que porque les parecía demasiado punto el mío, siempre andaban poniéndome nombres tocantes al oficio de mi padre. Unos me llamaban don Navaja, otros don Ventosa; cuál decía, por disculpar la envidia, que me quería mal porque mi madre le habia chupado dos hermanitas pequeñas, de noche; otro decía que a mi padre le habían llevado a su casa para que la limpiase de ratones, por llamarle gato. Unos me decían "zape" cuando pasaba, y otros "miz" . Cuál decía: —«Yo le tiré dos berenjenas a su madre cuando fue obispa». Al fin, con todo cuanto andaban royéndome los zancajos, nunca me faltaron, gloria a Dios. Y aunque yo me corría, disimulábalo. Todo lo sufría, hasta que un día un muchacho se atrevió a decirme a voces hijo de una puta y hechicera; lo cual, como me lo dijo tan claro —que aún si lo dijera turbio no me pesara— agarré una piedra y descalabréle. Fuíme a mi madre corriendo que me escondiese, y contéla el caso todo, a lo cual me dijo: —«Muy bien hiciste: bien muestras quien eres; solo anduviste errado en no preguntarle quién se lo dijo». Cuando yo oí esto, como siempre tuve altos pensamientos, volvíme a ella y dije: —«Ah, madre, pésame sólo de que ha sido más misa que pendencia la mía». Preguntóme que por qué, y díjela que porque había tenido dos evangelios. Roguéla que me declarase si le podía desmentir con verdad: o que me dijese si me había concebido a escote entre muchos, o si era hijo de mi padre. Rióse y dijo: —«Ah, noramaza, ¿eso sabes decir? No serás bobo: gracia tienes. Muy bien hiciste en quebrarle la cabeza, que esas cosas, aunque sean verdad, no se han de decir». Yo, con esto, quede como muerto, determinado de coger lo que pudiese en breves días, y salirme de casa de mi padre: tanto pudo conmigo la vergüenza. Disimulé, fue mi padre, curó al muchacho, apaciguólo y volvióme a la escuela, adonde el maestro me recibió con ira, hasta que, oyendo la causa de la rina, se le aplaco el enojo, considerando la razón que había tenido.

En todo esto, siempre me visitaba aquel hijo de don Alonso Zúñiga, que se llamaba don Diego, porque me quería bien naturalmente, que yo trocaba con él los peones si eran mejores los míos, dábale de lo que almorzaba y no le pedía de lo que el comía, comprábale estampas, enseñábale a luchar, jugaba con el al toro, y entreteníales siempre. Así que, los más días, sus padres del caballerito, viendo cuanto le regocijaba mi compañia, rogaban a los míos que me dejasen con el a comer y cenar y aún a dormir los mas días.

Sucedió, pues, uno de los primeros que hubo escuela por Navidad, que viniendo por la calle un hombre que se llamaba Poncio de Aguirre, el cual tenía fama de confeso, que el don Dieguito me dijo: —«Hola, llámale Poncio Pilato y echa a correr». Yo, por darle gusto a mi amigo, llámele Poncio Pilato. Corrióse tanto el hombre, que dió a correr tras mí con un cuchillo desnudo para matarme, de suerte que fue forzoso meterme huyendo en casa de mi maestro, dando gritos. Entró el hombre tras mí, y defendióme el maestro de que no me matase, asegurándole de castigarme. Y así luego —aunque señora le rogó por mi, movida de lo que yo la servía, no aprovechó—, mandóme desatacar, y, azotándome, decía tras cada azote: —«¿Diréis más Poncio Pilato?». Yo respondía: —«No, señor»; y respondílo veinte veces, a otros tantos azotes que me dió. Quede tan escarmentado de decir Poncio Pilato, y

con tal miedo, que, mandándome el día siguiente decir, como solía, las oraciones a los otros, llegando al Credo —advierta v.m. la inocente malicia—, al tiempo de decir «padeció so el poder de Poncio Pilato», acordándome que no había de decir mas Pilato, dije: «padeció so el poder de Poncio de Aguirre». Dióle al maestro tanta risa de oír mi simplicidad y de ver el miedo que le había tenido, que me abrazó y dio una firma en que me perdonaba los azotes las dos primeras veces que los mereciese. Con esto fui yo muy contento.
Llegó —por no enfadar— el tiempo de las Carnestolendas, y, trazando el maestro de que holgasen sus muchachos, ordeno que hubiese rey de gallos. Echamos suertes entre doce senalados por el, y cupome a mi. Avise a mis padres que me buscasen galas.
Llego el día, y salí en un caballo ético y mustio, el cual, mas de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola; el pescuezo, de camello y más largo, tuerto de un ojo y ciego del otro; en cuanto a edad, no le faltaba para cerrar sino los ojos; al fin, él más parecia caballete del tejado que caballo, pues, a tener una guadaña, pareciera la muerte de los rocines. Demostraba abstinencia en su aspecto y echábansele de ver las penitencias y ayunos: sin duda ninguna, no había llegado a su noticia la cebada ni la paja. Lo que más le hacía digno de risa eran las muchas calvas que tenía en el pellejo, pues, a tener una cerradura, pareciera un cofre vivo.
Yendo, pues, en él, dando vuelcos a un lado y otro como fariseo en paso, y los demás niños todos aderezados tras mí —que, con suma majestad, iba a la jineta sobre el dicho pasadizo con pieza—, pasamos por la plaza (aun de acordarme tengo miedo), y llegando cerca de las mesas de las verduras (Dios nos libre), agarró mi caballo un repollo a una, y ni fue visto ni oido cuando lo despachó a las tripas, a las cuales, como iba rodando por el gaznate, no llegó en mucho tiempo.
La bercera —que siempre son desvergonzadas— empezó a dar voces: llegáronse otras y, con ellas, pícaros, y alzando zanorias garrofales, nabos frisones, berenjenas y otras legumbres, empiezan a dar tras el pobre rey. Yo, viendo que era batalla nabal y que no se había de hacer a caballo, comencé a apearme; mas tal golpe me le dieron al caballo en la cara, que, yendo a empinarse, cayó conmigo en una —hablando con perdon— privada. Púseme cual v.m puede imaginar. Ya mis muchachos se habían armado de piedras, y daban tras las revendederas, y descalabraron dos.
Yo, a todo esto, después que caí en la privada, era la persona más necesaria de la riña. Vino la justicia, comenzó a hacer información, prendió a berceras y muchachos, mirando a todos qué armas tenían y quitándoselas, porque habían sacado algunos dagas de las que traían por gala, y otros espadas pequeñas. Llegó a mí, y viendo que no tenía ningunas, porque me las habían quitado, pidióme como digo las armas, al cual respondí, todo sucio, que, si no eran ofensivas contras las narices, que yo no tenía otras. Y de paso quiero confesar a v. m. que, cuando me empezaron a tirar las berenjenas, nabos, etcétera, que, como yo llevaba plumas en el sombrero, entendí que me habían tenido por mi madre y que la tiraban, como habían hecho otras veces; y así, como necio y muchacho, empecé a decir: —«Hermanas, aunque llevo plumas, no soy Aldonza de San Pedro, mi madre», como si ellas no lo echaran de ver por el talle y rostro. El miedo me disculpa la ignorancia, y el sucederme la desgracia tan de repente.
Pero, volviendo al alguacil, quisóme llevar a la cárcel, y no me llevó porque no hallaba por donde asirme: tal me había puesto del lodo. Unos se fueron por una parte y otros por otra, y yo me vine a mi casa desde

la plaza, martirizando cuantas narices topaba en el camino, Entré en ella, conté a mis padres el suceso, y corriéronse tanto de verme de la manera que venía, que me quisieron maltratar. Yo echaba la culpa a las dos leguas de rosin esprimido que me dieron. Procuraba satisfacerlos, y, viendo que no bastaba, salíme de su casa y fuíme a ver a mi amigo don Diego, al cual halle en la suya descalabrado, y a sus padres resueltos por ello de no le inviar mas a la escuela. Allí tuve nuevas de Como mi rocín, viéndose en aprieto, se esforzó a tirar dos coces, y, de puro flaco, se le desgajaron las ancas, y se quedo en el lodo bien cerca de acabar.
Viéndome, pues, con una fiesta revuelta, un pueblo escandalizado, los padres corridos, mi amigo descalabrado y el caballo muerto, determinéme de no volver más a la escuela ni a casa de mis padres, sino de quedarme a servir a don Diego o, por mejor decir, en su compañía, y esto con gran gusto de sus padres, por el que daba mi amistad al niño. Escribí a mi casa que yo no había menester más ir a la escuela porque, aunque no sabía bien escribir, para mi intento de ser caballero lo que se requería era escribir mal, y que así, desde luego, renunciaba la escuela por no darles gasto, y su casa para ahorrarlos de pesadumbre. Avise de donde y como quedaba, y que hasta que me diesen licencia no los vería.

CAPÍTULO III
De como fui a un pupilaje, por criado de don Diego Coronel.

Determinó, pues, don Alonso de poner a su hijo en pupilaje, lo uno por apartarle de su regalo, y lo otro por ahorrar de cuidado. Supo que había en Segovia un licenciado Cabra, que tenía por oficio el criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo, y a mí para que le acompañase y sirviese.
Entramos, primer domingo después de Cuaresma, en poder de la hambre viva, porque tal lacería no admite encarecimiento. Él era un clerigo cerbatana, largo solo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo (no hay más que decir para quien sabe el refrán), los ojos avecindados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos, tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz, entre Roma y Francia, porque se le había comido de unas búas de resfriado, que aun no fueron de vicio porque cuestan dinero; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba a comérselas; los dientes, le faltaban no se cuantos, y pienso que por holgazanes y vagamundos se los habían desterrado; el gaznate largo como de avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba a buscar de comer forzada de la necesidad; los brazos secos, las manos como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de medio abajo, parecía tenedor o compás, con dos piernas largas y flacas. Su andar muy espacioso; si se descomponía algo, le sonaban los gÜesos como tablillas de San Lázaro. La habla ética; la barba grande, que nunca se la cortaba por no gastar, y él decía que era tanto el asco que le daba ver mano del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese; cortábale los cabellos un muchacho de nosotros. Traía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras y guarniciones de grasa; era de cosa que fue paño, con los fondos en caspa. La sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de que color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión;

desde cerca parecía negra, y desde lejos entreazul. Llevábala sin ceñidor; no traía cuello ni puños. Parecía, con los cabellos largos y la sotana mísera y corta, lacayuelo de la muerte. Son signos de hipocresía, ver, por ejemplo, Séneca, Epístolas, V, 2. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo. Pues su aposento, aun arañas no había en el. Conjuraba los ratones de miedo que no le royesen algunos mendrugos que guardaba. La cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado por no gastar las sábanas. Al fin, él era archipobre y protomiseria.
A poder déste, pues, vine, y en su poder estuve con don Diego, y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento y nos hizo una plática corta, que aun por no gastar tiempo no duró más; díjonos lo que habíamos de hacer. Estuvimos ocupados en esto hasta la hora de comer. Fuímos Allá. Comían los amos primero, y servíamos los criados.
El refitorio era un aposento como un medio celemín. Sentábanse a una mesa hasta cinco caballeros. Yo miré lo primero por los gatos, y, como no los vi, pregunté que cómo no los había a un criado antiguo, el cual, de flaco, estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó a enternecerse, y dijo —«¿Cómo gatos? Pues ¿quién os ha dicho a vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo».
Yo, con esto, me comencé a afligir; y más me asusté cuando advertí que todos los que vivían en el pupilaje de antes, estaban como leznas, con unas caras que parecía se afeitaban con diaquilón. Sentóse el licenciado Cabra y echó la bendicion. Comieron una comida eterna, sin principio ni fin. Trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una dellas peligrara Narciso más que en la fuente. Noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban a nado tras un garbanzo güerfano y solo que estaba en el suelo. Decía Cabra a cada sorbo: —«Cierto que no hay tal cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula». Acabando de decirlo, echóse su escudilla a pechos, diciendo: —«Todo esto es salud, y otro tanto ingenio». ¡Mal ingenio te acabe!, decía yo entre mí, cuando vi un mozo medio espíritu y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecía que la había quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero a vueltas, y dijo el maestro en viéndole: —«¿Nabo hay? No hay perdiz para mí que se le iguale. Coman, que me huelgo de verlos comer». Repartió a cada uno tan poco carnero, que, entre lo que se les pegó a las uñas y se les quedo entre los dientes, pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba y decia: —Coman, que mozos son y me huelgo de ver sus buenas ganas». ¡Mire v.m. qué aliño para los que bostezaban de hambre!
Acabaron de comer y quedaron unos mendrugos en la mesa y, en el plato, dos pellejos y unos güesos; y dijo el pupilero: —«Quede esto para los criados, que también han de comer; no lo queramos todo». ¡Mal te haga Dios y lo que has comido, lacerado —decía yo—, que tal amenaza has hecho a mis tripas! Echo la bendición, y dijo: —«Ea, demos lugar a los criados, y váyanse hasta las dos a hacer ejercicio, no les haga mal lo que han comido». Entonces yo no pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enójose mucho, y díjome que aprendiese modestia, y tres o cuatro sentencias viejas, y fuese.
Sentámonos nosotros, y yo, que vi el negocio malparado y que mis tripas pedían justicia, como más sano y más fuerte que los otros, arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboquéme de tres mendrugos los dos, y el un pellejo. Comenzaron los otros a gruñir; al ruido entró Cabra, diciendo: —«Coman como hermanos, pues Dios les da con qué. No riñan, que para todos hay». Volvióse al sol y dejónos

solos.
Certifico a v.m. que vi a uno dellos, al más flaco, que se llamaba Jurre, vizcaíno, tan olvidado ya de cómo y por dónde se comía, que una cortecilla que le cupo la llevó dos veces a los ojos, y entre tres no le acertaban a encaminar las manos a la boca. Pedí yo de beber, que los otros, por estar casi en ayunos, no lo hacían, y diéronme un vaso con agua; y no le hube bien llegado a la boca, cuando, como si fuera lavatorio de comunión, me le quitó el mozo espiritado que dije.
Levantéme con grande dolor de mi alma, viendo que estaba en casa donde se brindaba a las tripas y no hacían la razón. Diome gana de descomer aunque no había comido, digo, de proveerme, y pregunté por las necesarias a un antiguo, y díjome: —«Como no lo son en esta casa, no las hay. Para una vez que os proveeréis mientras aquí estuviéredes, dondequiera podréis; que aquí estoy dos meses ha, y no he hecho tal cosa sino el día que entré, como agora vos, de lo que cené en mi casa la noche antes». ¿Cómo encareceré yo mi tristeza y pena? Fue tanta, que, considerando lo poco que había de entrar en mi cuerpo, no osé, aunque tenía gana, echar nada dél.
Entretuvímonos hasta la noche. Decíame don Diego que qué haría él para persuadir a las tripas que habían comido, porque no le querían creer. Andaban váguidos en aquella casa como en otras ahítos. Llegó la hora del cenar (pasóse la merienda en blanco); cenamos mucho menos, y no carnero, sino un poco del nombre del maestro: cabra asada. Mire v.m. si inventara el diablo tal cosa. —«Es cosa saludable» —decía— «cenar poco para tener el estomago desocupado»; y citaba una retahila de médicos infernales. Decía alabanzas de la dieta, y que se ahorraba a un hombre de sueños pesados, sabiendo que, en su casa, no se podía sonar otra cosa sino que comían. Cenaron y cenamos todos, y no cenó ninguno.
Fuímonos a acostar, y en toda la noche pudimos yo ni don Diego dormir, el trazando de quejarse a su padre y pedir que le sacase de allí, y yo aconsejándole que lo hiciese; aunque últimamente le dije: —«Señor, ¿sabéis de cierto si estamos vivos? Porque yo imagino que, en la pendencia de las berceras, nos mataron, y que somos ánimas que estamos en el Purgatorio. Y así, es por demás decir que nos saque vuestro padre, si alguno no nos reza en alguna cuenta de perdones y nos saca de penas con alguna misa en altar privilegiado».
Entre estas pláticas, y un poco que dormimos, se llegó la hora de levantar. Dieron las seis, y llamo Cabra a lición; fuimos y oímosla todos. Ya mis espaldas y ijadas nadaban en el jubón, y las piernas daban lugar a otras siete calzas; los dientes sacaba con tobas, amarillos, vestidos de desesperación. Mandáronme leer el primer nominativo a los otros, y era de manera mi hambre, que me desayuné con la mitad de las razones, comiéndomelas. Y todo esto creerá quien supiere lo que me contó el mozo de Cabra, diciendo que él había visto meter en casa, recién venido, dos frisones y que, a dos días, salieron caballos ligeros que volaban por los aires; y que vio meter mastines pesados y, a tres horas, salir galgos corredores; y que, una Cuaresma, topó muchos hombres, unos metiendo los pies, otros las manos y otros todo el cuerpo, en el portal de su casa, y esto por muy gran rato, y mucha gente que venía a sólo aquello de fuera; y preguntando a uno un día que qué sería —porque Cabra se enojó de que se lo preguntase— respondió que los unos tenían sarna y los otros sabañones, y que, en metiéndolos en aquella casa, morían de hambre, de manera que no comían desde allí adelante. Certificóme que era verdad, y yo, que conocí la casa, lo creo. Dígolo porque no pareza encarecimiento lo que dije.
Y volviendo a la lición, diola y decorámosla. Y prosiguió siempre en

aquel modo de vivir que he contado. Solo añadió a la comida tocino en la olla, por no sé qué le dijeron, un día, de hidalguía, allá fuera. Y así, tenía una caja de yerro, toda agujereada como salvadera, abríala, y metía un pedazo de tocino en ella, que la llenase, y tornábala a cerrar, y metíala colgando de un cordel en la olla, para que la diese algun zumo por los agujeros, y quedase para otro dia el tocino. Parecióle después que, en esto, se gastaba mucho, y dio en sólo asomar el tocino a la olla.

Pasábamoslo con estas cosas como se puede imaginar. Don Diego y yo nos vimos tan al cabo, que, ya que para comer, al cabo de un mes, no hallábamos remedio, le buscamos para no levantarnos de mañana; y así, trazamos de decir que teníamos algún mal. No osamos decir calentura porque, no la teniendo, era fácil de conocer el enredo. Dolor de cabeza o muelas era poco estorbo. Dijimos, al fin, que nos dolían las tripas, y que estábamos muy malos de achaque de no haber hecho nuestras personas en tres días, fiados en que, a trueque de no gastar dos cuartos en una melecina, no buscaría el remedio. Mas ordenólo el diablo de otra suerte, porque tenía una que había heredado de su padre, que fue boticario. Supo el mal, y tomóla y aderezó una melecina, y haciendo llamar una vieja de setenta años, tía suya, que le servía de enfermera, dijo que nos echase sendas gaitas.

Empezaron por don Diego; el desventurado atajóse, y la vieja, en vez de echársela dentro, disparósela por entre la camisa y el espinazo, y diole con ella en el cogote, y vino a servir por defuera de guarnición la que dentro había de ser aforro. Quedó el mozo dando gritos; vino Cabra y, viéndolo, dijo que me echasen a mí a la otra, que luego tornarían a don Diego. Yo me resistía, pero no me valió, porque, teniéndome Cabra y otros, me la echó la vieja, a la cual, de retorno, di con ella en toda la cara. Enojóse Cabra conmigo, y dijo que él me echaría de su casa, que bien se echaba de ver que era bellaquería todo. Yo rogaba a Dios que se enojase tanto que me despidiese, más no lo quiso mi ventura.

Quejábamonos nosotros a don Alonso, y el Cabra le hacía creer que lo hacíamos por no asistir al estudio. Con esto, no nos valían plegarias. Metió en casa la vieja por ama, para que guisase de comer y sirviese a los pupilos, y despidió al criado porque le halló, un viernes a la mañana, con unas migajas de pan en la ropilla. Lo que pasamos con la vieja, Dios lo sabe. Era tan sorda, que no oía nada; entendía por señas; ciega, y tan gran rezadora que un día se le desensartó el rosario sobre la olla y nos la trujo con el caldo más devoto que he comido. Unos decían: —«¡Garbanzos negros! Sin duda son de Etiopia». Otros decian: —«¡Garbanzos con luto! ¿Quién se les habrá muerto?» Mi amo fue el primero que se encajó una cuenta, y al mascarla se quebró un diente. Los viernes solía enviar unos güevos, con tantas barbas a fuerza de pelos y canas suyas, que pudieran pretender corregimiento y abogacía. Pues meter el badil por el cucharón, y inviar una escudilla de caldo empedrada, era ordinario. Mil veces topé yo sabandijas, pelos y estopa de la que hilaba, en la olla, y todo lo metía para que hiciese presencia en las tripas y abultase.

Pasamos en este trabajo hasta la Cuaresma. Vino, y a la entrada della estuvo malo un compañero. Cabra, por no gastar, detuvo el llamar médico hasta que ya él pedía confesión más que otra cosa. Llamó entonces un platicante, el cual le tomó el pulso y dijo que la hambre le había ganado por la mano en matar aquel hombre. Diéronle el Sacramento, y el pobre, cuando le vio —que había un día que no hablaba —, dijo: —«Señor mío Jesucristo, necesario ha sido el veros entrar en esta casa para persuadirme que no es el infierno». Imprimiéronseme

estas razones en el corazón. Murió el pobre mozo, enterrámosle muy pobremente por ser forastero, y quedamos todos asombrados. Divulgóse por el pueblo el caso atroz, llegó a oídos de don Alonso Coronel y, como no tenía otro hijo, desengañóse de los embustes de Cabra, y comenzó a dar más crédito a las razones de dos sombras, que ya estábamos reducidos a tan miserable estado. Vino a sacarnos del pupilaje y, teniéndonos delante, nos preguntaba por nosotros; y tales nos vio, que, sin aguardar a más, tratando muy mal de palabra al licenciado Vigilia, nos mando llevar en dos sillas a casa.
Despedímonos de los compañeros, que nos seguían con los deseos y con los ojos, haciendo las lástimas que hace el que queda en Argel, viendo venir rescatados por la Trinidad sus compañeros.

CAPÍTULO IV
De la convalecencia y ida a estudiar a Alcalá de Henares.

Entramos en casa de don Alonso, y echáronnos en dos camas con mucho tiento, porque no se nos desparramasen los huesos de por roídos de la hambre. Trujeron esploradores que nos buscasen los ojos por soda la cara, y a mí, como había sido trabajo mayor y la hambre imperial, que al fin me trataban como a criado, en buen rato no me los hallaron. Trajeron médicos y mandaron que nos limpiasen con zorras el polvo de las bocas, como a retablos, y bien lo éramos de duelos. Ordenaron que nos diesen sustancias y pistos. ¿Quién podra contar, a la primera almendrada y a la primera ave, las luminarias que pusieron las tripas de contento? Todo les hacía novedad. Mandaron los doctores que por nueve días no hablase nadie recio en nuestro aposento porque, como estaban güecos los estómagos, sonaba en ellos el eco de cualquiera palabra.
Con estas y otras prevenciones, comenzamos a volver y cobrar algún aliento, pero nunca podían las quijadas desdoblarse, que estaban magras y alforzadas; y así, se dio orden que cada día nos las ahormasen con la mano del almirez.
Levantámonos a hater pinicos dentro de cuarenta días, y aún parecíamos sombras de otros hombres y, en lo amarillo y flaco, simiente de Los Padres del yermo. Todo el día gastábamos en dar gracias a Dios por habernos rescatado de la captividad del fierísimo Cabra, y rogábamos al Señor que ningún cristiano cayese en sus manos crueles. Si acaso, comiendo, alguna vez nos acordábamos de las mesas del mal pupilero, se nos aumentaba la hambre tanto, que acrecentábamos la costa aquel día. Solíamos contar a don Alonso cómo, al sentarse a la mesa, nos decía males de la gula, no habiéndola él conocido en su vida. Y reíase mucho cuando le contábamos que, en el mandamiento de No matarás, metía perdices y capones, gallinas y todas las cosas que no quería darnos, y, por el consiguiente, la hambre, pues parecía que tenía por pecado el matarla, y aun el herirla, según regateaba el comer.
Pasáronsenos tres meses en esto, y, al cabo, trató don Alonso de inviar a su hijo a Alcalá, a estudiar lo que le faltaba de la Gramática. Díjome a mí si quería ir, y yo, que no deseaha otra cosa sino salir de tierra donde se oyese el nombre de aquel malvado perseguidor de estómagos, ofrecí de servir a su hijo como vería. Y, con esto, diole un criado para mayordomo, que le gobernase la casa y tuviese cuenta del dinero del gasto, que nos daba remitido en cédulas para un hombre que se llamaba Julián Merluza. Pusimos el hato en el carro de un Diego Monje, era una media camita, y otra de cordeles con

ruedas (para meterla debajo de la otra mía y del mayordomo, que se llamaba Baranda), cinco colchones, ocho sábanas, ocho almohadas, cuatro tapices, un cofre con ropa blanca, y las demás zarandajas de casa. Nosotros nos metimos on un coche, salimos a la tardecica, una hora antes de anochecer, y llegamos a la media noche, poco más, a la siempre maldita venta de Viveros.

El ventero era morisco y ladrón, que en mi vida vi perro y gato juntos con la paz que aquel día. Hízonos gran fiesta, y, como él y los ministros del carretero iban horros —que ya habían llegado tambien con el hato antes, porque nosotros veníamos de espacio—, pegóse al coche, diome a mi la mano por salir del estribo, y díjome si iba a estudiar. Yo le respondí que si. Metíome adentro, y estaban dos rufianes con unas mujercillas, un cuta rezando al olor, un viejo mercader y avariento, procurando olvidarse de cenar, y dos estudiantes fregones, de los de mantellina, buscando trazas para engullir. Mi amo, pues, como más nuevo en la venta y muchacho, dijo: —«Señor huésped, deme lo que hubiere para mí y mis criados». —«Todos lo somos de v.m.» —dijeron al punto los rufianes—, y le hemos de servir. Hola, huésped, mirad que este caballero os agradecerá lo que hiciéredes. Vaciad la dispensa». Y, diciendo esto, llegóse el uno y quítole la capa, y dijo: —«Descanse v. m., mi señor»; y púsola en un poyo.

Estaba yo con esto desvanecido y hecho dueño de la venta. Dijo una de las ninfas: —«Qué buen talle de caballero! ¿Y va a estudiar? ¿Es v.m su criado?» Yo respondí, creyendo que era así como lo decían, que yo y el otro lo eramos. Preguntáronme su nombre, y no bien lo dije, cuando el uno de los estudiantes se llegó a él medio llorando, y dándole un abrazo apretadísimo, dijo: Oh, mi señor don Diego, ¿quién me dijera a mí agora diez años, que había de había de ver yo a v.m. desta manera? iDesdichado de mí, que estoy tal que no me conocerá v.m.». Él se quedó admirado, y yo también, que juráramos entrambos no haberle visto en nuestra vida. El otro compañero andaba mirando a don Diego a la cara, y dijo a su amigo: —«¿Es este señor de cuyo padre me dijistes vos tantas cosas? iGran dicha ha sido nuestra conocelle según está de grande! Dios le guarde»; y empezó a santiguarse. ¿Quién no creyera que se habían criado con nosotros? Don Diego se le ofreció mucho, y, preguntándole su nombre, salió el ventero y puso los manteles, y, oliendo la estafa, dijo: —«Dejen eso, que después de cenar se hablara, que se enfría».

Llegó un rufián y puso asientos para todos y una silla para don Diego, y el otro trujo un plato. Los estudiantes dijeron: —«Cene v.m., que entre tanto que a nosotros nos aderezan lo que hubiera, le serviremos a la mesa». —¡Jesus! —dijo don Diego— vs. ms. se sienten, si son servidos». Y a esto respondieron los rufianes —no hablando con ellos—: «Luego, mi Señor, que aún no está todo a punto».

Yo cuando ví a los unos convidados y a los otros que se convidaban, afligíme, y temí lo que sucedió. Porque los estudiantes tomaron la ensalada, que era un razonable plato, y, mirando a mi amo, dijeron: —«No es razón que, donde está un caballero tan principal, se queden estas damas sin comer. Mande v. m. que alcancen un bocado». Él, haciendo del galán, convidólas. Sentáronse, y, entre los dos estudiantes y ellas no dejaron sino un cogollo, en cuatro bocados, el cual se comió don Diego. Y, al dársele, aquel maldito estudiante le dijo: —«Un agüelo tuvo v. m., tio de mi padre, que en viendo lechugas se desmayaba; ¡qué hombre era tan cabal!». Y, diciendo esto, sepultó un panecillo, y el otro, otro. ¿Pues las ninfas? Ya daban cuenta de un pan, y el que más comía era el cura, con el mirar sólo. Sentáronse los rufianes con medio cabrito asado y dos lonjas de tocino y un par de

palomas cocidas, y dijeron: —«Pues padre, ¿ahí se está? Llegue y alcance, que mi señor don Diego nos hace merced a todos». No bien se lo dijeron, cuando se sentó.
Ya, cuando vio mi amo que todos se le habían encajado, comenzóse a afligir. Repartiéronlo todo, y a don Diego dieron no sé qué huesos y alones; los demás se engulleron el cura y los otros.
Decían los rufianes: —«No cene mucho señor, que le hará mal», y replicaba el maldito estudiante: —«Y más, que es menester hacerse a comer poco para la vida de Alcalá». Yo y el otro criado estábamos rogando a Dios que les pusiese en corazón que dejasen algo. Y ya que lo hubieron comido todo, y que el cura repasaba los huesos de los otros, volvió el un rufián y dijo: —«Oh, pecado de mí, no habemos dejado nada a los criados. Vengan aquí vs. m.s. Ah, señor huesped, déles todo lo que hubiere; vea aquí un doblón». Tan presto saltó el descomulgado pariente de mi amo —digo el escolar— y dijo: —«Aunque v.m. me perdone, señor hidalgo, debe de saber poco de cortesía. ¿Conoce, por dicha, a mi señor primo? Él dará a sus criados, y aun a los nuestros si los tuvieramos, como nos ha dado a nosotros». Y volviéndose a don Diego, que estaba pasmado, dijo: —«No se enoje v. m., que no le conocían». Maldiciones le eché cuando vi tan gran disimulación, que no pensé acabar.
Levantaron las mesas, y todos dijeron a don Diego que se acostase. Él quería pagar la cena, y replicáronle que no lo hiciese, que a la mañana habría lugar. Estuviéronse un rato parlando, preguntóle su nombre al estudiante, y él dijo que se llamaba tal Coronel. (En malos infiernos arda, dondequiera que está). Vio el avariento que dormía, y dijo: —«¿V. m. quiere reír? Pues hagamos alguna burla a este mal viejo, que no ha comido sino un pero en todo el camino, y es riquísimo». Los rufianes dijeron: —«Bien haya el licenciado; hágalo, que es razón». Con esto, se llegó y sacó al pobre viejo, que dormía, de debajo de los pies unas alforjas, y, desenvolviéndolas, halló una caja, y, como si fuera de guerra, hizo
gente. Llegáronse todos, y, abriéndola, vio ser de alcorzas. Sacó todas cuantas había y, en su lugar, puso piedras, palos y lo que halló; luego se proveyó sobre lo dicho, y encima de la suciedad puso hasta una docena de yesones. Cerró la caja y dijo: —«Pues aún no basta, que bota tiene el viejo». Sacóla el vino y, desenfundando una almohada de nuestro coche, después de haber echado un poco de vino debajo, se la llenó de lana y estopa, y la cerró. Con esto, se fueron todos a acostar para una hora que quedaba o media, y el estudiante lo puso todo en las alforjas, y en la capilla del gabán echo una gran piedra, y fuese a dormir.
Llegó la hora del caminar; despertaron todos, y el viejo todavía dormía. Llamáronle, y, al levantarse, no podía levantar la capilla del gabán. Miró, lo que era, y el mesonero adrede le riñó, diciendo: —«Cuerpo de Dios, no halló otra cosa que llevarse, padre, sino esa piedra? ¿Qué les parece a vs. ms. si yo no lo hubiera visto? Cosa es que estimo en más de cien ducados, porque es contra el dolor de estómago». Juraba y perjuraba, diciendo que no habia metído él tal en la capilla.
Los rufianes hicieron la cuenta, y vino a montar sesenta reales, que no entendiera Juan de Leganés la suma. Decían los estudiantes: —«Como hemos de servir a v. m. en Alcalá, quedamos ajustados en el gasto». Almorzamos un bocado, y el viejo tomó sus alforjas y, porque no viésemos lo que sacaba y no partir con nadie, desatólas a escuras debajo del gabán, y agarrando un yesón untado, echósele en la boca y fuele a hincar una muela y medio diente que tenía, y por poco los

perdiera. Comenzó a escupir y hacer gesto de asco y de dolor; llegamos todos a él, y el cura el primero, diciéndole que qué tenía. Empezóse a ofrecer a Satanás; dejó caer las alforjas; llegóse a él el estudiante, y dijo: —«Arriedro vayas, Satán, cata la cruz»; otro abrió un breviario; haciéndole creer que estaba endemoniado, hasta que él mismo dijo lo que era, y pidió que le dejasen enjaguar la boca con un poco de vino, que él traía bota. Dejáronle y, sacándola, abrióla, y, echando en un vaso un poco de vino, salió con la lana y estopa un vino salvaje, tan barbado y velloso, que no se podía beber ni colar. Entonces acabó de perder la paciencia el viejo, pero, viendo las descompuestas carcajadas de risa, tuvo por bien el callar y subir en el carro con los rufianes y las mujeres. Los estudiantes y el cura se ensartaron en un borrico, y nosotros nos subimos en el coche, y no bien comenzó a caminar, cuando unos y otros nos comenzaron a dar vaya, declarando la burla. El ventero decia: —"Señor nuevo, a pocas estrenas como ésta, envejecerá". El cura decía: —«Sacerdote soy; allá se lo dirán de misas». Y el estudiante maldito vocaba: —«Señor primo, otra vez rásquese cuando le coman y no después». El otro decía: —«Sarna de v. m., señor don Diego». Nosotros dimos en no hacer caso; Dios sabe cuán corridos íbamos.

Con estas y otras cosas, llegamos a la villa; apeámonos en un mesón, y en todo el día —que llegamos a las nueve— acabamos de contar la cena pasada, y nunca pudimos sacar en limpio el gasto.

CAPITULO V

De la entrada de Alcalá, patente y burlas que me hicieron por nuevo.

Antes que anocheciese, salimos del mesón a la casa que nos tenían alquilada, que estaba fuera la puerta de Santiago, patio de estudiantes donde hay muchos juntos, aunque ésta teníamos entre tres moradores diferentes no más.

Era el dueño y huesped de los que creen en Dios por cortesía o sobre falso; moriscos los llaman en el pueblo, que hay muy grande cosecha desta gente; y de la que tiene sobradas narices y sólo les faltan para oler tocino; digo esto confesando la mucha nobleza que hay entre la gente principal, que cierto es mucha. Recibióme, pues, el huesped con peor cara que si yo fuera el Santísimo Sacramento. Ni sé si lo hizo porque le comenzasemos a tener respeto, o por ser natural suyo dellos, que no es mucho que tenga mala condición quien no tiene buena ley. Pusimos nuestro hatillo, acomodamos las camas y lo demás, y dormimos aquella noche.

Amaneció, y helos aquí en camisa a todos los estudiantes de la posada a pedir la patente a mi amo. Él, que no sabía lo que era, preguntóme que qué querían, y yo, entre tanto, por lo que podía suceder, me acomodé entre dos colchones y solo tenía la media cabeza fuera, que parecía tortuga. Pidieron dos docenas de reales; diéronselos, y con tanto comenzaron una grita del diablo, diciendo: —"Viva el compañero, y sea admitido en nuestra amistad. Goce de las preeminencias de antiguo. Pueda tener sarna, andar manchado y padecer la hambre que todos". Y con esto —"¡mire v.m. que privilegios!— volaron por la escalera, y al momento nos vestimos nosotros y tomamos el camino para escuelas.

A mi amo, apadrináronle unos colegiales conocidos de su padre y entró en su general, pero yo, que había de entrar en otro diferente y fui solo, comence a temblar. Entré en el patio, y no hube metido bien el

pie, cuando me encararon y empezaron a decir: —"¡Nuevo!" . Yo, por disimular di en reír, como que no hacía caso; mas no bastó, porque, llegandose a mi ocho o nueve, comenzaron a reirse. Púseme colorado; nunca Dios lo permitiera, pues, al instante, se puso uno que estaba a mi lado las manos en las narices y, apartándose, dijo: -"Por resucitar está este Lázaro, segun hiede". Y con esto todos se apartaron tapandose las narices. Yo, que me pensé escapar, puse las manos también y dije: —"Vs. ms. tienen razón, que huele muy mal". Dioles mucha risa y, apartándose, ya estaban juntos hasta ciento, comenzaron a escarbar y tocar el arma, y en las toses y abrir y cerrar de las bocas, vi que se me aparejaban gargajos. En esto, un manchegazo acatarrado hízome alarde de uno terrible, diciendo: —"Esto hago". Yo entonces, que me vi perdido, dije: -"juro a Dios que ma...!". Iba a decir te, pero fue tal la batería y lluvia que cayo sobre mí, que no pude acabar la razon. Yo estaba cubierto el rostro con la capa, y tan blanco, que todos tiraban a mí; y era de ver cómo tomaban la puntería. Estaba ya nevado de pies a cabeza, pero un bellaco, viéndome cubierto y que no tenía en la cara cosa, arrancó hacia mí diciendo con gran colera: —"¡Basta, no le matéis!" que yo, según me trataban, creí dellos que lo harían. Destapéme por ver lo que era, y, al mismo tiempo, el que daba voces me enclavó un gargajo en los dos ojos. Aquí se han de considerar mis angustias. Levantó la infernal gente una grita que me aturdieron. Y yo, según lo que echaron sobre mí de sus estómagos, pensé que por ahorrar de médicos y boticas aguardan nuevos para purgarse.
Quisieron tras esto darme de pescozones, pero no había donde sin llevarse en las manos la mitad del afeite de mi negra capa, ya blanca por mis pecados. Dejáronme, y iba hecho zufaina de viejo a pura saliva. Fuíme a casa, que apenas acerté, y fue ventura el ser de mañana, pues sólo topé dos o tres muchachos, que debían de ser bien inclinados, porque no me tiraron mas de cuatro o seis trapajos, y luego me dejaron.
Entré en casa, y el morisco que me vió, comenzóse a reir y a hacer como que quería escupirme. Yo, que temía que lo hiciese, dije: —"Tened, huesped, que no soy Ece Homo". Nunca lo dijera, porque me dio dos libras de porrazos, dándome sobre los hombros con las pesas que tenía. Con esta ayuda de costa, medio derrengado, subí arriba; y en buscar por dónde asir la sotana y el manteo para quitarmelos, se pasó mucho rato. Al fin, le quité y me eché en la cama, y colguélo en una azotea.
Vino mi amo y, como me halló durmiendo y no sabía la asquerosa aventura, enojóse y comenzó a darme repelones, con tanta priesa, que, a dos más, despierto calvo.
Levantéme dando voces y quejándome, y él, con más cólera, dijo: —"¿Es buen modo de servir ese, Pablos? Ya es otra vida". Yo, cuando oí decir "otra vida"., entendí que era ya muerto, y dije: —"Bien me anima v.m. en mis trabajos. Vea cual está aquella sotana y manteo, que ha servido de pañizuelo a las mayores narices que se han visto jamas en paso, y mire estas costillas". Y con esto empecé a llorar. Él, viendo mi llanto, creyólo, y, buscando la sotana y viéndola, compadecióse de mí, y dijo: —"Pablos, abre el ojo que asan carne. Mira por ti, que aquí no tienes otro padre ni madre". Contéle todo lo que había pasado, y mandóme desnudar y llevar a mi aposento, que era donde dormían cuatro criados de los huéspedes de la casa.
Acostéme y dormí; y con esto, a la noche, después de haber comido y cenado bien, me hallé fuerte y ya como si no hubiera pasado nada por mí. Pero, cuando comienzan desgracias en uno, parece quo nunca se han

de acabar, que andan encadenadas, y unas traen a otras. Viniéronse a acostar los otros criados y, saludándome todos, me preguntaron si estaba malo y cómo estaba en la cama. Yo les conté el caso y, al punto, como si en ellos no hubiera mal ninguno, se empezaron a santiguar, diciendo: —"No se hiciera entre luteranos. ¿Hay tanta maldad?". Otro decía: —"El retor tiene la culpa en no poner remedio. ¿Conocerá los que eran?". Yo respondí quc no, agradecíles la merced qué me mostraban hacer. Con esto, se acabaron de desnudar, acostáronse, mataron la luz, y dormíme yo, que me parecía que estaba con mi padre y mis hermanos.
Debían de ser las doce, cuando el uno dellos me despertó a puros gritos, diciendo: —"iAy, que me matan! ¡Ladrones!". Sonaban en su cama, entre estas voces, unos golpazos de látigo. Yo levanté la cabeza y dije: -"¿Qué es eso? Y apenas la descubrí, cuando con una maroma me asentaron un azote con hijos en todas las espaldas. Comencé a quejarme; quíseme levantar; quejábase el otro también, y dábanme a mí solo. Yo comencé a decir: —"Justicia de Dios". Pero menudeaban tanto los azotes sobre mí que ya no me quedó —por haberme tirado las frazadas abajo— otro remedio sino el de meterme debajo de la cama. Hícelo así, y, al punto, los tres que dormían empezaron a dar gritos también. Y como sonaban los azotes, yo creí que alguno de fuera nos daba a todos.
Entre tanto, aquel maldito que estaba junto a mí se pasó a mi cama y proveyó en ella, y cubrióla. Y, pasándose a la suya, cesaron los azotes, y levantáronse con grandes gritos todos cuatro, diciendo: —"iEs gran bellaquería, y no ha de quedar asi!". Yo todavía me estaba debajo de la cama, quejándome como perro cogido entre puertas, tan encogido que parecía galgo con calambre. Hicieron los otros que cerraban la puerta, y yo entonces salí de donde estaba, y subíme a mi cama, preguntando si acaso les habían hecho mal. Todos se quejaban de muerte.
Acostéme y cubríme y tomé a dormir; y como, entre sueños, me revolcase, cuando desperté halléme sucio hasta las trencas. Lcvantáronse todos, y yo tomé por achaque los azotes para no vestirme. No había diablos que me moviesen de un lado. Estaba confuso, considerando si acaso, con el miedo y la turbación, sin sentirlo, había hecho aquella vileza, o si entre sueños. Al fin, yo me hallaba inocente y culpado, y no sabía como disculparme.
Los compañeros se llegaron a mi quejándose y muy disimulados, a preguntarme como estaba; yo les dije que muy malo, porque me habían dado machos azotes. Preguntábales yo que qué podía haber sido, y ellos decian: —"A fe quc no se escape, que el matemático nos lo dirá. Pero, dejando esto, veamos si estáis herido, que os quejábades rnucho". Y diciendo esto, fueron a levantar la ropa con deseo de afrentarme.
En esto, mi amo entró diciendo: —"¿Es posible, Pablos, que no he de poder contigo? Son las ocho ¿y estáste en la cama? ;Levántate enhoramala!> Los otros por asegurarme, contaron a don Diego el caso todo, y pidiéronle quc me dejase dormir. Y decía uno: -"Y si v.m. no lo creé, levantá, amigo" ; y agarraba de la ropa. Yo la tenía asida con los dientes por no mostrar la caca. Y cuando ellos vieron que no había remedio por aquel camino, dijo uno: —"¡Cuerpo do Dios, y cómo hiede!" . Don Diego dijo lo mismo, porque era verdad, y luego, tras él, todos comenzaron a mirar si había en el aposento algún servicio. Decían que no se podía estar allí. Dijo uno: —"¡Pues es muy bueno esto para haber de estudiar!" Miraron las camas, y quitáronlas para ver debajo, y dijeron: —"Sin duda debajo de la de Pablos hay algo; pasémosle a una de las nuestras, y miremos debajo della".

Yo que veía poco remedio en el negocio y que me iban a echar la garra, fingí que me había dado mal de corazón: agarréme a los palos, hice visajes... Ellos, que sabían el misterio, apretaron conmigo, diciendo: —"¡Gran lástima!" Don Diego me tomó el dedo del corazón y, al fin, entre los cinco me levantaron. Y al alzar las sábanas, fue tanta la risa de todos, viendo los recientes no ya palominos sino palomos grandes, que se hundía el aposento. —"iPobre dél!" —decían los bellacos (yo hacía del desmayado)—; "tírele v.m. mucho de ese dedo del corazón". Y mi amo, entendiendo hacerme bien, tanto tiró que me le desconcertó.

Los otros trataron de darme un garrote en los muslos, y decían: —"El pobrecito agora sin duda se ensució, cuando le dió el mal". ¡Quién dirá lo que yo pasaba entre mí, lo uno con la vergÜenza, descoyuntado un dedo, y a peligro de que me diesen garrote! Al fin, de miedo de que me le diesen —que ya me tenían los cordeles en los muslos— hice que había vuelto, y por presto que lo hice, como los bellacos iban con malicia, ya me habían hecho dos dedos de señal en cada pierna. Dejáronme diciendo: —"¡Jesús, y que flaco sois!". Yo lloraba de enojo, y ellos decían adrede: —"Más va en vuestra salud que en haberos ensuciado. Callá". Y con esto me pusieron en la cama, después de haberme lavado, y se fueron.

Yo no hacía a solas sino considerar cómo casi era peor lo que había pasado en Alcalá en un día, que todo lo que me sucedió con Cabra. A mediodía me vestí, limpié la sotana lo mejor que pude, lavándola como gualdrapa, y aguardé a mi amo que, en llegando, me preguntó como estaba. Comieron todos los de casa y yo, aunque poco y de mala gana. Y despues, juntándonos todos a parlar en el corredor, los otros criados, después de darme vaya, declararon la burla. Riéronla todos, doblóse mi afrenta, y dije entre mi: —"Avisón, Pablos, alerta". Propuse de hacer nueva vida, y con esto, hechos amigos, vivimos de allí adelante todos los de la casa como hermanos, y en las escuelas y patios nadie me inquietó más.

CAPITULO VI

De las crueldades de la ama, y travesuras que yo hize.

"Haz como vieres" dice el refrán, y dice bien. De puro considerar en él, vine a resolverme de ser bellaco con los bellacos, y más, si pudiese, que todos. No sé si salí con ellos, pero yo aseguro a v.m. que hice todas las diligencias posibles.

Lo primero, yo puse pena de la vida a todos los cochinos que se entrasen en casa, y a los pollos del ama que del corral pasasen a mi aposento. Sucedió que, un día, entraron dos puercos del mejor garbo que ví en mi vida. Yo estaba jugando con los otros criados, y oílos gruñir y dije al uno: —"Vaya y vea quién gruñe en nuestra casa". Fue, y dijo que dos marranos. Yo que lo oí, me enojé tanto que salí allá diciendo que era mucha hellaquería y atrevimiento venir a gruñir a casas ajenas. Y diciendo esto, envásole a cada uno a puerta cerrada la espada por los pechos, y luego los acogotamos. Porque no se oyese el ruido que hacían, todos a la par dábamos grandísimos gritos como que cantábamos, y asi espiraron en nuestras manos.

Sacamos los vientres, recogimos la sangre, y a puros jergones los medio chamuscamos en el corral, de suerte que, cuando vinieron los amos, ya estaba todo hecho aunque mal, si no eran los vientres, que

aún no estaban acabadas de hacer las morcillas. Y no por falta de prisa, en verdad, que, por no detenernos, las habíamos dejado la mitad de los que ellas se tenían dentro.
Supo, pues, don Diego y el mayordomo el caso, y enojáronse conmigo do manera que obligaron a los huéspedes —que de risa no se podían valer— a volver por mí. Preguntábame don Diego que qué había de decir si me acusaban me prendía la justicia. A lo cual respondí yo que me llamaría a hambre, que es el sagrado de los estudiantes; y que, si no me valiese, diría que, como se entraron sin llamar a la puerta como en su casa, que entendí que eran nuestros. Riéronse, todos de las disculpas. Dijo don Diego: —"A fe, Pablos, que os hacéis a las armas". Era de notar ver a mi amo tan quieto y religioso, y a mí tan travieso, que el uno exageraba al otro o la virtud o el vicio.
No cabía el ama de contento conmigo, porque éramos dos al mohino: habíamonos conjurado contra la despensa. Yo era el despensero Judas, que desde entonces hereda no sé qué amor a la sisa este oficio. La carne no guardaba en manos de la ama la orden retórica, porque siempre iba de más a menos. Y la vez que podía echar cabra o oveja, no echaba carnero, y si había huesos, no entraba Cosa magra; y así, hacía unas ollas éticas de puro flacas, unos caldos que, a estar cuajados, se pudieran hacer sartas de cristal dellos. Las Pascuas, por diferenciar, para que estuviese gorda la olla, solía echar cabos de velas de sebo. Ella decía, cuando yo estaba delante: —"Mi amo, por cierto que no hay servicio como el de Pablicos, si él no fuese travieso; consérvele v.m., que bien se le puede sufrir el ser bellaquillo por la fidelidad; lo mejor de la plaza trae". Yo, por el consiguiente, decía della lo mismo, y así teníamos engañada la casa. Si se compraba aceite de por junto, carbón o tocino, escondíamos la mitad, y cuando nos parecía, decíamos el ama y yo: —"Modérense vs.ms. en el gasto que en verdad que, si se dan tanta prisa, no basta la hacienda del Rey. Ya se ha acabado el aceite (o el carbón). Pero ¿tal prisa le han dado? Mande v.m. comprar más, y a fe que se ha de lucir de otra manera. Denle dineros a Pablicos". Dábanmelos y vendíamosles la mitad sisada, y, de lo que comprábamos, sisábamos la otra mitad; y esto era en todo. Y si alguna vez compraba yo algo en la plaza por lo que valía, reñiamos adrede el ama y yo. Ella decía: —"No me digas a mi, Pablicos, que estos son dos cuartos do ensalada". Yo hacía que lloraba, daba voces, íbame a quejar a mi señor, y aprétabale para que enviase al mayordomo a saberlo para que callase el ama, que adrede porfiaba. Iba y sabíalo, y con esto asegurábamos al amo y al mayordomo, y quedaban agradecidos, en mí a las obras, y en el ama al celo de su bien. Decíale don Diego, muy satisfecho de mi: —"iAsí fuese Pablicos aplicado a virtud como es de fiar! ¿Toda esta es la lealtad que me decís vos dél?"
Tuvímoslos desta manera, chupándolos como sanguijuelas. Yo apostaré que v.m. se espanta de la suma de dinero que montaba al cabo del año. Ello mucho debió de ser, pero no debía obligar a restitución, porque el ama confesaba y comulgaba de ocho a ocho días, y nunca la vi rastro de imaginación de volver nada ni haber escrúpulo, con ser, como digo, una Santa.
Traía un rosario al cuello siempre, tan grande, que era más barato llevar un haz de leña a cuestas. Dél colgaban muchos manojos de imagenes, cruces y cuentas de perdones. En todas decía que rezaba cada noche por sus bienhechores. Contaba ciento y tantos santos abogados suyos, y en verdad que había menester todas estas ayudas para desquitarse de lo que pecaba. Acostábase en un aposento encima,del de mi amo, y rezaba más oraciones que un ciego. Entraba por el Justo Juez y acababa en el Conquibules —que ella decía—, y en la Salve Rehína.

Decía las oraciones en latín, adrede, por fingirse inocente, de suerte que nos despedazábamos de risa todos. Tenía otras habilidades; era conqueridora de voluntades y corchete de gustos, que es lo mismo que alcagÜeta; pero desculpábase conmigo diciendo que le venía de casta, como al rey de Francia sanar lamparones.
¿Pensara v.m. que siempre estuvimos en paz? Pues ¿quién ignora que dos amigos, como sean cudiciosos, si están juntos se han de procurar engañar el uno al otro? Sucedió que el ama criaba gallinas en el corral; yo tenía gana de comerla una. Tenía doce o trece pollos grandecitos, y un día, estando dandoles de comer, comenzó a decir: —"¡Pío, pio!"; y esto muchas veces. Yo que oí el modo de llamar, comencé a dar votes, y dije: — "¡Oh, cuerpo de Dios, ama, no hubiérades muerto un hombre o hurtado moneda al rev, cosa que yo pudiera callar, y no haber hecho lo quc habeis hecho, que es imposible dejarlo de decir! iMalaventurado de mí y de vos!".
Ella, como me vió hacer extremos con tantas veras, turbóse algún tanto v dijo: —"Pues, Pablos, ¿yo que he hecho? Si te burlas, no me aflijas mas". —"¡Cómo burlas, pesia tal! Yo no puedo dejar de dar parte a la Inquisición, porque, si no, estaré descomulgado". —"¿Inquisición?" —dijo ella, y empezó a temblar—. "Pues ¿yo he hecho algo contra la fe?". "Eso es lo peor" —decía yo— "no os burleis con los inquisidores; decid que fuesteis una boba y que os desdecís, y no neguéis la blasfemia y desacato". Ella, con el miedo, dijo: —"Pues, Pablos, y si me desdigo, ¿castigáranme?" Respondile: —"No, porque sólo os absolverán". —"Pues yo me desdigo" —dijo—, "pero dime tú de qué, que no lo sé yo, así tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos". —"¿Es posible que no advertisteis en que? No sé como lo diga, que el desacato es tal que me acobarda. ¿No os acordáis que dijisteis a los pollos, pío, pío, y es Pío nombre de los papas, vicarios de Dios y cabezas de la Iglesia? Papáos el pecadillo".
Ella quedó como muerta, y dijo: —"Pablos, yo lo dije, pero no me perdone Dios si fue con malicia. Yo me desdigo; mira si hay camino para que se pueda escusar el acusarmc, que me moriré si me veo en la Inquisición". "Como vos juréis en una ara consagrada que no tuvisteis malicia, yo, asegurado, podré dejar de acusaros; pero será necesario que estos dos pollos, que comieron llamándoles con el Santísimo nombre de los pontífices, me los deis para que yo los lleve a un familiar que los queme, porque están dañados. Y, tras esto, habéis de jurar de no reincidir de ningún modo". Ella, muy contenta, dijo: —"Pues llévatelos, Pablos, agora, que mañana jurare". Yo, por más asegurarla, dije: —"Lo peor es, Cipriana" —que así se llamaba— "que yo voy a riesgo, porque me dirá el familiar si soy yo, y entre tanto me podrá hacer vejación. Llevadlos vos, que yo, pardiez que temo". "Pablos" —decía cuando me oyó decir—, "por amor de Dios que te duelas de mí y los lleves, que a ti no te puede suceder nada.
Dejéla que me lo rogase mucho, y al fin —que era lo que quería—, determinéme, tome los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera, y volví diciendo: —"Mejor se ha hecho que yo pensaba. Quería el familiarcito venirse tras mí a ver la mujer, pero lindamente te le he engañado v negociado". Diome mil abrazos y otro pollo para mí, y yo fuime con él adonde había dejado sus compañeros, y hice hacer en casa de un pastelero una cazuela, y comímelos con los demas criados. Supo el ama y don Diego la maraña, y toda la casa la celebró en extremo; el ama llegó tan al cabo de pena, que por poco se muriera. Y, de enojo, no estuvo dos dedos —a no tener por qué callar— de decir mis sisas.

Yo, que me vi ya mal con el ama, y que no la podía burlar, busqué

nuevas trazas de holgarme, y di en lo que llaman los estudiantes correr o arrebatar. En esto me sucedieron cosas graciosísimas, porque, yendo una noche a las nueve —que anda poca gente—, por la calle Mayor, vi una confitería, y en ella un cofín de pasas sobre el tablero, y tomando vuelo, vine, agarréle y di a correr. El confitero dio tras mí, y otros criados y vecinos. Yo, como iba cargado, vi que, aunque les llevaba ventaja, me habían de alcanzar, y, al volver una esquina, sentéme sobre el, y envolví la capa a la pierna de presto, y empecé a decir, con la pierna en la mano, fingiéndome pobre: —"Ay! ¡Dios se lo perdone, que me ha pisado!" Oyéronme esto y, en llegando, empecé a decir: "Por tan alta Señora", y lo ordinario de la hora menguada y aire corruto. Ellos se venían desgañifando, y dijéronme: —"¿Va por aquí un hombre, hermano?". —"Ahí adelante, que aqui me pisó, loado sea el Señor".

Arrancaron con esto, y fuéronse; quedé solo, llevéme el cofín a casa, conté la burla, y no quisieron creer que habia sucedido así, aunque lo celebraron mucho. Por lo cual, los convidé para otra noche a verme correr cajas.

Vinieron, y advirtiendo ellos que estaban las cajas dentro la tienda, y que no las podían tomar con la mano, tuviéronlo por imposible, y más por estar el confitero —por lo que sucedió al otro de las pasas— alerta. Vine, pues, y metiendo doce pasos atrás de la tienda mano a la espada, que era un estoque recio, partí corriendo, y, en llegado a la tienda dije: —"¡Muera!". Y tiré una estocada por delante del confitero. Él se dejó caer pidiendo confesión, y yo dí la estocada en una caja, y la pasé y saqué en la espada, y me fui con ella. Quedáronse espantados de ver la traza, y muertos de risa de que el confitero decía que le mirasen, que sin duda le había herido, y que era un hombre con quien él había tenido palabras. Pero, volviendo los ojos, como quedaron desbaratadas, al salir de la caja, las que estaban alrededor, echó de ver la burla, y empezó a santiguarse que no pensó acabar. Confieso que nunca me supo cosa tan bien.

Decían los compañeros que yo sólo podía sustentar la casa con lo que corría (que es lo mismo que hurtar, en nombre revesado). Yo, como era muchacho y oía que me alababan el ingenio con que salía destas travesuras, animábame para hacer muchas más. Cada día traza la pretina llena de jarras de monjas, que les pedía para beber y me venía con ellas; introduje que no diesen nada sin prenda primero.

Y así, prometí a don Diego y a todos los compañeros, de quitar una noche las espadas a la misma ronda. Señalóse cual había de ser, y fuimos juntos, yo delante, y en columbrando la justicia, lleguéme con otro de los criados de casa, muy alborotados, y dije: —"¿Justicia?". Respondieron: —"Si". —"¿Es el corregidor?" . Dijeron quc sí. Hinquéme de rodillas y dije: —"Señor, en sus manos de v.m. esta mi remedio y mi venganza, y mucho provecho de la república; mande v.m. oirme dos palabras a solas, si quiere una gran prisiOn". Apartóse, y ya los corchetes estaban empuñando las espadas y los alguaciles poniendo mano a las varitas; y dije: —"Señor, yo he venido desde Sevilla siguiendo seis hombres los más facinerosos del mundo, todos ladrones y matadores de hombres, y entre ellos viene uno que mató a mi madre y a un hermano mío por saltearlos, y le está probado esto; y viene acompañando, según los he oído decir, que es..."; y bajando más la voz, dije: "Antonio Pérez".

Con esto, el corregidor dio un salto hacia arriba, y dijo: —"¿Adónde están?" —"Señor, en la casa pública; no a detenga. v.m. que las ánimas de mi madre y hermano se lo pagarán en oraciones, y el rey acá". -"Jesús!"— dijo-, no nos detengamos. ¡Hola, seguidme todos! Dadme una

rodela". Yo entonces, le dije, tornándole a apartar: —"Señor, perderse ha v.m si hace eso, porque antes importa que todos vs.ms entren sin espada, y uno a uno, que ellos están en los aposentos y traen pistoletes, y en viendo entrar con espadas, como saben que no la puede traer sino la justicia, dispararán. Con dagass es mejor, y cogerlos, por detrás los brazos, que demasiados vamos".
Cuadróle al corregidor la traza, con la cudicia de la prisión. Ee esto llegamos creca, y el corregidor, advertido, mandó que debajo de unas yerbas pusiesen todas las espadas, escondidas en un campo que está enfrente casi de la casa; pusiéronlas y caminaron. Yo, que había avisado al otro que ellos dejarlas y él tomarlas y pescarse a casa fuese de todo uno, hízolo así; y, al entrar todos, quedéme atrás el postrero; y, en entrando ellos mezclados con otra gente que entraba, di cantonada y enboquéme por una callejuela que va a dar a la Vitoria, que no me alcanza un galgo.

Ellos que entraron y no vieron nada, porque no había sino estudiantes y pícaros -que es todo uno-, comenzaron a buscarme, y, no me hallando, sospecharon lo que fue; y yendo a buscar sus espadas, no hallaron media.

¿Quién contará las diligencias que hizo el retor el corregidor aquella noche? Anduvieron todos los patios, reconociendo las caras y mirando las armas. Llegaron a casa, y yo, porque no me conociesen, estaba echado en la cama con un tocador y con una vela en la mano y un cristo en la otra, y un compañero clérigo aayudándome a morir, y a los demás rezando las letanias. Llegó el retor y la justicia y viendo el espectáculo se salieron, no persuadiéndose que allí pudiera haber habido lugar para cosa. No miraron nada, antes el retor me dijo un responso. Preguntó si estaba ya sin habla, y dijéronle que sí,; y con tanto, se fueron desesperados de hallar rastro, jurando el retor de remitirle si lo topasen, y el corregidor de ahorcarle aunque fuese hijo de un grande. Levantéme de la cama y hasta hoy no se ha acabado de solemnizar la burla en Alcalá.

Y por no ser largo, dejo de contar cómo hacía monte la plaza del pueblo, pues de cajones de tundidores y plateros y mesas de fruteras -que nunca se me olvidara la afrenta de cuando fui rey de gallos-sustentaba la chimenea en casa todo el año. Caalo las pensiones que tenía sobre los habares, viñas y huertos, en todo aquello de alredeor. Con estas y otras cosas, comencé a cobrar fama de travieso y agudo entre todos. Favorecíanme los caballeros y apenas me dejaban servir a don Diego, a quien siempre tuve el respeto que era razón por el mucho amor que me tenía.

CAPITULO VII
De la ida de don Diego, y nuevas de la muerte de mi padre y madre, y la resolución que tomé en mis cosas para adelante.

En este tiempo, vino a don Diego una carta de su padre, en cuyo pliego venía otra de un tio mio llamado Alonso Ramplón, hombre allegado a toda virtud y muy conocido en Segovia por lo que era alleyado a la justicia, pues cuantas tantas allí se habían hecho, de cuarenta años a esta parte, han pasado por sus manos. Verdugo era, si va a decir la verdad, pero un águila en el oficio; vérsele hacer daba gana a uno de dejarse ahorcar. Este, pues , me escribió una carta a Alcalá, desde Segovia, en esta forma:

"Hijo Pablos" -que por el mucho amor que me tenía me llamaba así—. "Las ocupaciones grandes desta plaza en que me tiene ocupado Su Majestad, no me han dado lugar a hacer esto; que si algo tiene malo el servir al Rey, es el trabajo, aunque se desquita con esa negra honrilla de ser criados.

Pésame de daros nuevas de poco gusto. Vuestro padre murió ocho días ha, con el mayor valor que ha muerto hombre en el mundo, dígolo como quien lo guindó. Subió en el asno sin poner pie en el estribo. Veníale el sayo banquero que parecía haberse hecho para él. Y como tenía aquella presencia, nadie le veía con los cristos delante, que no le juzgase por ahorcado. Iba con gran desenfado, mirando a las ventanas y haciendo cortesías a los que dejaban sus oficios por mirarle; hízose dos veces los bigotes; mandaba descansar a los confesores, y íbales alabando lo que decían bueno.

Llegó a la N de palo, puso él un pie en la escalera, no subió a gatas ni despacio y, viendo un escalón hendido, volvióse a la justicia, y dijo que mandase aderezar aquél para otro, que no todos tenían su hígado. No sabré encarecer cuán bien pareció a todos.

Sentóse arriba, tiró las arrugas de la ropa atrás, tomó la soga y púsola en la nuez. Y viendo que el teatino le quería predicar, vuelto a él, le dijo: —"Padre, yo lo doy por predicado; vaya un poco de Credo, y acabemos presto, que no querría parecer prolijo". Hízose así; encomendóme que le pusiese la caperuza de lado y que le limpiase las barbas. Yo lo hice así. Cayó sin encoger las piernas ni hacer gesto; quedó con una gravedad que no había más que pedir. Hícele cuartos, y dile por sepultura los caminos. Dios sabe lo que a mí me pesa de verle en ellos, haciendo mesa franca a los grajos. Pero yo entiendo que los pasteleros desta tierra nos consolaran, acomodándule en los de a cuatro.

De vuestra madre, aunque está viva agora, casi os puedo decir lo mismo, porque está presa en la Inquisición de Toledo, porque desenterraba los muertos sin ser murmuradora. Dícese que daba paz cada noche, a un cabrón en el ojo que no tiene niña. Halláronla en su casa más piernas, brazos y cabezas que en una capilla de milagros. Y lo menos que hacía era sobrevirgos y contrahacer doncellas. Dicen que representará en un auto el día de la Trinidad, con cuatrocientes de muerte. Pésame que nos deshonra a todos, y a mí principalmente, que, al fin, soy ministro del Rey, y me están mal estos parentescos.

Hijo, aquí ha quedado no sé que hacienda escondida de vuestros padres; será en todo hasta cuatrocientos ducados. Vuestro tío soy, y lo que tengo ha de ser para vos. Vista ésta, os podreis venir aquí que, con lo que vos sabéis de latin y retórica, seréis singular en el arte de verdugo. Respondedme luego, y, entre tanto, Dios nos guarde".

No puedo negar que sentía mucho la nueva afrenta, pero holguéme en parte: tanto pueden los vicios en los padres, que consuelan de sus desgracias, por grandes que sean, a los hijos.

Fuime corriendo a don Diego, que estaba leyendo la carta de su padre, en que le mandaba que se fuese y que no me llevase en su compañía, movido de las travesuras mías que había oído decir. Díjome cómo se determinaba ir, y todo lo que le mandaba su padre, que a él le pesaba de dejarme, y a mí más; díjome que me acomodaría con otro caballero amigo suyo, para que le sirviese. Yo, en esto riéndome, le dije: —"Señor, ya soy otro, y otros mis pensamientos; más alto pico, y más autoridad me importa tener. Porque, si hasta ahora tenía como cada cual su piedra en el rollo, ahora tengo mi padre". Declaréle cómo había muerto tan honradamente como el más estirado, cómo le trincharon y le hicieron moneda, cómo me había escrito mi señor tio, el verdugo,

desto y la prisioncilla de mamá, que a él, como a quién sabía quién yo soy, me pude descubrir sin verguenza. Lastimóse mucho y preguntóme que qué pensaba hacer. Dile cuenta de mis determinaciones; y con tanto, al otro día, él se fué a Segovia harto triste, yo me quedé en la casa disimulando mi desventura.

Quemé la carta porque, perdiéndoseme acaso, no la leyese alguien, y comencé a disponer mi partida para Segovia, con fin de cobrar mi hacienda y conocer mis parientes, para huir dellos.

••

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO
Del camino de Alcala para Segovia, y de lo que me sucedió en él hasta Rejas, donde dormí aquella noche.

Llegó el día de apartarme de la mejor vida que hallo haber pasado. Dios sabe lo que sentí el dejar tantos amigos y apasionados, que eran sin número. Vendí lo poco que tenía, de secreto, para el camino y, con ayuda de unos embustes, hice hasta seiscientos reales. Alquilé una mula y salíme de la posada, adonde ya no tenía que sacar más de mi sombra. ¿Quién contara las angustias del zapatero por lo fiado, las solicitudes del ama por el salario, las voces del huésped de la casa por el arrendamiento? Uno decía: —"¡Siempre me lo dijo el corazón!"; otro: -"¡Bien me decían a mí que éste era un trampista!". Al fin, yo salí tan bienquisto del pueblo, quo dejé con mi ausencia a la mitad dél llorando, y a la otra mitad riéndose de los que lloraba.

Yo me iba entreteniendo por el camino, considerando en estas cosas, cuando, pasado Torote, encontré con un hombre en un macho de albarda, el cual iba hablando entre sí con muy gran prisa, y tan embebecido, que, aun estando a su lado, no me venía. Saludéle y saludome; preguntéle donde iba, y después que nos pagamos las respuestas, comenzamos luego a tratar de si bajaba el turco y de las fuerzas del Rey. Comenzó a decir de qué manera se podía conquistar la Tierra Santa, y cómo se ganaría Argel; en los cuales discursos eché de ver que era loco repúblico y de gobierno.

Proseguimos en la conversación propia de pícaros, y venimos a dar, de una cosa en otra, en Flandes. Aquí fue ello, que empezó a suspirar y a decir: —"Más me cuestan a mí esos estados que al Rey, porque ha catorce años que ando con un arbitrio que, si como imposible no lo fuera, ya estuviera todo sosegado". —"¿Qué cosa puede ser —le dije yo— que, conviniendo tanto, sea imposible y no se pueda hacer?". -"Quién le dice a v.m" -dijo luego- "que no se puede hacer?; hacerse puede, que ser imposible es otra cosa. Y si no fuera por dar pesadumbre, le contara a v.m. lo que es; pero allá se verá, que agora lo pienso imprimir con otros trbajillos, entre los cuales le doy al Rey modo de ganar a Ostende por dos caminos". Roguéle que me los dijese, y, al punto, sacando de las faldriqueras un gran papel, me mostró pintado el fuerte del enemigo y el nuestro, y dijo: -"Bien ve v.m. que la

dificultad de todo está en este pedazo de mar; pues yo doy orden de chuparle todo con esponjas, y quitarle de allí". Di yo con este desatino una gran risada, y él entonces, mirandome a la cara, me dijo: —"A nadie se lo he dicho que no haya hecho otro tanto, que a todos les da gran contento". -"Ese tengo yo, por cierto" —le dije—, "de oir cosa tan nueva y tan bien fundada, pero advierta v.m. que ya que chupe el agua que hubiere entonces, tornará luego la mar a echar más". —"No hará la mar tal cosa, que lo tengo yo eso muy apurado" —me respondio—, "y no hay que tratar; fuera de que yo tengo pensada una invencion para hundir la mar por aquella parte doce estados".

No le osé replicar de miedo que me dijese que tenía arbitrio para tirar el cielo aca bajo. No vi en mi vida tan gran orate. Decíame que Juanelo no había hecho nada, que él trazaba agora de subir toda el agua de Tajo a Toledo de otra manera mas fácil. Y sabido lo que era, dijo que por ensalmo: !mire v.m. quién tal oyó en el mundo! Y, al cabo, me dijo: —"Y no lo pienso poner en ejecución, si primero el Rey no me da una encomienda, que la puedo tener muy bien, y tengo una ejecutoria muy honrada". Con estas pláticas y desconciertos, llegamos a Torrejon, donde se quedó, que venía a ver una parienta suya.

Yo pasé adelante, pereciéndome de risa de los arbitrios en que ocupaba el tiempo, cuando, Dios y enhorabuena, desde lejos, vi una mula suelta, y un hombre junto a ella a pie, que, mirando a un libro, hacia unas rayas que media con un compas. Daba vueltas y saltos a un lado y a otro, y de rato en rato, poniendo un dedo encima de otro, hacía con ellos mil cosas saltando. Yo confieso que entendía por gran rato —que me paré desde lejos a verlo— que era encantador, y casi no me determinaba a pasar. Al fin, me determiné, y, llegando cerca, sintióme, cerró el libro, y, al poner el pie en el estribo, resbalósele y cayó. Levantéle v díjome: —"No tome bien el medio de proporción para hacer la circunferencia al subir". Yo no lo entendí lo que me dijo y luego temí lo que era, porque más desatinado hombre no ha nacido de las mujeres.

Preguntóme si iba a Madrid por linea recta, o si iba por camino circumflejo. Yo, aunque no lo entendí, le dije que circumflejo. Preguntóme cuya era la espada que llevaba al lado. Respondíle que mía, y mirándola, dijo: — "Esos gavilanes habían de ser mas largos, para reparar los tajos que se forman sobre el centro do las estocadas". Y empezó a meter una parola tan grande, que me forzó a preguntarle quc materia profesaba. Díjome que él era diestro verdadero, y que lo haría bueno en cualquiera parte. Yo, movido a risa, le dije: —"Pues, en verdad, que por lo que yo vi hacer a v.m. en el campo denantes, que más le tenía por encantador, viendo los circulos". —"Eso" —me dijo— "era que se me ofreció una treta por el cuarto círculo con el compas mayor, cautivando la espada para matar sin confesión al contrario, porque no diga quién lo hizo, y estaba poniéndolo en términos de matemática". —"Es posible" —le dije yo— "que hay matemática en eso?". —"No solamente matemática» —dijo—, "mas teología, filosofía, música y medicina". —"Esa postrera no lo dudo, pues, se trata de matar en esa arte". —"No os burleis" —me dijo—, "que ahora aprendo yo la limpiadera contra la espada, haciendo los tajos mayores, que comprehenden en sí las aspirales de la espada". —"No entiendo cosa de cuantas me decís, chica ni grande". -"Pues este libro las dice" —me respondió—, "que se llama Grandeza de la espada, y es muy bueno y dice milagros; y, para que lo creáis, en Rejas que dormiremos esta noche, con dos asadores me veréis hacer maravillas. Y no dudéis que cualquiera que leyere en este libro, matará a todos los que quisiere". —U ese libro enseña a ser pestes a los hombres, u le compuso algun doctor". -"¿Cómo doctor? Bien

lo entiende" —me dijo—: "es un gran sabio, y aun, estoy por decir, más" .
En estas pláticas, llegamos a Rejas. Apeámonos en una posada y, al apearnos, me advirtió con grandes voces que hiciese un ángulo obtuso con Las piernas, y que, reduciéndolas a lineas paralelas, me pusiese perpendicular en el suelo. El huésped, que me vio reir y le vio, preguntóme que si era indio aquel caballero, que habla de aquella suerte. Pensé con esto perder el juicio. Llegóse luego al huésped, y díjole: —«Señor, déme dos asadores para dos o tres ángulos, que al momento se los volveré". -"¡Jesús!" —dijo el huésped—, «déme v.m. aca los ángulos, que mi mujer los asará; aunque aves son que no las he oido nombrar". —"¡Qué! No son aves!"; dijo volviéndose a mi: —"Mire v.m. en lo que es no saber. Déme los asadores que no los quiero sino para esgrimir; que quizá le valdrá mas lo que me viere hacer hoy, que todo lo que ha ganado en su vida". En fin, los asadores estaban ocupados, y hubimos de tomar dos cucharones. No se ha visto cosa tan digna de risa en el mundo. Daba un salto y decía: —"Con este compás alcanzo más, y gano los grados del perfil. Ahora me aprovecho del movimiento remiso para matar el natural. Ésta había de ser cuchillada, y éste tajo". No llegaba a mí desde una legua, y andaba alrededor con el cucharón; y como yo me estaba quedo, parecían tretas contra olla que se sale. Díjome al fin: —"Esto es lo bueno, y no las borracherías que enseñan estos bellacos maestros de esgrima, que no saben sino beber".

No lo había acabado de decir, cuando de un aposento salió un mulatazo mostrando las presas, con un sombrero enjerto en guardasol, y un coleto de ante debajo de una ropilla suelta y llena de cintas, zambo de piernas a lo águila imperial, la cara con un per signum crucis de inimicis suis, la barba de ganchos, con unos bigotes de guardamano, y una daga con más rejas que un locutorio de monjas. Y, mirando al suelo, dijo: —"Yo soy examinado y traigo la carta, y, por el sol que calienta los panes, que haga pedazos a quien tratare mal a tanto buen hijo como profesa la destreza". Yo que vi la ocasión, metime cn medio, y dije que no hablaba con él, y que así no tenía por qué picarse. —"Meta mano a la blanca si la trae, y apuremos cuál es verdadera destreza, y déjese de cucharones".

El pobre de mi compañero abrió el libro, y dijo en altas voces: -"Este libro lo dice, y está impreso con licencia del Rey, y yo sustentaré que es verdad lo que dice, con el cucharón y sin el cucharón, aquí y en otra parte, y, si no, midámoslo". Y sacó el compás, y empezó a decir: -"Este ángulo es obstuso". Y entonces, el maestro sacó la daga, y dijo: -"Yo no sé quién es Ángulo ni Obstuso, ni en mi vida oí decir tales hombres; pero, con ésta en la mano, le haré yo pedazos".

Acometió al pobre diablo, el cual empezó a huir, dando saltos por la casa diciendo: -"No me puede dar, que le ganado los grados de perfil". Me´timoslos en paz el huésped y yo y otra gente que había, aunque de risa no me podía mover.

Metieron al buen hombre en su aposento, y a mí con él; cenamos, y acostámosnos todos los de la casa. Y, a la dos de la mañana, levántase en camisa, y empieza a andar a oscuras por el aposento, dando saltos y diciendo en lengua matmática mil disparates. Despertóme a mí, y, no contento con esto, bajó al huésped para que le diese luz, diciendo que había hallado objeto fijo a la estocada sagita por la cuerda. El huésped se daba a los diablos de que lo despertase, y tanto le molestó, que le llamó loco. Y con esto, se subió y me dijo que, si me quería levantar, vería la treta tan famosa que había hallado contra el

turco y sus alfanjes. Y decía que luego se la quería ir a enseñar al Rey, por ser en favor de los católicos.
En esto amaneció; vestímonos todos, apgamos la posada, hicímoslos amigos a él y al maestro, el cual se apartó diciendo que el libro que alegaba mi compañero era bueno, pero que hacía mas locos que diestros, porque los más no lo entendian.

CAPÍTULO SEGUNDO
De lo que me sucedió hasta llegar a Madrid, con un poeta.

Yo tomé mi camino para Madrid, y él se despidió de mí por ir diferente jornada. Y ya que estaba apartado, volvió con gran prisa, y, llamándome a voces, estando en el campo donde no nos oía nadie, me dijo al oído: -"Por vida de v.m. , que no diga nada de todos los altísimos secretos que le he comunicado en materia de destreza, y guárdelo para sí, pues tiene buen entendimiento". Yo le prometí de hacerlo; tornóse a partir de mí, y yo empecé a reírme del secreto tan gracioso.
Con eso, caminé más de una legua que no topé persona. Iba yo entre mí pensando en las muchas dificultades que tenía para profesar honra y virtud, pues había menester tapar primero la poca de mis padres, y luego tener tanta, que me desconociesen por ella. Y parecíanme a mí tan bien estos pensamientos honrados, que yo me los agradecía mí mismo. Decía a solas: -"Más se me ha de agradecer a mí, que no he tenido de quien aprender virtud, ni a quien parecer en ella, que al que la hereda de sus agüelos".
En estas razones y discursos iba, cuando topé un clérigo muy viejo en una mula, que iba camino de Madrid. Trabamos plática, y luego me preguntó que de dónde venía; yo le dije que de Alcalá. -"Maldiga Dios" -dijo él- "tan mala gente como hay en ese pueblo, pues falta entre todos un hombre de discurso". Pregúntele que cómo o por qué se podía decir tal de lugar donde asistían tantos doctos varones. Y él muy enojado, dijo: -"Doctos? Yo le diré a v.m. que tan doctos, que habiendo más de catorce años que hago yo en Majadahonda, donde he sido sacritán, las chanzonetas al Corpus y al Nacimiento, no me premiaron en el cartel unos cantarcitos; y porque vea v.m. la sinrazón, se los he de leer, que yo sé que se holgará". Y diciendo y haciendo, desnvainó una retahila de coplas pestilenciales, y por la primera , que era ésta, se conocerán las demás:

tanto se humilla,
que visita nuestras panzas,
y entre estas bienaventuranzas
entra en el humano buche.
Suene el lindo sacabuche,
pues nuestro bien consiste.
Pastores, ¿no es lindo chiste?, etc.

-"¿Qué pudiera decir más?" -me dijo- "el mismo inventor de los chistes? Mire que misterios encierra aquella palabra pastores: más me costó de un mes de estudio". Yo no pude con esto tener la risa, que a barbollones se me salía por los ojos y narices, y dando una gran carcajada, dije: — "Cosa admirable! Pero sólo reparo en que llama v.m. señor san Corpus Christe. Y Corpus Christi no es santo, sino el día de

la institución del Sacramento". —"¡Qué lindo es eso!" —me respondió, haciendo burla—; "yo le daré en el calendario, y está canonizado, y apostaré a ello la cabeza".

No pude porfiar, perdido de risa de ver la suma ignorancia; antes le dije cierto que eran dignas de cualquier premio, y que no había oído cosa tan graciosa en mi vida. —"¿No?" —dijo al mismo punto—; "pues oiga v.m. un pedacito de un librillo que tengo hecho a las once mil vírgines, adonde a cada una he compuesto cincuenta octavas, cosa rica". Yo, por escusarme de oír tanto millón de octavos, le supliqué que no me dijese cosa a lo divino. Y así, me comenzó a recitar una comedia que tenía mas jornadas que el camino de Jerusalén. Decíame: —"Hícela en dos días, y éste es el borrador". Y sería hasta cinco manos de papel. El título era El arca de Noé. Hacíase toda entre gallos y ratones, jumentos, rapesas, lobos y jabalíes, como fábulas de Isopo. Yo le alabé la traza y la invención, a lo cual me respondiO: —"Ello cosa mía es, pero no se ha hecho otra tal en el mundo, y la novedad es más que todo; y, si yo salgo con hacerla representar, será cosa famosa". —"Cómo se podrán representar" —le dije yo—, "si han de entrar los mismos animales, y ellos no hablan?". — "Ésa es la dificultad, que a no haber ésa, ¿había cosa mas alta? Pero yo tengo pensado de hacerla toda de papagayos, tordos y picazas, que hablan, y meter para el entremes monas". —"Por cierto, alta cosa es ésa". —"Otras más altos he hecho yo" —dijo—, "por una mujer a quien amo. Y vea aquí novecientos y un sonetos, y doce redondillas" —que parecía que contaba escudos por maravedís —"hechos a las piernas de mi dama". Yo le dije que si las había visto el, y díjome que no había hecho tal por las órdenes que tenía, pero que iban en profecía los concetos.

Yo confieso la verdad, que aunque me holgaba de oírle, tuve miedo a tantos versos malos, y así, comencé a echar la plática a otras cosas. Decíale que veía liebres, y él saltaba: —"Pues empezaré por uno donde la comparo a ese animal. Y empezaba luego; y yo, por divertirle, dccía: —"No ve v.m. aquella estrella que se ve de día? A lo cual, dijo: —"En acabando éste, le dire el soneto treinta, en que la llamo estrella, que no parece sino que sabe los intentos dellos". Afligíme tanto, con ver que no podía nombrar cosa a que el no hubiese hecho algun disparate, que, cuando ví que llegabamos a Madrid, no cabía de contento, entendiendo que de vergüenza callaría; Pero fué al revés, porque, por mostrar lo que era, alzó la voz en entrando por la calle. Yo le supliqué que lo dejase, poniéndole por delante que, si los niños olían poeta, no quedaría troncho quc no se viniese por sus pies tras nosotros, por estar declarados por locos en una premática que había salido contra ellos, de uno que lo fué y se recogió a buen vivir. Pidióme que se la leyese si la tenía, muy congojado. Prometí de hacerlo en la posada. Fuimos a una, donde él se acostumbraba apear, y hallamos a la puerta más de doce ciegos. Unos le conocieron por el olor, y otros por la voz. Diéronle una barahunda de bienvenido; abrazólos a todos, y luego comenzaron unos a pedirle oración para el Justo Juez en verso grave y sonoro, tal que provocase a gestos; otros pidieron de las ánimas, y por aquí discurrió, recibiendo ocho reales de señal de cada una. Despidiólos, y dijome: —"Más me han de valer de trecientos reales los ciegos; y así, con licencia de v.m., me recogeré agora un poco, para hacer alguna dellas, y, en acabando de comer, oiremos la premática".

¡Oh vida miserable! Pues ninguna lo es más que la de los locos que ganan de comer con los que lo son.

CAPÍTULO III
De lo que hice en Madrid, y lo que me sucedió hasta llegar a Cercedilla, donde dormí.

Recogióse un rato a estudiar herejias y necedades para los ciegos. Entre tanto, se hizo hora de comer; comimos, y luego pidióme que le leyese la premática. Yo, por no haher otra cosa que hacer, la saqué y se la leí. La cual pongo aquí, por haberme parecido aguda y conveniente a lo que se quiso reprehender en ella. Decia en este tenor:

Premática del desengañoo contra los poetas
güeros, chirles y hebenes

Dióle al sacristan la mayor risa del mundo, y dijo: — "¡Hablara yo para mañana! Por Dios, que entendí que hablaba conmigo, y es sólo contra los poetas hebenes. Cayóme a mí muy en gracia oírle decir esto, come si él fuera muy albillo o moscatel. Dejé el prólogo y comencé el primer capitulo, que decía:

"Atendiendo a que este género de sabandijas que llaman poetas son nuestros prójimos, y cristianos aunque malos; viendo que todo el año adoran cejas, dientes, listones y zapatillas, haciendo otros pecados mds inormes; mandamos que la Semana Santa recojan a todos los poetas públicos y cantoneros, como a malas mujeres, y que los prediquen sacando Cristos para convertirlos. Y para esto señalamos casas de arrepentidos.

Iten, advirtiendo los grandes buchornos quc hay en las caniculares y nunca anochecidas coplas de los poetas de sol, como pasas a fuerza de los soles y estrellas que gastan en hacerlas, les ponemos perpetuo silencio en las cosas del cielo, señalando meses vedados a las musas, como a la caza y pesca, porque no se agoten con la prisa que las dan.

Iten, habiendo considerado que esta seta infernal de hombres condenados a perpetuo conceto, despedazadores de vocablos y volteadores de razones, han pegado el dicho achaque de poesía a las mujeres, declaramos que nos tenemos por desquitados con este mal que las hemos hecho, del que nos hicieron en la manzana. Y por cuanto el siglo esta pobre y necesitado, mandamos quemar las coplas de los poetas, como franjas viejas, para sacar el oro, plata y perlas, pues en los más versos hacen sus damas de todos los metales, como estatuas de Nabuco".

Aquí no lo puedo sufrir el sacritán y, levantándose en pie, dijo: -¡Más no, sino quitarnos las haciendas! No pase v.m. adelante, que sobre eso pienso ir al Papa, y gastar lo que tengo. Bueno es que yo, que soy eclesiástico, había de padecer ese agravio. Yo probaré que las coplas del poeta clérigo no están sujetas a tal premática, y luego quiero irlo a averiguar ante la justicia".

En parte me dio gana de reir, pero, por no detenerme, que se me hacía tarde, le dije: -"Señor, esta premática es hecha por gracia, que no tiene fuerza ni apremia, por estar falta de autoridad". -"¡Pecador de mí!" -dijo muy alborotado-; "avisara v.m., y hubiérame ahorrado la mayor pesadumbre del mundo. ¿Sabe v.m. lo que es hallarse un hombre con ochocientas mil coplas de contado, y oír eso? Prosiga v.m. y Dios le perdone el susto que me diio". Proseguí diciendo:

"Iten, advirtiendo que después que dejaron de ser moros -aunque todavía conservan algunas reliquias- se han metido a pastores, por lo

cual andan los ganados flacos de beber sus lágrimas, chamuscados con sus ánimas encendidas, y tan embebecidos en su música, que no pacen, mandamos que dejen el tal oficio, señalando ermitas a los amigos de soledad. y a los demás, por ser ofivcio alegre y de pullas, que se acomoden en mozos de mulas".

-"Algún puto, cornudo, bujarrón y judío" -dijo en altas voces- "ordenó tal cosa! Y si yo supiera quién era, yo le hiciera una sátira, con tales coplas, que le pesara a él y a todos cuantos las vieran, de verlas. ¡Miren qué bien le estaría a un hombre lampiño como yo la ermita! ¡O un hombre vinajeroso y sacristando, ser mozo de mulas! Ea, señor, que son grandes pesadumbres esas". -"Ya le he dicho a v.m." -repliqué- "que son burlas y que las oiga como tales".

Proseguí diciendo que "por estorbar los grandes hurtos, mandamos que no se pasen coplas de Aragón a Castilla, ni de Italia a España, so pena de andar bien vestido el poeta que tal hiciese, y, si reincidiese, de andar limpio una hora".

Esto le cayó muy en gracia porque traía él una sotana con canas, de puro vieja, y con tantas cazcarrias que, para enterrarle, no era menester más de estregársela encima. El manteo, se podían estercolar con él dos heredades.

Y así, medio riendo, le dije que mandaban también tener entre los desesperados que se ahorcan y despeñan, y que, como a tales, no las enterrasen en sagrado, a la mujeres que se enamoran de poetas a secas. Y que, advirtiendo a la gran cosecha de redondillas, canciones y sonetos que habian habido en estos años fértiles, mandaban que los legajos que por sus déméritos escapasen de las especerías, fuesen a las necesarias sin apelación.

Y, por acabar, llegué al postrer capítulo, que decía así: "Pero advirtiendo, con ojos de piedad, que hay tres géneros de gentes en la república tan sumamente miserables, que no pueden vivr sin los tales poetas como son farsantes, ciegos y sacristanes, mandamos que pueda haber algunos oficiales públicos desta arte, con tal que tengan carta de examen de los caciques de los poetas que fueren en aquellas partes. Limitando a los poetas de farsantes que no acaben los entremeses con palos ni diablos, ni las comedias en casamientos, ni hagan tarzas con papeles o cintas. Y a los de ciegos, que no sucedan los casos en Tetuán, desterrándoles estos vocablos: cristián, armada, humanal y pundonores; y mandándoles que, para decir la presente obra, no digan zozbra. Y alos de sacristanes, que no hagan los villancicos con Gil ni Pascual, que no juegen del vocablo, ni hagan los pensamientos de tornillo, que, mudándoles el nombre, se vuelvan a cada fiesta.

Y, finalmente, mandamos a todos los poetas en común, que se descarten de Jupiter, Venus, Apolo y otros dioses, so pena de los que tendrán por abogados a la hora de su muerte".

A todos los que oyeron la premática pareció cuanto bien se puede decir, y todos me pidieron traslado de ella. Sólo el sacristanejo empezó a jurar por vida de las vísperas solemnes, introibo y kiries, que ra sátira contra él, por lo que decía de los ciegos, y que él sabía mejor lo que había de hacer que nadie. Y últimamente dijo: -"Hombre soy yo que he estado en una posada con Liñán, y he comido más de dos veces con Espinel". Y que habia estado en Madrid tan cerca de Lope de Vega como lo estaba de mí, y que habia visto a don Alonso de Ercilla mil veces, y que tenía en su casa un retrato del divino Figueroa, y que había comprado los greüescos que dejó Padilla cuando se metió fraile, y que hoy día los traía, y malos. Enseñólos, y dióles esto a todos tanta risa, que no querían salir de la posada.

Al fin, ya eran las dos, y como era forzoso el camino, salimos de

Madrid. Yo me despidí dél, aunque me pesaba, y comenzé a caminar para el puerto. Quiso Dios que, porque no fuese pensando en mal, me topase con un soldado. Luego trabamos plática; preguntóme si venia de la Corte; dije que de paso había estado en ella. -"No está para más"- -dijo luego "que es pueblo para gente ruin. Mas quiero, ¡voto a cristo!, estar en un sitio, la nieve a la cinta, hecho un reloj, comiendo madera, que sufriendo las supercherías que se hacen a un hombre de bien".

A esto le dije yo que me advirtiese que en la Corte había de todo y que estimaban mucho a cualquier hombre de suerte.

-"¿ Qué estiman" -dijo muy enojado- "si he estado yo ahí seis meses pretendiendo una bandera, tras veinte años de servicios y haber perdido mi sangre en servicio del Rey, como lo dicen estas heridas?" Y enseñóme una cuchillada de a palmo en las ingles, que así era de incordio como el sol es claro. Luego, en los calcañares, me enseñó otras dos señales, y dijo que eran balas; y yo saqué, por otras dos mías que tengo, que habían sido sabañones. Quitóse el sombrero y mostróme el rostro; calzaba diez y seis puntos de cara, que tantos tenía en una cuchillada que le partía las narices. Tenía otros tres chirlos, que se la volvía mapa a puras líneas.

-"Estas me dieron" -dijo- "defendiendo a Paris, en servicio de Dios y del Rey, por quien veo trinchado mi gesto, y no he recibido sino buenas palabras, que agora tienen lugar de malas obras. Lea estos papeles" —me dijo—, "por vida del licenciado, que no ha salido en campaña, ivoto a Cristo!, hombre, ivive Dios!, tan señalado". Y decía verdad, porque lo estaba a puros golpes.

Comenzó a sacar cañones de hoja de lata y a enseñarme papeles, que debían de ser de otro a quien había tornado el nombre. Yo los leí, y dije mil cosas en su alabanza, y que el Cid ni Bernardo no habían hecho lo que él. Saltó en esto, y dijo: -"Cómo lo que yo? iVoto a Dios!, ni lo que García de Paredes, Julian Romero y otros hombres de bien, ipese al diablo! Se que entonces no había artilleria, ivoto a Dios!, que no hubiera Bernardo para un hora en este tiempo. Pregunte v.m. en Flandes por la hazaña del Mellado, y verá lo que le dicen". -"Es v. m., acaso?" , le dije yo; y él respondio: -"Pues qué otro? ¿No me ve la mella que tengo en los dientes? No tratemos desto, que parece mal alabarse el hombre".

Yendo en estas conversaciones, topamos en un borrico un ermitaño, con una barba tan larga, que hacía lodos con ella, macilento y vestido de paño pardo. Salúdonos con el Deo gracias acostumbrado, y empezó a alabar los trigos, y, en ellos, la misericordia del Señor. Salto el soldado, y dijo: -"¡Ah, padre!, mas espesas he visto yo las picas sobre mí, y, ivoto a Cristo!, que hice en el saco de Amberes lo que pude; sí, ¡juro a Dios!". El ermitaño le reprehendió que no jurase tanto, a lo cual dijo: -"Padre, bien se echa de ver que no es soldado, pues me reprehende mi propio oficio". Diome a mí gran risa de ver en lo que ponía la soldadesca, y eche de ver que era algún picarón gallina, porque ya entre soldados no hay costumbre más aborrecida de los de más importancia, cuando no de todos.

Llegamos a la falta del puerto, el ermitaño rezando el rosario en una carga de leña hecha bolas, de manera que, a cada avemaría, sonaba un cabe; el soldado iba comparando las penas a los castillos que había visto, y mirando cuál lugar era fuerte y adonde se había de plantar la artillería. Yo los iba mirando; y tanto temía el rosario del ermitano, con las cuentas frisonas, como las mentiras del soldado. -"iOh, como volaría yo con pólvora gran parte deste puerto" -decía-, "y hiciera buena obra a los caminantes!".

En estas y otras conversaciones, llegamos a Cercedilla. Entramos en la posada todos tres juntos, ya anochecido; mandamos aderezar la cena -era viernes-, y, entre tanto, el ermitaño dijo: -"Entretengámonos un rato, que la ociosidad es madre de los vicios; juguemos avemarías". Y dejó caer de la manga el descuadernado. Diome a mí gran risa el ver aquello, considerando en las cuentas. El soldado dijo: -"No, sino juguemos hasta cien reales que yo traigo, en amistad". Yo, cudicioso, dije que jugaría otros tantos, y el ermitaño, por no hacer mal tercio, acetó, y dijo que allí llevaba el aceite de la lámpara, que eran hasta doscientos reales. Yo confieso que pensé ser su lechuza y bebérsele, pero asi le sucedan todos sus intentos al turco.

Fue el juego a parar, y lo bueno fue que dijo que no sabía el juego, y hizo que se le enseñásemos. Dejónos el bienaventurado hacer dos manos, y luego nos la dio tal, que no dejó blanca en la mesa. Heredónos en vida; retiraba el ladrón con las ancas de la mano que era lástima. Perdía una sencilla, y acertaba doce maliciosas. El soldado echaba a cada suerte doce votos y otros tantos peses, aforrados en por vidas. Yo me comí las uñas, y el fraile ocupaba las suyas en mi moneda. No dejaba santo que no llamaba; nuestras cartas eran como el Mesías, que nunca venían y las aguardábamos siempre.

Acabó de pelarnos; quisímosle jugar sobre prendas, y é, tras haberme ganado a mí seiscientos reales, que era lo que llevaba, y al soldado los ciento, dijo que aquello era entretenimiento, y que éramos prójimos, y que no había de tratar de otra cosa. -"No juren" -decía-, "que a mí, porque me encomendaba a Dios, me ha sucedido bien. Y como nosotros no sabíamos la habilidad que tenía de los dedos a la muñeca, creímoslo, y el soldado juró de no jurar más, y yo de la misma suerte. -"¡Pesia tal!" -decía el pobre alférez, que él me dijo entonces que lo era-, "entre luteranos y moros me he visto, pero no he padecido tal despojo".

Él se reía a todo esto. Tornó a sacar el rosario para rezar. Yo, que no tenía ya blanca, pedíle que me diese de cenar, y que pagase hasta Segovia la posada por los dos, que íbamos in paribus. Prometió hacerlo. Metióse sesenta güevos (¡no vi tal en mi vida!). Dijo que se iba a acostar.

Dormimos todos en una sala con otra gente que estaba allí, porque los aposentos estaban tomados para otros. Yo me acosté con harta tristeza; y el soldado llamó al huesped, y le encomendó sus papeles en las cajas de lata que los traía, y un envoltorio de camisas jubiladas. Acostámonos; el padre se persinó, y nosotros nos santiguamos dél. Durmió; yo estuve desvelado, trazando cómo quitarle el dinero. El soldado hablaba entre sueños de los cien reales, como si no estuvieran sin remedio.

Hízose hora de levantar. Pedí yo luz muy aprisa; trujéronla, y el huesped el envoltorio al soldado, y olvidáronsele los papeles. El pobre alferez hundió la casa a gritos, pidiendo que le diese los servicios. El huesped se turbó, y, como todos decíamos que se los diese, fue corriendo y trujo tres bacines, diciendo: -"He ahí para cada uno el suyo; ¿Quieren más servicios?" ; que el entendió que nos habían dado cámaras. Aquí fue ella, que se levantó el soldado con la espada tras el huesped, en camisa, jurando que le había de matar porque hacía burla dél, que se había hallado en la Naval, San Quintín y otros, trayéndole servicios en lugar de los papeles que le había dado. Todos salímos tras el a tenerle, y aun no podíamos. Decía el huesped: -"Señor, su merced pidió servicios; yo no estoy obligado a saber que, en lengua soldada, se llaman así los papeles de las hazañas". Apaciguámoslos, y tornamos al aposento.

El ermitaño receloso, se quedó en la cama, diciendo que le había hecho mal el susto. Pagó por nosotros, y salimos del pueblo para el puerto, enfadados del término del ermitaño, y de ver que no le habíamos podido quitar el dinero.

Topamos con un ginovés, digo con uno destos antecristos de las monedas de España, que subía el puerto con un paje detrás, y él con su guardasol, muy a lo dineroso. Trabamos conversación con él; todo lo llevaba a materia de maravedís, que es gente que naturalmente nació para bolsas. Comenzó a nombrar a Visanzón, y si era bien dar dineros o no a Visanzón, tanto que el soldado y yo le preguntamos que quién era aquel caballero. A lo cual respondió riéndose: -"Es un pueblo de Italia, donde se juntan los hombres de negocios" -que acá llamamos fulleros de pluma-, "a poner los precios por donde se gobierna la moneda". De lo cual sacamos que, en Visanzón, se lleva el compás a los músicos de uña.

Entretúvonos cl camino contando quc estaba perdido porque había quebrado un cambio, que le tenía más de sesenta mil ducados. Y todo lo juraba por su conciencia; aunque yo pienso que conciencia en mercader es como virgo en cantonera, que se vende sin haberle. Nadie, casi, tiene conciencia, de todos los deste tanto; porque, como oyen decir que muerde por muy poco, han dado en dejarla con el ombligo en naciendo.

En estas platicas, vimos los muros de Segovia, y a mí se me alegraron los ojos, a pesar de la memoria, que, con los sucesos de Cabra, me contradecía el contento. Llegué al pueblo y, a la entrada, ví a mi padre en el camino, aguardando ir en bolsas, hecho cuartos, a Josafad. Enternecíme, y entre algo desconocido de como salí con punta de barba, bien vestido.

Dejé la compañia; y, considerando en quién conocería a mi tío -fuera del rollo- mejor en el pueblo, no halló nadie del pueblo de quien echar mano. Lleguéme a mucha gente a preguntar por Alonso Ramplón, y nadie me daba razon dél, diciendo que no le conocían. Holgué mucho de ver tantos hombres de bien en mi pueblo, cuando, estando en esto, oí al precursor de la penca hacer de garganta, y a mí tío de las suyas. Venía una procesión de desnudos, todos descaperuzados, delante de mi tío, y él, muy haciéndose de pencas, con una en la mano, tocando un pasacalles públicas en las costillas de cinco laúdes, sino que llevaban sogas por cuerdas. Yo, que estaba notando esto con un hombre a quien había dicho, preguntando por él, que era yo un gran caballero, veo a mi buen tío que, echando en mí los ojos -por pasar cerca-, arremetió a abrazarme, llamándome sobrino. Penséme morir de vergüenza; no volví a despedirme de aquel con quien estaba.

Fuime con el, y díjome: -"Aquí te podrás ir, mientras cumplo con esta gente; que ya vamos de vuelta, y hoy comeras conmigo". Yo que me ví a caballo, y que en aquella sarta pareceria punto menos de azotado, dije que le aguardaría allí; y así, me aparté avergonzado, que, a no depender dél la cobranza de mi hacienda, no le hablara más en mi vida ni pareciera entre gentes.

Acabó de repasarles las espaldas, volvió, y llevóme a su casa, donde me apeé y comimos.

CAPÍTULO IV
Del hospedaje de mi tío, y visitas, la cobranza de mi hacienda y vuelta a la corte

Tenía mi buen tío su alojamiento junto al matadero, en casa de un aguador. Entramos en ella, y díjome: -"No es alcazar la posada, pero yo os prometo, sobrino, que es a propósito para dar expediente a mis negocios". Subímos por una escalera, que sólo aguardé a ver lo que me sucedia en lo alto, para si se diferenciaba en algo de la de la horca.

Entramos en un aposento tan bajo, que andábamos por él como quien recibe bendiciones, con las cabezas bajas. Colgó la penca en un clavo, que estaba con otros de que colgaban cordeles, lazos, cuchillos, escarpia y otras herramientas del oficio. Díjome que por que no me quitaba el manteo y me sentaba; yo le dije que no lo tenía de costumbre. Dios sabe cuál estaba de ver la infamia de mi tío, el cual me dijo que había tenido ventura en topar con él en tan buena ocasión, porque comería bien, que tenía convidados unos amigos.

En esto, entró por la puerta, con una ropa hasta los pies, morada, uno de los que piden para las ánimas, y haciendo son con la cajita dijo: -"Tanto me han valido a mí las ánimas hoy, como a ti los azotados: encaja". Hiciéronse la mamona el uno al otro. Arremangóse el desalmado animero el sayazo, y quedó con unas piernas zambas en gregüescos de lienzo, y empezó a bailar y decir que si habia venido Clemente. Dijo mi tío que no, cuando, Dios y enhorabuena. devanado en un trapo, y con unos zuecos, entró una chirimía de la bellota, digo, un porquero. Conocíle por el -hablando con perdón- cuerno que traia en la mano; y para andar al uso, sólo erró en no traelle encima de la cabeza.

Saludónos a su manera, y tras él entró un mulato zurdo y bizco, un sombrero con mas falda que un monte y mas copa que un nogal, la espada con más gavilanes que la caza del Rey, un coleto de ante. Traía la cara de punto, porque a puros chirlos la tenía toda hilvanada.

Entró y sentóse, saludando a los de casa; y a mi tío le dijo: -"A fe, Alonso, que lo han pagado bien el Romo y el Garroso". Saltó el de las ánimas, y dijo: -"Cuatro ducados di yo a Flechilla, verdugo dc Ocaña, porque aguijase el burro, y porque no llevase la penca de tres suelas, cuando me palmearon". "¡Vive Dios!" -dijo el corchete-, "que se lo pague yo sobrado a Lorenzo en Murcia, porque iba el borrico que remedaba el paso de la tortuga, y el bellaco me los asentó de manera que no se levantaron sino ronchas". Y el porquero, concomiendose, dijo: -"Con virgo están mis espaldas". -"A cada puerco le viene su San Martín", dijo el demandador. -"De eso me puedo alabar yo" -dijo mi tío -"entre cuantos manejan la zurriaga, que, al que se me encomienda, hago lo que debo. Sesenta me dieron los de hoy, y llevaron unos azotes de amigo, con penca sencilla.

Yo que ví cuan honrada gente era la que hablaba mi tío, confieso que me puse colorado, de suerte que no pude disimular la verguenza. Echómelo de ver el corchete, y dijo: -"¿Es el padre el que padeció el otro dia, a quien se dieron ciertos empujones en el envés?". Yo respondí que no era hombre quo padecía como ellos. En esto, se levantó mi tío y dijo: -"Es mi sobrino, maeso en Alcalá, gran supuesto". Pidiéronme perdón, y ofreciéronme toda caricia.

Yo rabiaba ya por comer, y por cobrar mi hacienda y huir de mi tío. Pusieron las mesas; y por una soguilla, en un sombrero, como suben la limosna los de la cárlel, subían la comida de un bodegón que estaba a las espaldas de la casa, en unos mendrugos de platos y retacillos de cantaros y tinajas. No podrá nadie encarecer mi sentimiento y afrenta. Sentáronse a comer, en cabecera el demandador, y los demás sin orden. No quiero decir lo que comimos; solo, que eran todas cosas para beber.

Sorbióse el corchete tres de puro tinto. Brindóme a mí el porquero; me las cogía al vuelo, y hacía más razones que decíamos todos. No había memoria de agua, y menos voluntad della.

Parecieron en la mesa cinco pasteles de a cuatro. Y tomando un hisopo, después de haber quitado las hojaldres, dijeron un responso todos, con su requiem eternam, por el ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes. Dijo mi tío: -"Ya os acordais, sobrino, lo que os escribí de vuestro padre". Vinóseme a la memoria; ellos comieron, pero yo pasé con los suelos solos, y quedéme con la costumbre; y así, siempre que como pasteles, rezo una avemaria por el que Dios haya.

Menudeóse sobre dos jarros; y era de suerte lo que hicieron el corchete y el de las ánimas, que se pusieron las suyas tales, que, trayendo un plato de salchichas que parecían dedos de negro, dijo uno que para que traían pebetes guisados. Ya mi tío estaba tal, que, alargando la mano y asiendo una, dijo, con la voz algo áspera y ronca, el un ojo medio acostado, y el otro nadando en mosto: -"Sobrino, por este pan de Dios que crió a su imagen y semejanza, que no he comido en mi vida mejor carne tinta". Yo que ví al corchete que, alargando la mano, tomó el salero y dijo: -"Caliente está este caldo", y que el porquero se llevo el puño de sal, diciendo: -"Es bueno el avisillo para beber", y se lo chocló en su boca, comence a reir por una parte, y a rabiar por otra.

Trujeron caldo, y el de las ánimas tomó con entrambas menos una escudilla, diciendo: -"Dios bendijo la limpieza"; y alzándola para sorberla, por llevarla a la boca, se la puso en el carrillo, y, volcándola, se asó en caldo, y se puso todo de arriba abajo que era vergüenza. Él, que se vió asi, fuese a levantar, y como pesaba algo la cabeza, quiso ahirmar sobre la mesa, que era destas movedizas; trastornóla, y manchó a los demás; y tras esto decía que el porquero le había empujado. El porquero que vio que el otro se caía encima, levantóse, y alzando el instrumento de güeso, le dió con el una trompetada. Asiéronse a puños, y, estando juntos los dos, y teniéndole el demandador mordido de un carrillo, con los vuelcos y alteración, el porquero vomitó cuanto había comido en las barbas del de la demanda. Mi tío, que estaba más en juicio, decía que quien había traido a su casa tantos clérigos.

Yo que los ví que ya, en suma, muitiplicaban, metí en paz la brega, desasí a los dos, y levanté del suelo al corchete, el cual estaba llorando con gran tristeza; echó a mi tío en la cama, el cual hizo cortesía a un velador de palo que tenía, pensando que era convidado; quité el cuerno al porquero, el cual, ya que dormian los otros, no había hacerle callar, diciendo que le diesen su cuerno, porque no había habido jamás quien supiese en él mas tonadas, y que él quería tañer con el órgano. Al fin, yo no me aparté dellos hasta que vi que dormían.

Salíme de casa; entretúveme en ver mi tierra toda la tarde, pasé por la casa de Cabra, tuve nueva de que ya era muerto, y no cuidé de preguntar de que, sabiendo que hay hambre en el mundo.

Torné a casa a la noche, habiendo pasado cuatro horas, y halló al uno despierto y que andaba a gatas por el aposento buscando la puerta, y diciendo que se les había perdido la casa. Levantele, y dejé dormir a los demás hasta las once de la noche que despertaron; y, esperezándose, preguntó mi tío que qué hora era. Respondió cl porquero -que aún no la había desollado- que no era nada sino la siesta, y que hacía grandes bochornos. El demandador, como pudo, dijo que le diesen su cajilla: -"Mucho han holgado las ánimas para tener a su cargo mi sustento"; y fuese, en lugar de ir a la puerta, a la ventana; y, como

vió estrellas, comenzó a llamar a los otros con grandes voces, diciendo que el cielo estaba estrellado a mediodía, y que había un gran eclipse. Santiguáronse todos y besaron la tierra.

Yo que ví la bellaquería del demandador, escandalicéme mucho, y propuso de guardarme de semejantes hombres. Con estas vilezas e infamias que veía yo, ya me crecía por puntos el deseo de verme entre gente principal y caballeros. Despachélos a todos uno por uno lo mejor que pude, acosté a mi tío, que, aunque no tenia zorra, tenía raposa, y yo acomodéme sobre mis vestidos y algunas ropas de los que Dios, tenga, que estaban por allí.

Pasamos desta manera la noche; a la mañana, traté con mi tío de reconocer mi hacienda y cobralla. Despertó diciendo que estaba molido, y que no sabía de qué. El aposento estaba, parte con las enjuagadoras de las monas, parte con las aquas que habían hecho de no beberlas, hecho una taberna de vinos de retorno. Levantóse, tratamos largo en mis cosas, y tuve harto trabajo por ser hombre tan borracho y rustico. Al fin, le reduje a que me diera noticia de parte de mi hacienda, aunque no de toda, y así, me la dió de unos trescientos ducados que mi buen padre había ganado por sus puños, y dejándolos en confianza de una buena mujer a cuya sombra se hurtaba diez leguas a la redonda.

Por no cansar a v.m., vengo a decir que cobré y embolsé mi dinero, el cual mi tío no había bebido ni gastado, que fué harto para ser hombre de tan poca razón, porque pensaba que yo me graduaría con éste, y que, estudiando, podría ser cardenal, que, como estaba en su mano hacerlos, no lo tenía por dificultoso. Díjome, en viendo que los tenía: -"Hijo Pablos, mucha culpa tendrás si no medras y eres bueno, pues tienes a quien parecer. Dinero llevas; yo no te he de faltar, que cuanto sirvo y cuanto tengo, para ti lo quiero. Agradecíle mucho la oferta.

Gastamos el día en pláticas desatinadas y en pagar las visitas a los personajes dichos. Pasaron la tarde en jugar a la taba mi tío, el porquero y demandador. Éste jugaba misas como si fuera otra cosa. Era de ver cómo se barajaban la taba: cogiéndola en el aire al que la echaba, y meciéndola en la muñeca, se la tornaba a dar. Sacaban de taba como de naipe, para la fábrica de la sed, porque había siempre un jarro en medio.

Vino la noche; ellos se fueron; acostámonos mi tío y yo cada uno en su cama, que ya había prevenido para mi un colchón. Amaneció y, antes que él despertase, yo me levanté y me fuí a una posada, sin que me sintiese; torné a cerrar la puerta por defuera, y echéle la llave por una gatera.

Como he dicho, me fuí a un meson a esconder y aguardar comodidad para ir a la corte. Déjele en el aposento una carta cerrada, que contenía mi ida y las causas, avisándole que no me buscase, porque eternamente no lo había de ver.

CAPÍTULO V
De mi huida, y los sucesos en ella hasta la corte

Partía aquella mañana del mesón un arriero con cargas a la corte. Llevaba un jumento; alquilómele, y salíme a guardarle a la puerta fuera del lugar. Salió, espetéme en el dicho, y empecé mi jornada. Iba entre mi diciendo: -"Allá quedarás, bellaco, deshonrabuenos, jinete de gaznates".

Consideraba yo que iba a la corte, adonde nadie me conocía -que era

la cosa que más me consolaba-, y que había de valerme por mi habilidad allí. Propuse de colgar los hábitos en llegando, y de sacar vestidos nuevos cortos al uso. Pero volvamos a las cosas que el dicho mi tío hacía, ofendido con la carta, que decía en esta forma: "Señor Alonso Ramplón: Tras haberme Dios hecho tan señaladas mercedes como quitarme de delante a mi buen padre y tener a mi madre en Toledo, donde, por lo menos, sé que hará humo, no me faltaba sino ver hacer en v.m. lo que en otros hace. Yo pretendo ser uno de mi linaje, que dos es imposible, si no vengo a sus manos, y trinchándome, como hace a otros. No pregunté por mí, ni me nombré, porque me importa negar la sangre que tenemos. Sirva al Rey, y adios".

No hay que encarecer las blasfemias y oprobios que diría contra mí. Volvamos a mi camino. Yo iba caballero en el rucio de la Mancha, y bien deseoso de no topar nadie, cuando desde lejos vi venir un hidalgo de portante, con su capa puesta, espada ceñida, calzas atacadas y botas, y al parecer bien puesto, el cuello abierto, el sombrero de lado. Sospeché que era algún caballero que dejaba atrás su coche; y así, emparejando, le salude.

Mirome y dijo: —«Irá v.m., señor licenciado, en ese borrico con harto más descanso que yo con todo mi aparato". Yo, que entendí que lo decía por coche y criados que dejaba, atrás, dije: -"En verdad, señor, que lo tengo por más apacible caminar que el del coche, porque aunque v.m. vendrá en el que trae detrás con regalo, aquellos vuelcos que da, inquietan". "Cuál coche detrás?", dijo el muy alborotado. Y, al volver atrás, como hizo fuerza se le cayeron las calzas, porque se le rompió una agujeta que traía, la cual era tan sola que, tras verme muerto de risa de verle, me pidio una prestada. Yo que ví que, de la camisa, no se vía sino una ceja, y que traía tapado el rabo de medio ojo, le dije: -"Por Dios, señor, si v.m. no aguarda a sus criados, yo no puedo socorrerle, porque vengo también atacado únicamente". -"Si hace v.m. burla" -dijo él, con las cachondas en la mano", "vaya, porque no entiendo eso de los criados".

Y aclaróseme tanto en materia de ser pobre, que me confesó, a media legua que anduvimos, que si no le hacía merced de dejarle subir en el borrico un rato, no le era posible pasar adelante, por ir cansado de caminar con las bragas en los puños; y, movido a compasión, me apeé; y, como él no podía soltar las calzas, húbele yo de subir. Y espantóme lo que descubrí en el tocamiento, porque, por la parte de atras que cubría la capa, traía las cuchilladas con entretelas de nalga pura. Él, que sintió lo que le había visto, como discreto, se previno diciendo: -"Señor licenciado, no es oro todo lo que reluce. Debióle parecer a v.m., en viendo el cuello abierto y mi presencia, que era un conde de Irlos. Como destas hojaldres cubren en el mundo lo que v.m. ha tentado".

Yo le dije que le aseguraba de que me había persuadido a muy diferentes cosas de las que veía. -"Pues aún no ha visto nada v.m." -replica-, "que hay tanto que ver en mí como tengo, porque nada cubro. Veme aquí v.m. un hidalgo hecho y derecho, de casa do solar montañes, que, si como sustento la nobleza, me sustentara, no hubiera más que pedir. Pero ya, señor licenciado, sin pan y came, no se sustenta buena sangre, y por la misericordia de Dios, todos la tienen colorada, y no puede ser hijo de algo el que no tiene nada. Ya he caido en la cuenta de las ejecutorias, después que, hallándome en ayunas un día, no me quisieron dar sobre ella en un bodegón dos tajadas: pues, ¡decir que no tiene letras de oro! Pero más valiera el oro en las píldoras que en las letras, y de más provecho es. Y con todo, hay muy pocas letras con oro. He vendido hasta mi sepultura, por no tener sobre que caer

muerto, que la hacienda de mi padre Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero -que todos estos nombres tenía—, se perdió en una fianza. Sólo el don me ha quedado por vender, y soy tan desgraciado que no hallo nadie con necesidad dél, pues quien no le tiene por ante, le tiene por postre, como el remendón, azadón, pendón, blandon, bordón y otros así".

Confieso que, aunque iban mezcladas con risa, las calamidades del dicho hidalgo me enternecieron. Preguntéle como se llamaba, y adónde iba y a que. Dijo que todos los nombres de su padre: don Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero y Jordán. No se vió jamás nombre tan campanudo, porque acababa en dan y empezaba en don, como son de badajo. Tras esto dijo que iba a la corte, porque un mayorazgo roído como él, en un pueblo corto, olía mal a dos días, y no se podía sustentar, y que por eso se iba a la patria común, adonde caben todos, y adonde hay mesas francas para estómagos aventureros. -"Y nunca, cuando entró en ella, me faltan cien reales en la balsa, cama, de comer y refocilo de lo vedado, porque la industria en la corte es piedra filosofal, que vuelve en oro cuanto toca".

Yo ví el cielo abierto, y en son de entretenimicnto para el camino, le rogué que me contase cómo y con quienes y de que manera viven en la corte los que no tenían, como él. Porque me parecía dificultoso en este tiempo, que no sólo se contenta cada uno con sus cosas, sino que aun solicitan las ajenas. -"Muchos hay de esos" -dijo-, "y muchos de estotros. Es la lisonja llave maestra, que abre a todas voluntades en tales pueblos. Y porque no se le haga dificultoso lo que digo, oiga mis sucesos y mis trazas, y se asegurara de esa duda".

CAPÍTULO VI
En que prosigue el camino y lo prometido de su vida y costumbres

Lo primero ha de saber que en la corte hay siempre el más necio y el más sabio, más rico y más pobre, y los extremos de todas las cosas; que disimula los malos y esconde los buenos, y que en ella hay unos géneros de gentes como yo, que no se les conoce raiza ni mueble, ni otra cepa de la que descienden los tales. Entre nosotros nos diferenciamos con diferentes nombres; unos nos llamamos caballeros hebenes; otros, geros, chanflones, chirles, traspillados y caninos.

Es nuestra abogada la industria; pasamos las más veces los estomagos de vacio, que es gran trabajo traer la comida en manos ajenas. Somos susto de los banquetes, polilla de los hodegones y convidados por fuerza. Sustentámonos así del aire, y andamos contentos. Somos gente que comemos un puerro, y representamos un capón. Entrará uno a visitarnos en nuestros casas, y hallará nuestros aposentos llenos de güesos de carnero y aves, mondaduras de frutas, la puerta embarazada con plumas y pellejos de gazapos; todo lo cual cogemos de parte de noche por el pueblo, para honrarnos con ello de día. Reñimos en entrando el huésped: -"Es posible que no he de ser yo poderoso para que barra esa moza? Perdone v.m., que han comido aqui unos amigos, y estos criados...", etc. Quien no nos conoce cree que es así, y pasa por convite.

Pues qué diré del modo de comer en casas ajenas? En hablando a uno media vez, sabemos su casa, vámosle a ver, y siempre a la hora de mascar, que se sepa que está en la mesa. Decimos que nos llevan sus amores, porque tal entendimiento, etc. Si nos preguntan si hemos comido, si ellos no han empezado decímos que no; si nos convidan, no

aguardamos a segundo embite, porque destas aguardadas nos han sucedido grandes vigilias. Si han empezado, decimos que sí; y aunque parta muy bien el ave, pan o carne el que fuere, para tomar ocasión de engullir un bocado, decimos: -"Ahora deje v.m., que le quiero servir de maestresala, que solía, Dios le tenga en el cielo -y nombramos un señor muerto, duque o conde-, gustar más de verme partir que de comer". Diciendo esto, tomamos el cuchillo y partimos bocaditos, y al cabo decimos: -"¡Oh, que bien güele! Cierto que haría agravio a la guisandera en no probarlo. iQue buena mano tiene!". Y diciendo y haciendo, va en pruebas el medio plato: el nabo por ser nabo, el tocino por ser tocino, y todo por lo que es. Cuando esto nos falta, ya tenemos sopa de algun convento aplazada; no la tomamos en publico, sino a lo escondido, haciendo creer a los frailes que es mas devoción que necesidad.

Es de ver uno de nosotros en una casa de juego, con el cuidado quc sirve y despabila las velas, trae orinales, cómo mete naipes y solemniza las cosas del que gana, todo por un triste real de barato.

Tenemos de memoria, para lo que toca a vestirnos, toda la ropería vieja. Y como en otras partes hay hora señalada para oración, la tenemos nosotros para remendarnos. Son de ver, a las mañanas, las diversidades de cosas que sanamos; que, como tenemos por enemigo declarado al sol, por cuanto nos descubrc los remiendos, puntadas y trapos, nos ponemos, abiertas las piernas, a la mañana, a su rayo, y en la sombra del suelo vemos las que hacen los andrajos y hilachas de las entrepiernas, y con unas tijeras las hacemos la barba a las calzas.

Y como siempre se gastan tanto las entrepiernas, es de ver cómo quitamos cuchilladas de atrás para poblar lo de adelante; y solemos traer la trasera tan pacífica, por falta de cuchilladas, que se queda en las puras bayetas. Sábelo sola la capa, y guardámonos de días de aire, y de subir por escaleras claras o a caballo. Estudiamos posturas contra la luz, pues, en día claro, andamos las piernas muy juntas, y hacemos las reverencias con solos los tobillos, porque, si se abren las rodillas, se vería el ventanaje.

No hay cosa en todos nuestros cuerpos que no haya sido otra cosa y no tenga historia. Verbi gratia: bien ve v.m. -dijo- esta ropilla; pues primero fue gregüescos, nieta de una capa y bisnieta de un capuz, que fue en su principio, y ahora espera salir para soletas y otras cosas. Los escarpines, primero son pañizuelos, habiendo sido toallas, y antes camisas, hijas de sábanas; y después de todo, los aprovechamos para papel, y en el papel escribimos, y después hacemos dél polvos para resucitar los zapatos, que, de incurables, los he visto hacer revivir con semejantes medicamentos.

Pues ¿qué dire del modo con que de noche nos apartamos de las luces, porque no se vean los herreruelos salvos y las ropillas lampiñas?; que no hay más pelo en ellas que en un guijarro, que es Dios servido de dárnosle en la barba y quitárnosle en la capa. Pero, por no gastar con barberos, prevenimos siempre de guardar a que otro de los nuestros tenga tambien pelambre, v entonces nos la quitamos el uno al otro, conforme lo del Evangelio: "Ayudaos como buenos hermanos".

Traemos gran cuenta en no andar los unos por las casas de los otros, si sabemos que alguno trata la misma gente que otro. Es de ver cómo andan los estomagos en celo.

Estamos obligados a andar a caballo una vez cada mes, aunque sea en pollino, por las calles públicas; y obligados a ir en coche una vez en el año, aunque sea en la arquilla o trasera. Pero, si alguna vez vamos

dentro del coche, es de considerar que siempre es en el estribo, con todo el pescuezo de fuera, haciendo cortesía porque nos vean todos, y hablando a los amigos y conocidos aunque miren a otra parte.

Si nos come delante de algunas damas, tenemos traza para rascarnos en publico sin que se vea; si es en el muslo, contamos que vimos un soldado atravesado desde tal parte a tal parte, y señalamos con las manos aquellas quc nos comen, rascándonos en vez de enseñarlas. Si es en la iglesia, y come en el pecho, nos damos sanctus aunque sea al introibo. Levantámonos, y arrimándonos a una esquina en son de empinarnos para ver algo, nos rascamos.

¿Que diré del mentir? Jamás se halla verdad en nuestra boca. Encajamos duques y condes en las conversaciones, unos por amigos, otros por deudos; y advertimos que los tales señores, o estén rnuertos o muy lejos.

Y lo que más es de notar: que nunca nos enamoramos sino de pane lucrando, que veda la orden damas melindrosas, por lindas que sean; y así, siempre andamos en recuesta con una bodegonera por la comida, con la güéspeda por la posada, con la que abre los cuellos por los que trae el hombre. Y aunque, comiendo tan poco y bebiendo tan mal, no se puede cumplir con tantas, por su tanda todas estan contentas.

Quien ve estas botas mías, ¿cómo pensará que andan caballeras en las piernas en pelo, sin media ni otra cosa? Y quien viere este cuello, ¿por qué ha de pensar que no tengo camisa? Pues todo esto le puede faltar a un caballero, señor licenciado, pero cuello abierto y almidonado, no. Lo uno, porque así es gran ornato de la persona; y después de haberle vuelto de una parte a otra, es de sustento, porque se cena el hombre en el almidón, chupándole con destreza.

Y al fin, señor licenciado, un caballero de nosotros ha de tener más faltas que una preñada de nuve meses, y con esto vive en la corte; y ya se ve en prosperidad y con dineros; y ya en el hospital. Pero, en fin, se vive, y el que se sabe bandear es rey, con poco que tenga".

Tanto gusté de las estrañas maneras de vivir del hidalgo, y tanto me embebecí, que divertido con ellas y con otras, me llegué a pie hasta las Rozas, adonde nos quedamos aquella noche. Cenó conmigo el dicho hidalgo, que no traía blanca y yo me hallaba obligado a sus avisos, porque con ellos abrí los ojos a muchas cosas, inclinándome a la chirlería. Declaréle mis deseos antes que nos acostasemos; abrazóme mil veces, diciendo que siempre esperó que habían de hacer impresión sus razones en hombre de tan buen entendimiento. Ofrecióme favor para introducirme en la corte con los demás cofrades del estafón, y posada en compañía de todos. Acetéla, no declarándole quc tenía los escudos que llevaba, sino hasta cien males solos. Los cuales bastaron, con la buena obra que le había hecho y hacía, a obligarle a mi amistad.

Compréle del huésped tres agujetas, atacóse, dormimos aquella noche, madrugamos, y dimos con nuestros cuerpos en Madrid.

••

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO I
De lo que me sucedio en la corte luego que llegué hasta que amanecio

Entramos en la Corte a las diez de la mañana; fuímonos a apear, de conformidad, en casa de los amigos de don Toribio. Llegó a la puerta y llamó; abrióle una vejezuela muy pobremente abrigada y muy vieja. Preguntó por los amigos, y respondió que habían ido a buscar. Estuvimos solos hasta que dieron las doce, pasando el tiempo él en animarme a la profesión de la vida barata, y yo en atender a todo.

A las doce y media, entró por la puerta una estantigua vestida de bayeta hasta los pies, más raida que su vergüenza. Habláronse los dos en germanía, de lo cual resultó darme un abrazo y ofrecérseme. Hablamos un rato, y sacó un guante con diez y seis reales, y una carta, con la cual, diciendo que era licencia para pedir para una pobre, los había allegado. Vació el guante y sacó otro, y doblólos a usanza de médico. Yo le pregunté que por que no se los ponía, y dijo que por ser entrambos de una mano, que era treta para tener guantes.

A todo esto, noté que no se desarrebozaba, y pregunté, como nuevo, para saber la causa de estar siempre envuelto en la capa, a lo cual respondio: -"Hijo, tengo en las espaldas una gatera, acompañada de un remiendo de lanilla y de una mancha de aceite; este pedazo de arrebozo lo cubre, y asi se puede andar". Desarrebózose, y hallé que debajo de la sotana traía gran bulto. Yo pensé que eran calzas, porque eran a modo dellas, cuando él, para entrarse a espulgar, se arremangó, y vi que eran dos rodajas de cartón que traía atadas a la cintura y encajadas en los muslos, de suerte que hacían apariencia debajo del luto; porque el tal no traía camisa ni gregüescos, que apenas tenía que espulgar, segun andaba desnudo. Entró al espulgadero, y volvió una tablilla como las que ponen en las sacristias, que decía: "Espulgador hay" , porque no entrase otro. Grandes gracias dí a Dios, viendo cuánto dió a los hombres en darles industria, ya que les quitase riquezas.

—«Yo —dijo mi buen amigo— vengo del camino con mal de calzas, y así, me habré menester recoger a remendar". Preguntó si había algunos retazos (que la vieja recogía trapos dos días en la semana por las calles, como las que tratan en papel, para acomodar incurables cosas de los caballeros); dijo que no, y que por falta de harapos se estaba, quince dias había, en la cama, de mal de zaragüelles, don Lorenzo Íñiguez del Pedroso.

de aqui para rriba el palo de en meedio CORTO y tambien los"«"
++
+++
«««««««««««««««««««««««««««««««---»»»»»»»»»»»»»»»»»»»»»»»»»»»»»»»»»»

—«»

En esto estábamos, cuando vino uno con sus botas de camino y su vestido pardo, con un sombrero, prendidas las faldas por los dos lados. Supo mi venida de los demás, y hablóme con mucho afecto. Quitóse la capa, y traía -¡mire v.m. quién tal pensara!- la ropilla, de pardo paño la delantera, y la trasera de lienzo blanco, con sus fondos en sudor. No pude tener la risa, y él, con gran disimulación, dijo: -"Haráse a las armas, y no se reirá. Yo apostaré que no sabe por qué traigo este sombrero con la falda presa arriba". Yo dije que por galantería, y por dar lugar a la vista. —«Antes por estorbarla —dijo —; sepa que es porque no tiene toquilla, y que así no lo echan de ver» . Y, diciendo esto, sacó mas de veinte cartas y otros tantos reales, diciendo que no había podido dar aquéllas. Traía cada una un real de porte, y eran hechas por él mismo; ponía la firma de quien le parecía, escribía nuevas que inventaba a las personas más honradas, y dábalas en aquel traje, cobrando los portes. Y esto hacía cada mes, cosa que me espantó ver la novedad de la vida.

Entraron luego otros dos, el uno con una ropilla de paño, larga hasta el medio valón, y su capa de lo mismo, levantado el cuello porque no se viese el anjeo, que estaba roto. Los valones eran de chamelote, mas no era más de lo que se descubría, y lo demás de bayeta colorada. Éste venía dando voces con el otro, que traía valona por no tener cuello, y unos frascos por no tener capa, y una muleta con una pierna liada en trapajos y pellejos, por no tener más de una calza. Hacíase soldado, y habíalo sido, pero malo y en partes quietas. Contaba estraños servicios suyos, y, a título de soldado, entraba en cualquier parte.

Decía él de la ropilla y casi gregüescos: —«La mitad me debéis, o por lo menos mucha parte, y si no me la dais, ¡juro a Dios...!». —«No jure a Dios» —dijo el otro—, «que, en llegando a casa, no soy cojo, y os daré con esta muleta mil palos» . Sí daréis, no daréis, y en los mentises acostumbrados, arremetió el uno al otro y, asiéndose, se salieron con los pedazos de los vestidos en las manos a los primeros estirones.

Metímoslos en paz, y preguntamos la causa de la pendencia. Dijo el soldado: —«¿A mi chanzas? ¡No llevaréis ni medio! Han de saber vs. ms. que, estando hoy en San Salvador, llege un niño a este pobrete, y le dijo que si era yo el alferez Juan de Lorenzana, y dijo que sí, atento a que le vió no sé qué cosa que traía en las manos. Llevómele, y dijo, nombrándome alferez: —«Mire v.m. qué le quiere este niño". Yo que luego entendí, dije que yo era. Recibí el pecado, y con él doce pañizuelos, y respondí a su madre que los inviaba a algún hombre de aquel nombre. Pídeme agora la mitad. Yo antes me haré pedazos que tal dé. Todos los han de romper mis narices».

Juzgóse la causa en su favor. Sólo se le contradijo el sonar con ellos, mandándole que los entregase a la vieja, para honrar la comunidad haciendo dellos unos cuellos y unos remates de mangas que se viesen y representasen camisas, que el sonarse estaba vedado en la orden, si no era en el aire, y las más veces sorbimiento, cosa de sustancia y ahorro. Quedó esto así.

Era de ver, llegada la noche, cómo nos acostamos en dos camas, tan juntos que parecíamos herramienta en estuche. Pasóse la cena de claro en claro. No se desnudaron los más, que, con acostarse como andaban de

día, cumplieron con el precepto de dormir en cueros.

CAPÏTULO II
En que prosigue la materia comenzada y cuenta algunos raros sucesos

Amaneció el Señor, y pusímonos todos en arma. Ya estaba yo tan hallado con ellos como si todos fuéramos hermanos, que esta facilidad y dulzura se halla siempre en las cosas malas. Era de ver a uno ponerse la camisa de doce veces, dividida en doce trapos, diciendo una oración a cada uno, como sacerdote que se viste. A cual se le perdía una pierna en los callejones de las calzas, y la venía a hallar donde menos convenía asomada. Otro pedía guía para ponerse el jubón, y en media hora no se podía averiguar con él.

Acabado esto, que no fue poco de ver, todos empuñaron aguja y hilo para hacer un punteado en un rasgado y otro. Cuál, para culcucirse debajo del brazo, estirándole, se hacía L. Uno, hincado de rodillas, arremedando un cinco de guarismo, socorría a los cañones. Otro, por plegar las entrepiernas, metiendo la cabeza entre ellas se hacía un ovillo. No pintó tan estrañas posturas Bosco como yo vi, porque ellos cosían y la vieja les daba los materiales, trapos y arrapiezos de diferentes colores, los cuales había traído el soldado.

Acabóse la hora del remedio —que así la llamaban ellos— y fuéronse mirando unos a otros lo que quedaba mal parado. Determinaron de irse fuera, y yo dije que antes trazasen mi vestido, porque quería gastar los cien reales en uno, y quitarme la sotana. —«Eso no» dijeron ellos —; «el dinero se dé al depósito, y vistímosle de lo reservado. Luego, señalémosle su diócesi en el pueblo, adonde él solo busque y apolille».

Parecióme bien; deposité el dineroy, en un instante, de la sotanilla me hicieron ropilla de luto de paño; y acortando el herreruelo, quedó bueno. Lo que sobró de paño trocaron a un sombrero viejo reteñido; pusiéronle por toquilla unos algodones de tintero muy bien puestos. El cuello y los valones me quitaron, y en su lugar me pusieron unas calzas atacadas, con cuchilladas no más de por delante, que lados y trasera eran unas gamuzas. Las medias clazas de seda aún no eran medias, porque no llegaban más de cuatro dedos más abajo de la rodilla; los cuales cuatro dedos cubría una bota justa sobre la media colorada que yo traía. El cuello estaba todo abierto, de puro roto, pusiéronmenle; y dijeron: —«El cuello está trabajoso por detrás y por los lados. V.m. si le mirase uno, ha de ir volviéndose con él, como la flor del sol con el sol; si fueron dos y mirarsen por los lados, saque pies; y para los de atrás, traiga siempre el sombrero caído sobre el cogote, de suerte que la flada cubra el cuello y descubra toda la frente; y al que preguntaré que por qué anda así, respóndale que porque puede andar con la cara descubierta por todo el mundo».

Diéronme una caja con hilo negro y blanco, seda, cordel y aguja, dedal, paño, lienzo, raso y otros retcillos, y un cuchillo; pusiérnme una espuela en la pretina, yesca y eslabón en una bolsa de cuero, diciendo: —«Con esta caja puede ir por todo el mundo, sin haber menester amigos ni deudos; en ésta se encierra todo vuestro remedio. Tómela y guárdela». Señaláronme por cuartel para buscar mi vida el de San Luis; y así, empecé mi jornada, saliendo de casa con los otros, aunque por ser nuevo me dieron, para empezar la estafa, como a misacantano, por padrino el mismo que me trujo y convirtió.

Salimos de casa con paso tardo, los rosarios en la mano; tomamos el camino para mi barrio señalado. A todos hacíamos cortesías; a los hombres, quitábamos el sombrero, deseando hacer lo mismo con sus capas; a las mujeres hacíamos reverencias, que se huelgan con ellas y con las paternidades mucho. A uno decía mi buen ayo: —«Mañana me traen dineros»; a otro: —«Aguárdeme v.m. un día, que me trae en palabras el banco». Cuál le pedía la capa, quién le daba prisa por la pretina; en lo cual conocí que era tan amigo de sus amigos, que no tenía cosa suya. Andábamos haciendo culebra de una acera a otra, por no topar con casa de acreedores. Ya le pedía uno el alquiler de la cas, otro de la esplada y otro el de las sábanas y camisas, de manera que eché de ver que era caballero de alquiler, como mula.

Sucedió pues que vio desde lejos un hombre que le sacaba los ojos, según dijo, por una deuda, mas no podía el dinero. Y porque no le conociese, soltó de detrás de las orejas el cabello, que traía recogido, y quedó nazareno, entre Verónica y caballero lanudo; plantóse un parche en un ojo, y púsose a hablar italiano conmigo. Esto pudo hacer mientras el otro venía, que aún no le había visto, por estar ocupado en chismes con una vieja. Digo de verdad que vi al hombre dar vueltas alrededor, como perro que se quiere echar; hacíase más cruces que un ensalmador, y fuese diciendo: —«¡Jesús!, pensé que era él. A quien bueyes ha perdido..., etc. Yo moríame de risa ver la figura de mi amigo. Entróse en un portal a recoger la melena y el parche, y dijo: —«Éstos son los aderezos de negar deudas. Aprended, hermano, que veréis mil cosas déstas en el pueblo».

Pasamos adelante y, en una esquina, por ser de mañana, tomamos dos tajadas de alcotín y agua ardiente, de una picarona que nos lo dio de gracia, después de dar el bienvenido a mi adiestrador. Y díjome: —« Con esto vaya el hombre descuidado de comer hoy; y, por lo menos, esto no puede faltar». Afligíme yo, considerando que aún teníamos en duda la comida, y repliqué afligido por parte de mi estómago. A lo cual respondió: —«Poca fe tienes por la religión y orden de los caninos. No falta el Señor a los cuervos ni a los grajos ni aún a los escribanos, ¿y había de faltar a los traspillados? Poco estómago tienes». —«Es verdad —dije—, «pero temo mucho tener menos y nada de él».

En esto estábamos, y dió un reloj las doce; y como yo era nuevo en el trato, no les cayó en gracia a mis tripas el alcotín, y tenía hambre como si tal no hubiera comido. Renovada, pues, la memoria con la hora, volvíme al amigo y dije: —«Hermano, este de la hambre es recio noviciado; estaba hecho el hombre a comer más que un sabañón, y hanme metido a vigilias. Si vos no lo sentís, no es mucho, que criado con hambre desde niño, como el otro rey con ponzoña, os sustentáis ya con ella. No os veo hacer diligencia vehemente para mascar, y así, yo determino de hacer la que pudiere». —«¡Cuerpo de Dios» —repliclό— «con vos! Pues dan agora las doce, ¿y tanta prisa? Tenéis muy puntuales ganas y ejecutivas, y han menester llevar en paciencia algunas pagas atrasadas. ¿no, sino comer todo el día! ¿Qué más hacen los animales? No se escribe que jamás caballero nuestro haya tenido cámaras; que antes, de puro mal proveídos, no nos proveemos. Ya os he dicho que a nadie falta Dios. Y si tanta prisa tenéis, yo me voy a la sopa de San Jerónimo, adonde aquellos frailes de leche como capones, y allí haré el buche. Si vos queréis seguirme, venid, y si no, cada uno a sus aventuras». —«Adiós» —dije yo—, «que no eran tan cortas mis faltas, que se hayan de suplir con sobras de otros. Cada uno eche por su calle».

Mi amigo iba pisando tieso, y mirándose a los pies; sacó unas migajas de pan que traía para el efeto siempre en una cajuela, y

derramóselas por la barba y vestido, de suerte que parecía haber comido. Yo ya iba tosiendo y escarbando, por disimular mi flaqueza, limpiándome los bigotes, arrebozado y la capa sobre el hombro izquierdo, jugando con el decenario, que lo era porque no tenía más de diez cuentas. Todos los que me veían me juzgaban por comido, y si fuera de piojos, no erraran.

Iba yo fiado en mis escudillos, aunque me removía la conciencia el ser contra la orden comer a su costa quien vive de tripas horras en el mundo. Yo me iba determinando a quebrar el ayuno, y llegué con esto a la esquina de la calle de San Luis, adonde vivía un pastelero. Asomábase uno de a ocho tostado, y con aquel resuello del horno tropezóme en las narices, y al instante me quedé del modo que andaba, como el perro perdiguero con el aliento de la caza, puestos en él los ojos. Le miré con tanto ahínco, que se secó el pastel como un aojado. Allí es de contemplar las trazas que yo daba para hurtarle; resolvíame otra vez a pagarlo.

En esto me dió la una. Angustiéme de manera que me determiné a zamparme en un bodegón de los que están por allí. Yo que iba haciendo punta a uno, Dios que lo quiso, topo con un licenciado Flechilla, amigo mio, que venía haldeando por calle abajo, con mas barros que la cara de un sanguino, y tantos rabos, que parecía chirrión con sotana. Arremetió a mí en viéndome, que, según estaba, fue mucho conocerme. Yo le abracé; preguntóme cómo estaba; díjele luego: —«¡Ah, señor licenciado, qué de cosas tengo que contrale! Sólo me pesa de que me he de ir esta noche y no habrá lugar». —«Eso me pesa a mí —replicó—, y si fuera por ser tarde, y voy con prisa a comer, me detuviera más, porque me aguarda una hermana casada y su marido». —«¿Que aquí está mi señora Ana? Aunque lo deje todo, vamos, que quiero hacer lo que estoy obligado».

Abrí los ojos oyendo que no había comido. Fuime con él, y empécele a contar que una mujercilla que él había querido mucho en Alcalá, sabía yo dónde estaba, y que le podía dar entrada en su casa. Pegósele luego al alma el envite, que fue industria tratarle de cosas de gusto.

Llegamos tratando en ello, en su casa. Entramos; yo me ofrecí mucho a su cuñado y hermana, y ellos, no persuadiéndose a otra cosa sino a que yo venía convidado por venir a tal hora, comenzaron a decir que si lo supieran que habían de tener tan buen guésped, que hubieran prevenido algo. Yo cogí la ocasión y convidéme, diciendo que yo era de casa y amigo viejo, y que se me hiciera agravio en tratarme con cumplimiento.

Sentáronse y sentéme; y porque el otro lo llevase mejor, que ni me había convidado ni le pesaba por la imaginación, de rato en rato le pegaba yo con la mozuela, diciendo que me había preguntado por él, y que le tenía en el alma, y otras mentiras deste modo; con lo cual llevaba mejor el verme engullir, porque tal destrozo como yo hice en el ante, no lo hiciera una bala en el de un coleto. Vino la olla, y comímela en dos bocados casi toda, sin malicia, pero con prisa tan padre, que no come un cuerpo más presto el montón de la Antigua de Valladolid —que le deshace en veinte y cuatro horas— que yo despaché el ordinario, pues fué con más priesa que un extraordinario el corro. Ellos bien debían notar los fieros tragos del caldo y el modo de agotar la escudilla, la persecución de los güesos y el destrozo de la carne. Y si va a decir verdad, entre burla y juego, empedré la faltriquera de mendrugos.

Levantóse la mesa; apartámonos yo y el licenciado a hablar de la ida en casa de la dicha. Yo se lo facilité mucho. Y estando hablando con él a una ventana, hice que me llamaban de la calle, y dije: —«¿A

mí, señor? Ya bajo». Pedíle licencia, diciendo que luego volvía. Qudóme aguardando hasta hoy, que desaparecí por lo del pan comido y la compañia desecha. Topóme otras muchas veces, y disculpéme con él, contándole mil embustes que no importan para el caso.

Fuime por las calles de Dios, llegué a la puerta de Guadalajara, y sentéme en un banco de los que tienen en sus puertas los mercaderes. Quiso Dios que llegaron a la tienda dos de las que piden prestado sobre sus caras, tapadas de medio ojo, con su vieja y su pajecillo. Preguntaron si había algún tercipelo de labor extraordinaria. Yo empecé luego, para trabar conversación, a jugar del vocablo, de tercio y pelado y pelo y apelo y pospelo, y no dejé güeso sano a la razón. Sentí que les había dado mi libertad algún seguro de algo de la tienda, y yo, como quien no aventuraba a perder nada, ofrecílas lo que quisiesen. Regatearon, diciendo que no tomaban de quien no conocían. Yo me aproveché de la ocasión, diciendo que había sido atrevimiento ofrecerles nada, pero que me hiciesen merced de acetar unas telas, que habían traído de Milán, que a la noche llevaría un paje (que les dije que ra mío, por estar enfrente aguardando a su amo, que estaba en otra tienda, por lo cual estaba descaperuzado). Y para que me tuviesen por hombree de partes y conocido, no hacía sino quitar el sombrero a todos los oidores y caballeros que pasaban, y, sin conocer a ninguno, les hacía cortesías como si las tratara familiarmente. Ellas se cegaron con esto, y con unos cien escudos en oro que yo saque de los que traía, con achaque de dar limosna a un pobre que me la pidió.

Parecióles irse, por ser ya tarde, y así me pidieron licencia, advirtiéndome con el secreto que había de ir el paje. Yo las pedí por favor y como en gracia, un rosario engarzado en oro que llevaba la más bonita dellas, en prendas de que las había de ver a otro día sin falta. Regatearon dármele; yo les ofrecí en prendas de que las había de ver a otro día sin falta. Regatearon dármele; yo les ofrecí en prendas los cien escudos, y dijéronme su cas. Y con intento de estafrme en más, se fiaron de mí y preguntáronme mi posada, diciendo que no podía entrar paje en la suya atodas horas, por ser gente principal.

Yo las llevé por la calle Mayor, y, al entrar en la de las Carretas, escogí la casa que mejor y más grande me pareció. Tenía un coche sin caballos a la puerta. Díjeles que aquella era, y que a allí estaba ella, y el coche y dueño para servirlas. Nombréme don älvaro de Córdoba, y entréme por la puerta delante de sus ojos. Y acuérdome que, cuando salimos de la tienda, llamé a uno de los pajes, con grande autoridad, con la mano. Hice que le decía que se quedasen todos y que me aguardasen allí —que así dije yo que lo había dicho—; y la verdad es que le pregunté si era criado del comendador mi tiío. Dijo que no; y con tanto, acomodé los criados ajenos como buen caballero.

Llegó la noche oscura, y acogímonos a casa todos. Entré y hallé al soldado de los trapos con un hacha de cera que le dieron para acompañar un difunto, y se vino con ella. Llamábase éste Magazo, natural de Olías; había sido capitán en una comedia, y combatido con moros en una danza. A los de Flandes decía que había estado en la China; y a los de China, en Flandes. Trataba de formar un campo, y nunca supo sino espulgarse en él. Nombraba castillos, y apenas los había visto en los ochavos. Celebraba mucho la memoria del señor don Juan, y oíle decir yo muchas veces de Luis Quijada que había sido honra de amigos. Nombraba turcos, galeones y capitanes, todos los que había leido en unas coplas que andaban desto; y como él no sabía nada de mar, porque no tenía de naval más del comer nabos, dijo, contando la batalla que había vencido el señor don Juan en Lepanto, que aquel

Lepanto fue un moro muy bravo, como no sabía el pobrete que era nombre del mar. Pasábamos con él lindos ratos.

Entró luego mi compañero, deshechas las narices y toda la cabeza entrapajada, lleno de sangre y muy sucio. Preguntámosle la causa, y dijo que había ido a la sopa de San Jerónimo y que pidió porción doblada, diciendo que era para unas personas honradas y pobres. Quitáronselo a los otros mendigos para dárselo, y ellos, con el enojo, siguiéronle, y vieron que, en un rincón detrás de la puerta, estaba sorbiendo con gran valor. Y sobre si era bien hecho engañar por engullir y quitar a otros para sí, se levantaron voces, y tras ellas palos, y tras los palos, chichones y tolondrones en su pobre cabeza. Embistiéronle con los jarros, y el daño de las narices se le hiza uno con una escudilla de palo que se la dio a oler con más prisa que convenía. Quitáronle la espada, salió a las voces el portro, y aun no los podía meter en paz. En fin, se vio en tanto peligro el pobre hermano, que deciá: —«¡Yo volveré lo que he comido!»; y aún no bastaba, que ya no reparaban sino en que pedía para otros, y no se precisaba de sopón. —«¡Miren el todo trapos, como muñeca de niños, más triste que pastelería en Cuaresma, con más agujeros que una flauta, y más remiendos que una pía, y más manchas que un jaspe, y más puntos que un libro de música» —decía un estudiantón destos de la capacha gorronazo—; «¡que hay hombre en la sopa del bendito santo que puede ser obispo a otra cualquier dignidad, y se afrenta un don Peluche de comer! ¡Graduadoestoy de bachiller en artes por Sigüenza!» Metióse el portero de por medio, viendo que un vejezuelo que allí estaba decía que, aunque acudía al brodio, que era descendiente del Gran Capitán, y que tenía deudos.

Aquí lo dejo, porque el compañero estaba ya fuera desaprensando los güesos.

CAPÍTULO III

En que prosigue la misma materia, hasta dar con todos en la cárcel

Entró Merlo Díaz, hecha la pretina una sarta de búcaros y vidros, los cuales, pidiendo de beber en los tornos de las monjas, había agarrado con poco temor de Dios. Mas sacóle de la puja don Lorenzo del Pedroso, el cual entró con una capa muy buena, la cual había trocado en una mesa de trucos a la suya, que no se la cubrirá pelo al que la llevó, por ser desbarbada. Usaba éste quitarse la capa como que quería jugar, y ponerla con las otras, y luego, como que no hacía partido, iba por su capa, y tomaba la que mejor le parecía y salíase. Usábalo en los juegos de argolla y bolos.

Mas todo fue nada para ver entrar a don Cosme, cercado de muchachos con lamparones, cáncer y lepra, heridos y mancos, el cual se había hecho ensalmador con unas santiguaduras y oraciones que había aprendido de una vieja. Ganaba éste por todos, porque si él que venía a curarse no traía bulto debajo de la capa, no sonaba dinero en la faldriquera, o no piaban algunos capones, no había lugar. Tenía asolado medio reino. Hacía creer cuanto quería, porque no ha nacido tal artifice en el mentir; tanto, que aun por descuido no decia verdad. Hablaba del Niño Jesus, entraba en las casas con Deo gracias, decía lo del «Espíritu Santosea con todos»... Traía todo ajuar de hipócrita: un rosario con unas cuentas frisonas; al descuido hacía que se le viese por debajo de la capa un trozo de disciplina salpicada con sangre de narices; hacía creer, concomiéndose, que los piojos eras

silicios, y que la hambre canina eran ayunos voluntarios. Contaba tentaciones; en nombrando al demonio, decía «Dios nos libre y nos guarde»; besaba la tierra al entrar en la iglesia; llamábase indigno; no levantaba los ojos a las mujeres, pero las faldas sí. Con estas cosas, traía el pueblo tal, quc se encomendaban a él, y era como encomendarse al diablo. Porque el era jugador y lo otro (ciertos los llaman, y por mal nombre fulleros). Juraba el nombre de Dios unas veces en vano, y otras en vacío. Pues en lo que toca a mujeres, tenía seis hijos, y preñadas dos santeras. Al fin, de los mandamientos de Dios, los que no quebraha, hendía.

Vino Polanco haciendo gran ruido, y pidió su saco pardo, cruz grande, barba larga postiza y campanilla. Andaba de noche desta suerte, diciendo: —«Acordaos de la muerte, y haced bien por las ánimas...», etc. Con esto cogía mucha limosna, y entrábase en las casas quc veía abiertas; si no había testigos ni estorbo, robaba cuanto había; si le topaban, tocaba la campanilla, y decía con una voz que el fingía muy penitente: —«Acordaos, hermanos...», etc.

Todas estas trazas de hurtar y modos extraordinarios conocí, por espacio de un mes, en ellos. Volvamos agora a que les enseñé el rosario y conté el cuento. Celebraron mucho la traza, y recibióle la vieja por su cuenta v razón para venderle. La cual se iba por las casas diciendo quc era de una doncella pobre, y que se deshacía dél para comer. Y ya tenía para cada cosa su embuste y su trapaza. Lloraba la vieja a cada paso; enclavijaba las manos y suspiraba de lo amargo; llamaba hijos a todos. Traía, encima de muy buena camisa, jubón, ropa, saya y manteo, un saco de sayal roto, de un amigo ermitaño que tenía en las cuestas de Alcalá. Ésta gobernaba el hato, aconsejaba y encubría.

Quiso, pues, el diablo, que nunca está ocioso en cosas tocantes a sus siervos, que, yendo a vender no sé que ropa y otras cosillas a una casa, conoció uno no se qué hacienda suya. Trujo un alguacil, y agarráronme la vieja, que se llamaba la madre Labruscas. Confesó luego todo el caso, y dijo como vivíamos todos, y que eramos caballeros de rapiña. Dejóla el alguacil en la cárcel, y vino a casa, v halló en ella a todos mis cornpañeros, y a mí con ellos. Traía media docena de corchetes —verdugos de a pie—, y dió con todo el colegio buscón en la cárcel, adonde se vió en gran peligro la caballería.

CAPÏTULO IV
En que trata los sucesos de la cárcel, hasta salir la vieja azotada, los compañeros a la vergüenza y yo en fiado

Echáronnos, en entrando, a cada uno dos pares de grillos, y sumiéronnos en un calabozo. Yo que me ví itr allá, aprovechéme del dinero que traía conmigo y, sacando un doblón, díjele al carcelero: —«Señor, oígame v.m. en secreto». Y para que lo hiciese, dile escudo como cara. En viéndolos, me aparto: —«Suplico a v.m.* —le dije— «que se duela de un hombre de bien». Busquéle las manos, y como sus palmas estaban hechas a llevar semejantes dátiles, cerró con los dichos veinte y seis, diciendo: —«Yo averiguaré la enfermedad y, si no es urgente, bajará al cepo». Yo conocí la deshecha, y respondíle humilde. Dejóme fuera, y a los amigos descolgáronlos abajo.

Dejó de contar la risa tan grande que, en la cárcel y por las calles, había con nosotros; porque como nos traían atados y a empellones, unos sin capas y otros con ellas arrastrando, eran de ver

unos cuerpos pías remendados, y otros aloques de tinto y blanco. A cuál, por asirle de alguna parte segura, por estar todo tan manido le agarraba el corchete de las puras carnes, y aun no hallaba de que asir, segun los tenía roídos la hambre. Otros iban dejando a los corchetes en las manos los pedazos de ropillas y gregüescos; al quitar la soga en que venían ensartados, se salían pegados los andrajos.

Al fin, yo fuí, llegada la noche, a dormir a la sala de los linajes. Diéronme mi camilla. Era de ver algunos dormir envainados, sin quitarse nada; otros, desnudarse de un golpe todo cuanto traían encima: cuáles jugaban. Y, al fin, cerrados. se mató la luz. Olvidamos todos los grillos.

Estaba el servicio a mi cabecera; y, a la media noche, no hacían sino venir presos y soltar presos. Yo que oí el ruido, al principio, pensando que eran truenos, empecé a santiguarme y llamar a Santa Bárbara. Más, viendo que olían mal, eché de ver que no eran truenos de buena casta. Olían tanto, que por fuerza detenían las narices en la cama. Unos traían cámaras y otros aposentos. Al fin, yo me ví forzado a decirles que mudasen a otra parte el vedriado. Y sobre si le viene muy ancho o no, tuvimos palabras. Usé el oficio de adelantado, que es mejor serlo de un cachete que de Castilla, y metíle a uno media pretina en la cara. Él, por levantarse aprisa, derramóle, y al ruido despertó el concurso. Asábamonos a pretinazos a escuras, y era tanto el mal olor, que hubieron de levantarse todos.
Alzóse el grito. El alcaide, sospechando que se le iban algunos vasallos, subió corriendo, armado, con toda su cuadrilla, abrió la sala, entró luz e informóse del caso. Condenáronme todos; yo me disculpaba con decir que en toda la noche me habían dejado cerrar los ojos, a puro abrir los suyos. El carcelero, pareciéndole que por no dejarme zabullir en el horado le daría otro doblón, asió del caso y mandóme bajar allá. Determinéme a consentir, antes que a pellizcar el talego más de lo que lo estaba. Fui llevado abajo; recibiéronme con arbórbola y placer los amigos.

Dormí aquella noche algo desabrigado. Amaneció el Señor, y salimos del calabozo. Vímonos las caras, y lo primero que nos fué notificado fue dar para la limpieza —y no de la Virgen sin mancilla—, so pena de culebrazo fino. Yo dí luego seis reales; mis compañeros no tenían quc dar, y así, quedaron remitidos para la noche.

Había en el calabozo un mozo tuerto, alto, abigotado, mohíno do cara, cargado de espaldas y de azotes en ellas.
Traía más hierro que Vizcaya, dos pares de grillos y una cadena de portada. Llamábanle el Jayán. Decía que estaba preso por cosas de aire, y así, sospechaba yo si era por algunas fuelles, chirimías o abanicos, y decíale si era por algo desto. Respondía que no, que eran cosas de atrás. Yo pensé que pecados viejos quería decir. Y averigüé que por puto. Cuando el alcaide le reñía por alguna travesura, le llamaba botiller del verdugo y depositario general de culpas. Otras veces le amenazaba diciendo: —«Que te arriesgas, pobrete, con el que ha de hacer humor? Dios es Dios, que te vendimie de camino». Había confesado éste, y era tan maldito, que traíamos todos con carlancas, como mastines, las traseras, y, no había quien se osase ventosear, de miedo de acordarle donde tenía las asentaderas.

Este hacía amistad con otro que llamaban Robledo, y por otro nombre el Trepado. Decía que estaba preso por liberalidades; y, entendido, eran de manos en pescar lo que topaba. Este había sido más azotado que postillón: no había verdugo que no hubiese probado la mano en él.
"Tenía la cara con tantas cuchilladas, que, a descubrirse puntos, no se la ganara un flux. Tenía nones las orejas y pegadas las narices,

aunque no tan bien como la cuchillada que se las partía.
A estos se llegaban otros cuatro hombres, rapantes como leones de armas, todos agrillados y condenados al hermano de Remulo. Decían ellos que presto podrían decir que habían servido a su Rey por mar y por tierra. No se podrá creer la notable alegría con que aguardaban su despacho.
Todos éstos, mohínos de ver que mis compañeros no contribuían, ordenaron a la noche de darlos culebrazo bravo, con una soga dedicada al efecto.
Vino la noche. Fuimos ahuchados a la postrera faldriquera de la casa.
Mataron la luz; yo metíme luego debajo de la tarima. Empezaron a silbar dos dellos, y otro a dar sogazos. Los buenos caballeros que vieron el negocio de revuelta, se apretaron de manera la carnes ayunas —cenadas, comidas y almorzadas de sarna y piojos—, que cupieron todos en un resquicio de la tarima. Estaban como liendres en cabellos o chinches en cama. Sonaban los golpes en la tabla; callaban los dichos. Los bellacos que vieron que no se quejaban, dejaron el dar azotes, y empezaron a tirar ladrillos, piedras y cascote que tenían recogido. Allí fue ella, que uno le halló el cogote a don Toribio, y le levantó una pantorrilla en él de dos dedos. Comenzó a dar voces que le mataban. Los bellacos, porque no se oyesen sus aullidos, cantaban todos juntos y hacían ruido con las prisiones. Él, por esconderse, asió de los otros para meterse debajo. Allí fue el ver como, con la fuerza que hacían, les sonaban los güesos como tablillas de San Lázaro.
Acabaron su vida las ropillas; no quedaba andrajo en pie. Menudeaban tanto las piedras y cascotes, que, dentro de poco tiempo, tenía el dicho don Toribio más golpes en la cabeza que una ropilla abierta. Y no hallando remedio contra el granizo, viéndose, sin santidad, cerca de morir San Esteban, dijo que le dejasen salir, que el pagaría luego y daría sus vestidos en prendas. Consintiéronselo, y, a pesar de los otros, que se defendían con él, descalabrado y como pudo, se levantó y pasó a mi lado.
Los otros, por presto que acordaron a prometer lo mismo, ya tenían las chollas con más tejas que pelos. Ofrecieron para pagar la patente sus vestidos, haciendo cuenta que era mejor estarse en la cama por desnudos que por heridos. Y así, aquella noche los dejaron, y a la mañana les pidieron que se desnudasen. Y se halló que, de todos sus vestidos juntos, no se podía hacer una mecha a un candil.
Quedáronse en la cama, digo envueltos en una manta, la cual era la que llaman ruana, donde se espulgan todos. Empezaron luego a sentir el abrigo de la manta, porque había piojo con hombre canina, y otro que, en un brazo de uno de ellos, quebraba ayuno de ocho días. Habíalos frisones, y otros que se podían echar a la oreja de un toro. Pensaron aquella mañana ser almorzados de ellos; quitáronse la manta, maldiciendo su fortuna, deshaciendose a puras uñadas.
Yo salíme del calabozo, diciéndoles que me perdonasen si no les hiciese mucha compañía, porque me importaba no hacérsela. Torné a repasarle las manos al carcelero con tres de a ocho y, sabiendo quién era el escribano de la causa, inviéle a llamar con un picarillo. Vino, metíle en un aposento, y empecéle a decir, despues de haber tratado la causa, como yo tenía no sé qué dinero. Supliquéle que me lo guardasé, y que, en lo que hubiese lugar, favoreciese la causa de un hijodalgo desgraciado que, por engaño, había incurrido en tal delito. —«Cree v.m.» —dijo, después de haber pescado la mosca —, «que en nosotros está todo el juego, y que si uno da en no ser hombre do bien, puede hacer mucho mal. Más tengo yo en galeras de balde, por mi gusto, que

hay letras en el proceso. Fíese de mí, y crea que le sacaré a paz y a salvo».

Fuese con esto, y volvióse desde la puerta a pedirme algo para el buen Diego Garcia, el alguacil, que importaba acallarle con mordaza de plata, y apuntóme no sé qué del relator, para ayuda de comerse cláusula entera. Dijo: —«Un relator, señor, con arquear las cejas, levantar la voz, dar una patada para hacer atender al alcalde divertido, hacer una acción, destruye un cristiano». Dime por entendido, y anadí otros cincuenta reales; y en pago me dijo que enderezase el cuello de la capa, y dos remedios para el catarro que tenía de la frialdad del calabozo. Y últimamente me dijo, mirandome con grillos:—«Ahorre de pesadumbre, que, con ocho reales que dé al alcaide, le aliviará: que ésta es gente que no hace virtud si no es por interes». Cayóme en gracia la advertencia. Al fin, el se fué. Yo dí al carcelero un escudo; quitóme los grillos.

Dejábame entrar en su casa. Tenía una ballena por mujer, y dos hijas del diablo, feas y necias, y de la vida, a pesar de sus caras. Sucedió que el carcelero —se llamaba tal Blandones de San Pablo, y la mujer doña Ana Moráez— vino a comer, estando yo allí, muy enojado y bufando. No quiso comer. La mujer, recelando alguna gran pesadumbre, se llegó a él, y le enfadó tanto con las acostumbradas importunidades, que dijo: —«Qué ha de ser, si el bellaco ladrón de Almendros, el aposentador, me ha dicho, teniendo palabras con el sobre el arrendamiento, que vos no sois limpia?» —¿Tantos rabos me ha quitado el bellaco?» —dijo ella—; «por el siglo de mi agüelo, que no sois hombre, pues no le pelastes las barbas. ¿Llamo yo a sus criadas que me limpien?». Y volviéndose a mi, dijo: —«Vale Dios que no me podrá decir que soy judía como él, que, de cuatro cuartos que tiene, los dos son de villano, y los otros ocho maravedies, de hebreo. A fe, señor don Pablos, que si yo lo oyera, que yo le acordara que tiene las espaldas en el aspa de San Andrés».

Entonces, muy afligido el alcaide, respondio: —«Ay mujer, que callé porque dijo que en esa teníades vos dos o tres madejas! Que lo sucio no os lo dijo por lo puerco, sino por el no lo comer». —«Luego ¿judía dijo que era? Y con esa paciencia lo decís, buenos tiempos? ¿Así sentís la honra de doña Ana Moráez, hija de Esteban Rubio y Juan de Madrid, que sabe Dios y todo el mundo?». —«»¡Cómo! ¿Hija» —dije yo «de Juan de Madrid?— <Voto a Dios» —dije yo— «que el bellaco que tal dijo es un judío, puto y cornudo». Y volviéndorne a ellas: —«Juan de Madrid, mi señor, que esté en el cielo, fue primo hermano de mi padre. Y daré yo probanza de quién es y cómo; y esto me toca a mí. Y si salgo de la cárcel, yo le haré desdecir cien veces al bellaco. Ejecutoria tengo en el pueblo, tocante a entrambos, con letras de oro».

Alegráronse con el nuevo pariente, y cobraron ánimo con lo de la ejecutoria. Y ni yo la tenía, ni sabía quienes eran. Comenzó el marido a quererse informar del parentesco por menudo. Yo, porque no me cogiese en mentira, hice que me salía de enojado, votando y jurando. Tuviéronme, diciendo que no se tratase más dello. Yo, de rato en rato, salía muy al descuido diciendo: —«¡Juan de Madrid!

¡Burlando es la probanza que yo tengo suya!». Otras veces decía: —«Juan de Madrid, el mayor! Su padre de Juan de Madrid fue casado con Ana de Acevedo, la gorda» . Y callaba otro poco.

Al fin, con estas cosas, el alcaide me daba de comer y cama en su casa, y el escribano, solicitado dél y cohechado con el dinero, lo hizo tan bien, quc sacaron a la vieja delante de todos, en un palafren pardo a la brida, con un músico de culpas delante. Era el pregón. —«iA esta mujer, por ladrona!» . Llevábale el compás en las costillas el

verdugo, según lo que le habían recetado los señores de los ropones. Luego seguían todos mis compañeros, en los overos de echar agua, sin sombreros y las caras descubiertas. Sacábanlos a la verguenza, y cada uno, de puro roto, llevaba la suya de fuera.

Desterráronlos por seis años. Yo salí en fiado, por virtud del escribano. Y el relator no se dcscuidó, porque mudó tono, habló quedo y ronco, brincó razones y mascó cláusulas enteras.

CAPÍTULO V
De cómo tomé posada, y la desgracia que me sucedió en ella

Salí de la cárcel. Halléme solo y sin los amigos; aunque me avisaron que iban camino de Sevilla a costa de la caridad, no los guise seguir.

Determinéme de ir a una posada, donde hallé una moza rubia y blanca, miradora, alegre, a veces entremetida, y a veces entresacada y salida. Ceceaba un poco; tenía miedo a los ratones, preciábase de manos y, por enseñarlas, siempre despabilaba las velas, partía la comida en la mesa, en la iglesia siempre tenía puestas las manos, por las calles iba enseñando siempre cuál casa era de uno y coál de otro; en el estrado, de continuo tenía un alfiler que prender en el tocado; si se jugaba a algún juego, era siempre el de pizpirigana, por ser cosy de mostrar manos. Hacfa que bostezaba, adrede, sin tenor gana, por mostrar los dientes y hacer cruces en la boca. Al fin, toda la casa tenía ya tan manoseada, que enfadaba ya a sus mismos padres.

Hospedáronme muy bien en su casa, porque tenía trato de alquilarla, con muy buena ropa, a tres moradores: fui el uno yo, el otro un portugués, y un catalan. Hiciéronme muy buena acogida.

A mí no me pareció mal la moza para el deleite, y lo otro la comodidad de hallérmela en casa. Dí en poner en ella los ojos; contábales cuentos que yo tenía estudiados para entretener; traíles nuevas, aunque nunca las hubiese; servíales en todo lo que era de balde. Díjelas que sabía encantamientos, y que era nigromante, que haría que pareciese que se hundía la casa y que se abrasaba, y otras cosas que ellas, como buenas creedoras, tragaron. Granjeé una voluntad en todos agradecida, pero no enamorada, que, como no estaba tan bien vestido como era razón —aunque ya me había mejorado algo de ropa por medio del alcaide, a quien visitaba siempre, conservando la sangre a pura carne y pan que le comía—, no hacian de mí el caso que era razón.

Dí, para acreditarme de rico que lo disimulaba, en enviar a mi casa amigos a buscarme cuando no estaba en ella. Entró uno, el primero, preguntando por el Señor don Ramiro de Guzmán, que así dije que era mi nombre, porque los amigos me habían dicho que no era de costa el mudarse los nombres, y que era útil.

Al fin, preguntó don Ramiro, «un hombre de negocios rico, que hizo agora tres asientos con el Rey». Desconociéronme en estpo las huéspedas, y respondieron que allí no vivía sino un don Ramiro de Guzman, más roto que rico, pequeño de cuerpo, feo de cara y pobre.
—«Ése es» —replicó— «el que yo digo. Y no quisiera ser más renta al servicio de Dios que la que tiene a más de dos mil ducados». Contóles otros embustes, quedáronse espantadas, y él las dejó una cédula de cambio fingida, que traía a cobrar en mí, de nueve mil escudos. Díjoles que me la diesen para que acttase, y fuese.

Creyeron la riqueza la niña y la madre, y acotáronme luego para marido. Vine yo con gran disimulación, y, en entrando, me dieron la

cédula, diciendo: —«Dineros y amor mal se encubren, señor don Ramiro. ¿Cómo que nos esconda v.m. quién és, debiéndonos tanta voluntad?» Yo hice como que me había disgustado por el dejar la cédula, y fuíme a mi aposento. Era de ver cómo, en creyendo que tenía dinero, me decían que todo me estaba bien. Celebraban mis palabras; no había tal donaire como el mío. Yo que las ví tan cebadas, declaréle mi voluntad a la muchacha, y ella me oyó contentísima, diciéndome mil lisonjas.

Creyeron la riqueza la niña y la madre, y acotáronme luego para marido. Vine yo con gran disimulación, y, en entrando, me dieron la cédula, diciendo: —«Dineros y amor mal se encubren, señor don Ramiro. ¿Cómo que nos esconda v.m. quién es, debiéndonod tanta voluntad?» Yo hice como que me había disgustado por el dejar de la cédula, y fuime a mi aposento. Era de ver cómo, en creyendo que tenía dinero, me decían que todo me estaba bien. Celebraban mis palabras; no había tal donaire como el mío. Yo que las vi tan cebadas, declaréle mi voluntad a la muchacha, y ella me oyó contentísima, diciéndoles mil lisonjas.

Apartámonos; y una noche, para confirmarlas más en mi riqueza, cerréme en mi aposento, que estaba dividido del suyo con un sólo tabique muy delgado, y, sacando cincuenta escudos, estuve contándolos en la mesa tantas veces, que oyeron contar seis mil escudos. Fue esto de verme con tanto dinero de contado, para ellas, todo lo que yo podía desear, porque dieron en desvelarse para regalarme y servirme.

El portugués se llamaba o senhor Vasco de los Menese, caballero de la cartilla, digo de Christus. Traía su capa de luto, botas, cuello pequeño y mostachos grandes. Ardía por doña Berenguela de Robledo, que así se llamba. Enamoábala sentándose a conversación, y suspirando más que beata en sermón de Cuaresma. Cantaba mal, y siempre andaba apuntando con él el catalán, el cual era la criatura más trsite y miserable que Dios crió. Comía a tercianas, de tres a tres días, y el pan tan duro, que apenas le pudieron morder un maldicente. Pretendía por lo bravo, y si no era el poner güevos, no le faltaba otra cosa que ser gallina, porque cacareaba notablemente.

Como vieron los dos que yo iba tan adelante, dieron en decir mal de mí. El portugués decía que ra un piojoso, pícaro, desarropado; el cataán me trataba de cobarde y vil. Yo lo sabía todo, y a veces lo oía, pero no me hallaba con ánimo para responder. Al fin, la moza me hablaba y recibia mis billetes. Comenzaba por lo ordinario: «este atrevimiento, su mucha hermosura de v.m. ...»; decía lo de «me abraso», trataba de penar, ofrecíame por esclavo, firmaba el corazón con la saeta... Al fin, llegamos a los túes, y yo, para limetar más el crédito de mi calidad, salíme de casa, y alquilé una mula, y arrebozado y mudando la voz, vine a la posada y pregunté por mí mismo, diciendo si vivía allí su merced del señor don Ramiro de Guzmán, señor del Valcerrado y Vellorete. —«Aquí vive» —respondió la niña— «un caballero de ese nombre, pequeño de cuerpo». Y, por las señas, dije yo que era él, y la supliqué que le dijese que Diego de Solórzana, su mayordomo que fue de las depositarias, pasaba a las cobranzas, y le había venido a besar las manos. Con esto me fuí, y volví a casa de allí a un rato.

Recibiéronme con la mayor alegría del mudo, diciendo que para qué les tenía escondido el señor de Valcerrado y Vellorete. Diéronme el recado. Con esto, la muchacaha se remató, cudiciosa de marido tan rico, y trazó de que la fuese a hablar a la una de la noche, por corredor que caía a un tejado, donde estaba la ventana de su aposento.

El diablo que es agudo en todo, ordenó que, venida la noche, yo, deseoso de gozar la ocasión, me subí a corredor, y, por pasar desde él al tejado que había de ser, vánseme los pies, y doy en el de un vecino

escribano tan desatinado golpe, que quebré todas las tejas, y quedaron estamapadas en las costillas. Al ruido, despertó la media casa, y pensando que eran ladrones —que son antojadizos dellos los de este oficio—, subieron al tejado. Yo que vi esto, quíseme esconder detrás de una chimenea, y fue aumentar la sospecha, porque el escribano y dos criados y un hermano me molieron a palos y me ataron a vista de mi dama, sin bastarme ninguna diligencia. Mas ella se reía mucho, porque, como yo la había dicho que sabía hacer burlas y encantamientos, pensó que había caído por gracia y nigromancia, y no hacía sino decirme que subiese, que bastaba ya. Con esto, y con los palos y puñadas que me dieron, daqba aullidos; y era lo bueno que ella pensaba que todo era artificio, y no acabab de reír.

Comenzó luego a hacer la causa, y porque me sonaron unas llaves en la faldriquera, dijo y escribió que eran ganzúas y aunque las vio, sin haber remedio de que no lo fuesen. Díjele que era don Ramiro de Guzmán, y rióse mucho. Yo triste, que me había visto moler a palos delante de mi dama, y me vi llevar preso sin razón y con mal nombre, no sabía qué hacerme. Hincábame de rodillas, y ni por esas ni por eso otras bastaba con el escribano.

Todo esto pasaba en el tejado, que los tales, aun de las tejas arriba levantan falsos testimonios. Dieron orden de bajarme abajo, y lo hicieron por una ventana que caía a una pieza que servía de cocina.

CAPÍTULO VI
Prosigue el cuento, con otros varios sucesos

No cerre los ojos en toda la noche, considerando mi desgracia, quc no fié dar en el tejado, sino en las manos del escribano. Y cuando me acordaba de lo de las ganzúas y las hojas que había escrito en la causa, echaba de ver que no hay cosa que tanto crezca como culpa en poder de escribano.

Pasé la noche en revolver trazas; unas veccs me determinaba rogárselo por Jesucristo, y considerando lo que le pasó con ellos vivo, no me atrevía. Mil veces me quise delatar, pero sentíame luego, y levantábase a visitarme los nudos, que más velaba él en como forjaría el embuste que yo en mi provecho. Madrugó al amanecer, y vistióse a hora que en toda su casa no había otros levantados sino él y los testimonios. Agarró la correa, y tornóme a repasar las cotillas, reprehendiéndome el mal vicio de hurtar como quien tan bien le sabía.

En esto estábamos, él dándome y yo casi determinado a darle a él dineros, que es la sangre con que se labran semejantes diamantes, cuando, incitados y forzados de los ruegos de mi querida, que no había visto caer y apalear, desenganada de que no era encanto sino desdicha, entraron el portugués y el catalán; y en viendo el escribano que me hablaban, desenvainando la pluma, los quiso espetar por complices en el proceso.

El portugués no lo pudo sufrir, y tratóle algo mal de palabra, diciéndole que él era un caballero «fidalgo de casa du Rey», y que yo era un «ome muito fidalgo», y que era bellaquería tenerme atado. Comenzóme a desatar y, al punto, el escribano clamó: —«¡Resistencia!»; y dos criados suyos, entre corchetcs y ganapanes, pisaron las capas, deshiciéronse los cuellos, como lo suelen hacer para representar las puñadas que no ha habido, y pedían favor al Rey. Los dos, al fin, me desataron, y viendo el escribano que no había quien le ayudase, dijo: —«Voto a Dios que esto no se puede hacer conmigo, y que a no ser vs.ms. quienes son, les podría costar caro. Manden contentar estos

testigos, y echen de ver que les sirvo sin interés». Yo vi luego la letra; saqué ocho reales y díselos, y aun estuve por volverle los palos que me había dado; pero, por no confesar que los había recibido, lo deje, y me fuí con ellos, dándoles las gracias de mi libertad y rescate.

Entré en casa con la cara rozada de puros mojicones, y las espaldas algo mohinas de los varapalos. Reíase el catalán mucho, y decía a la niña que se casase conmigo, para volver el refrán al revés, y que no fuese tras cornudo apaleado, sino tras apaleado cornudo. Tratábame de resuelto y sacudido, por los palos; traíame afrentado con estos equivocos. Si entraba a visitarlos, trataban luego de varear: otras veces, de feria y madera.

Yo que me ví corrido y afrentado, y que ya me iban dando en la flor de lo rico, comencé a trazar de salirme de casa; y, para no pagar comida, cama ni posada, que montaba algunos reales, y sacar mi hato libre, traté con un licenciado Brandalagas, natural de Hornillos, y con otros dos amigos suyos, que me viniesen una noche a prender. Llegaron la señalada, y requirieron a la güespeda que venían de parte del Santo Oficio, y que convenía secreto. Temblaron todas, por lo que yo me había hecho nigromantico con ellas. Al sacarme a mi callaron; pero al ver sacar el hato, pidieron embargo por la deuda, y respondieron que eran bienes de la lnquisición. Con esto no chistó alma terrena.

Dejáronles salir, y quedaron diciendo que siempre lo temieron. Contabán al catalán y al portugués lo de aquellos que me venían a buscar; decían entrambos que eran demonios y que yo tenía familiar. Y cuando les contaban del dinero que yo había contado, decían que parecía dinero, pero que no lo era; de ninguna suerte persuadiéronse a ello.

Yo saqué mi ropa y comida horra. Di traza, con los que me ayudaron, de mudar de hábito, y ponerme calza de obra y vestido al uso, cuellos grandes y un lacayo en menudos: dos lacayuelos, que entonces era uso. Animáronme a ello, poniéndome por delante el provecho que se me seguiría de casarme con la ostentación, a titulo de rico, y que era cosa que sucedía muchas veces en la corte. Y aún añadieron que ellos me encaminarían parte conveniente y que me estuviese bien, y con algún arcaduz por donde se guiase. Yo, negro cudicioso de pescar mujer, determinéme. Visité no sé cuantas almonedas, y compré mi aderezo de casar. Supe donde alquilaban caballos, y espetéme en uno el primer dia, y no hallé lacayo.

Salíme a la calle Mayor, y púseme enfrente de una tienda de jaeces, como que concertaba alguno. Llegáronse dos caballeros, cada cual con su lacayo. Preguntáronme si concertaba uno de plata que tenía en las manos; yo solté la prosa y, con mil cortesías, los detuve un rato. En fin, dijeron que se querían ir al Prado a bureo un poco, y yo, que si no lo tenían a enfado, que los acompanaría. Dejé dicho al mercader que si viniesen allí mis pajes y un lacayo, que los encaminase al Prado. Di señas de la librea, y metíme entre los dos y caminamos. Yo iba considerando que a nadie que nos veía era posible de determinar cuyos eran los lacayos, ni cual era el que no le llevaba.

Empecé a hablar muy recio de las cañas de Talavera, y de un caballo quc tenía porcelana. Encarecíales mucho el roldanejo que esperaba de Córdoba. En topando algun paje, caballo o lacayo, los hacía parar y les preguntaha cúyo era, y decía de las señales y si le querían vender. Hacíale dar dos vueltas en la calle, y, aunque no la tuviese, le ponía una falta en el freno, y decía lo que había de hacer para remediarlo. Y quiso mi ventura que topé muchas ocasiones de hacer

esto. Y porque los otros iban embelesados y, a mi parecer, diciendo: —«¿Quién será este tagarote escuderón?» —porque el uno llevaba un hábito en los pechos, y el otro una cadena de diamantes, que era hábito y encomienda todo junto—, dije yo que andaba en busca de buenos caballos para mí y a otro primo mio, que entrábamos en unas fiestas.

Llegamos al Prado y, en entrando, saqué el pie del estribo, y puse el talón por defuera y empecé a pasear. Llevaba la capa echada sobre el hombre y el sombrero en la mano. Mirábanme todos; cual decía: —«Éste yo le he visto a pie»; otro: —«Hola, lindo va el buscon». Yo hacía como que no oía nada, y paseaba.

Llegáronse a un coche de damas los dos, y pidiéronme que picardease un rato. Dejeles la parte de las mozas, y tomé el estribo de madre y tia. Eran las vejezuelas alegres, la una de cincuenta y la otra punto menos. Díjelas mil ternezas, y oíanme; que no hay mujer, por vieja que sea, quo tenga tantos altos como presunción. Prometílas regalos y preguntélas del estado de aquellas señoras, y respondieron que doncellas, y se les echaba de ver en la plática. Yo dije lo ordinario: que las viesen colocadas como merecían; y agradóles mucho la palabra colocadas. Preguntáronme tras esto que en qué me entretenía en la corte. Yo les dije que en huir de un padre y madre, que me querían casar contra mi voluntad con mujer fea y necia y mal nacida, por el mucho dote. —«Y yo, señoras, quiero más una mujer limpia en cueros, que una judía poderosa, que, por la bondad de Dios, mi mayorazgo vale al pie de cuatro mil ducados de renta. Y, si salgo con un pleito que traigo en buenos puntos, no habré menester nada». Saltó tan presto la tía. —«Ay, señor, y como le quiero bien! No se case sino con su gusto y mujer de casta, que le prometo que, con ser yo no muy rica, no he querido casar mi sobrina, con haberle salido ricos casamientos, por no ser de calidad. Ella pobre es, que no tiene sino seis mil ducados de dote, pero no debe nada a nadie en sangre». —«Eso creo yo muy bien», dije yo.

En esto, las doncellitas remataron la conversación con pedir algo de merendar a mis amigos:

Mirábase el uno al otro
y a todos tiembla la Barba.

Yo, que ví ocasion, dije que echaba de menos mis pajes, por no tenor con quien enviar a casa por unas cajas que tenía. Agradeciéronmelo, y yo las suplique se fuesen a la Casa del Campo al otro día, y que yo las enviaría algo fiambre. Acetaron luego; dijéronme su casa y preguntaron la mía. Y con tanto, se apartó el coche, y yo y los compañeros comenzamos a caminar a casa.

Ellos, que me vieron largo en lo de la merienda, aficionáronse, y, por obligarme, me suplicaron cenase con ellos aquella noche. Hiceme algo de rogar, aunque poco, y cené con ellos, haciendo bajar a buscar mis criados, y jurando de echarlos de casa. Dieron las diez, y yo dije que era plazo de cierto martelo y que, así, me diesen licencia. Fuíme, quedando concertados de vernos a la tarde, en la Casa del Campo.

Fui a dar el caballo al alquilador, y desde allí a mi casa. Hallé a los compañeros jugando quinolicas. Contéles el caso y el concierto hecho, y determinamos enviar la merienda sin falta, y gastar docientos reales en ella.

Acostámonos con estas determinaciones. Yo confieso que no pude dormir en toda la noche, con el cuidado de lo que había de hacer con el dote. Y lo que más me tenía en duda era el hacer dél una casa o darlo a censo, que no sabía yo cual sería mejor y de más provecho.

CAPíTULO VII
En que se prosigue lo mismo, con otros sucesos y desgracias que me sucedieron

Amaneció, y despertamos a dar traza en los criados, plata y merienda. En fin, como el dinero ha dado en mandarlo todo, y no hay quien le pierda el respeto, pagándoselo a un respostero de un señor, me dió plata, y la sirvió él y tres criados.

Pasóse la mañana en aderezar lo necesario, y a la tarde ya yo tenía alquilado mi caballito. Tomé el camino, a la hora señalada, para la Casa de Campo. Llevaba toda la pretina llena de papeles, como memoriales, y desabotonados seis botones de la ropilla, y asomados unos papeles. Llegué, y ya estaban allí las dichas y los caballeros y todo. Recibiéronme ellas con mucho amor, y ellos llamándome de vos, en señal de familiaridad. Había dicho que me llamaba don Felipe Tristán, y en todo el día había otra cosa sino don Felipe acá y don Felipe allá. Yo comencé a decir que me había visto tan ocupado con negocios de Su Majestad y cuentas de mi mayorazgo, que había tenido el no poder cumplir; y que, así las apercibia a merienda de repente.

En esto, llegó el repostero con su jarcia, plata y mozos; los otros y ellas no hacían sino mirarme y callar. Mandéle que fuese al cenador y aderezase allí, que entre tanto nos ibamos a los estanques. Llegáronse a mi las viejas a hacerme regalos, y holguéme de ver descubiertas las niñas, porque no he visto, desde que Dios me crió, tan linda cosa como aquella en quien yo tenía asestado el matrimonio: blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos y espesos, buena nariz, ojos rasgados y verdes, alta de cuerpo, lindas manazas y zazosita. La otra no era mala, pero tenía mas desenvoltura, y dábame sospechas de hocicada.

Fuimos a los estanques, vímoslo todo y, en el discurso, conocí que la mi desposada corría peligro en tiempo de Herodes, por inocente. No sabía; pero como yo no quiero las mujeres para consejeras ni bufonas, sino para acostarme con ellas, y si son feas y discretas es lo mismo que acostarse con Aristóteles o Séneca o con un libro, procúrolas de buenas partes para el arte de las ofensas; que, cuando sea boba, harto sabe si me sabe bien. Esto me consoló. Llegamos cerca del cenador, y, al pasar una enramada, prendióseme en un árbol la guarnición del cuello y desgarróse un poco. Llegó la   la niña, y prendiómelo con un alfiler de plata, y dijo la madre que enviase el cuello a su casa al otro dia, que allí lo aderezaría dona Ana, que así se llamaba la niña.

Estaba todo cumplidísimo; mucho que merendar, caliente y fiambre, frutas y dulces. Levantaron los manteles y, estando en esto, vi venir un caballero con dos criados, por la güerta adelante. Y cuando no me cato, conozco a mi buen don Diego Coronel. Acercóse a mí, y como estaba en aquel hábito, no hacia sino mirarme. Hablé a las mujeres y trátelas de primas; y, a todo esto, no hacia sino volver y mirarme. Yo me estaba hablando con el respostero, y los otros dos, que eran sus amigos, estaban en gran conversacien con él.

Preguntóles, segun se echo de ver despues, mi nombre, y ellos dijeron: —«Don Felipe Tristán, un caballero muy honrado y rico». Veíale yo santiguarse. Al fin, delante dellas y de todos, se llegó a mi y dijo: —«v.m. me perdone, que por Dios que le tenía, hasta que supe su nombre, por bien diferente de lo que es; que no he vista cosa tan parecida a un criado que yo tuve en Segovia, que se llamaba

Pablillos, hijo de un barbero del mismo lugar». Riéronse todos mucho, y yo me esforcé para que no me desmintiese la color, y díjele que tenía deseo de ver aquel hombre, porque me habían dicho infinitos que le era parecidísimo. —«¡Jesus!» —decia el don Diego—. —«¿Cómo parecido? El talle, la habla, los meneos... ¡No he visto tal cosa! Digo, señor, que es admiración grande, y que no he visto cosa tan parecida». Entonces las viejas, tía y madre, dijeron que como era posible que a un caballero tan principal se pareciese un picaro tan bajo como aquel. Y porque no sospechase nada dellas, dijo la una: —«Yo le conozco muy bien al señor don Felipe, que es él que nos hospedó por orden de mi marido, que fue gran amigo suyo, en Ocaña». Yo entendía la letra, y dije que mi voluntad era y sería de servirlas con mi poca posibilidad en todas partes.

El don Diego se me ofreció, y me pidio perdón del agravio que me había hecho en tenerme por el hijo del barbero. Y añadia: —«No creera v.m. :su madre era hechicera, su padre ladrón y su tio verdugo, y él el más ruin hombre y mas mal inclinado que Dios tiene en el mundo». ¿Que sentiría yo oyendo decir de mí, en mi cara, tan afrentosas cosas? Estaba, aunque lo disimulaba, como en brasas.

Tratamos de venirnos al lugar. Yo y los otros dos nos despedimos, y don Diego se entró con ellas en el coche. Preguntólas que qué era la merienda y el estar conmigo, y la madre y tía dijeron cómo yo era un mayorazgo de tantos ducados de renta, y que me quería casar con Anica; que se informase y vería si era cosa, no solo acertada, sino de mucha honra para todo su linaje.

En esto pasaron el camino hasta su casa, que era en la calle del Arenal, a San Felipe. Nosotros nos fuimos a casa juntos, como la otra noche. Pidiéronme que jugase, cudiciosos de pelarme. Yo entendíles la flor y sentéme. Sacaron naipes: estaban hechos. Perdí una mano. Dí en irme por abajo, y ganéles cosa de trescientos reales; y con tanto, me despedí y vine a mi casa.

Topé a mis compañeros, licenciado Brandalagas y Pero Lopez, los cuales estaban estudiando en unos dados tretas flamantes. En viéndome lo dejaron, cudiciosos de preguntarme lo que había sucedido. Yo venía cariacontecido y encapotado; no les dije más de que me había visto en un grande aprieto. Contéles cómo me había topado con don Diego, y lo que me había sucedido. Consolaronme, aconsejando que disimulase y no desistiese de la pretensión por ningún camino ni manera.

En esto, supimos que se jugaba, en casa de un vecino boticario, juego de parar. Entendíalo yo entonces razonablemente, porque tenía más flores que un mayo, y barajas hechas, lindas. Determinámonos de ir a darles un muerto —que así se llama el enterrar una bolsa—; envié los amigos delante, entraron en la pieza, y dijeron si gustarían de jugar con un fraile benito que acababa de llegar a curarse en casa de unas primas suyas, que venía enfermo y traía mucho del real de a ocho y escudo. Crecióles a todos el ojo, y clamaron: —«¡Venga el fraile enhorabuena!». —«Es hombre grave en la orden» —replicó Pero Lopez— «y, como ha salido, se quiere entretener, que él más lo hace por la conversación». —«Venga, y sea por lo que fuere». —«No ha de entrar nadie de fuera, por el recato», dijo Brandalagas. —«No hay tratar de más», respondió el huesped. Con esto, ellos quedaron ciertos del caso, y creída la mentira.

Vinieron los acólitos, y ya yo estaba con un tocador en la cabeza, mi hábito de fraile benito, unos antojos y mi barba, que por ser atusada no desayudaba. Entré muy humilde, sentéme, comenzóse el juego. Ellos levantaban bien; iban tres al mohíno, pero quedaron mohínos los tres, porque yo, que sabía más que ellos, les dí tal gatada que, en

espacio de tres horas, me llevé más de mil y trescientos reales. Di baratos y, con mi «loado sea Nuestro Señor», me despedí, encargándoles que no recibiesen escándalo de verme jugar, que era entretenimiento y no otra cosa. Los otros, que habían perdido cuanto tenían, dábanse a mil diablos. Despedíme, y salímonos fuera.

Venimos a casa a la una y media, y acostámonos después de haber partido la ganancia. Consoléme con esto algo de lo sucedido, y, a la mañana, me levanté a buscar mi caballo, y no hallé por alquilar ninguno; en lo cual conocí que había otros muchos como yo. Pues andar a pie pareciera mal, y más entonces, fuime a San Felipe, y topéme con un lacayo de un letrado, que tenía un caballo y le aguardaba, que se había acabado de apear a oir misa. Metíle cuatro reales en la mano, porque mientras su amo estaba en la iglesia, me dejase dar dos vueltas en el caballo por la calle del Arenal, que era la de mi señora.

Consintió, subí en el caballo, y di dos vueltas calle arriba y calle abajo, sin ver nada; y, al dar la tercera, asomóse doña Ana. Yo que la ví, y no sabía las mañas del caballo ni era buen jinete, quise hacer galantería. Dile dos varazos, tiréle de la rienda; empínase y, tirando dos coces, aprieta a correr y da conmigo por las orejas en un charco.

Yo que me vi así, y rodeado de niños que se habían llegado, y delante de mi señora, empecé a decir: —«¡Oh, hi de puta! iNo fuérades vos valenzuela! Estas temeridades me han de acabar. Habíanme dicho las mañas, y quise porfiar con él». Traía el lacayo ya el caballo, que se paró luego. Yo tomé a subir; y, al ruido, se había asomado don Diego Coronel, que vivía en la misma casa de sus primas. Yo que le ví, me demudé. Preguntóme si había sido algo; dije que no, aunque tenía estropeada una pierna. Dábame el lacayo priesa, porque no saliese su amo y lo viese, que había de ir a palacio.

Y soy tan desgraciado, que, estándome diciendo el lacayo que nos fuésemos, llega por detrás el letradillo, y, conociendo su rocín, arremete al lacayo y empieza a darle de puñadas, diciendo en altas votes que qué bellaqueria era dar su caballo a nadie. Y lo peor fué que, volviéndose a mí, dijo que me apease con Dios, muy enojado. Todo pasaba a vista de mi dama y de don Diego: no se ha visto en tanta verguenza ningún azotado. Estaba tristísimo de ver dos desgracias tan grandes en un palmo de tierra. AI fin, me hube de apear; subió el letrado y fuese. Y yo, por hacer la deshecha, quedéme hablando desde la calle con don Diego, y dije: —«En mi vida subí en tan mala bestia. Está ahí mi caballo overo en San Felipe, y es desbocado en la carrera y trotón. Dije como yo le corría y hacia parar; dijeron que allí estaba uno en que no lo haría, y era éste deste licenciado. Quise probarlo. No se puede creer que duro es de caderas; y con mala silla, fue milagro no matarme». —«Si fué» —dijo don Diego— «y, con todo, parece que se siente v.m. de esa pierna». —«Si siento» —dije yo— «y me querría ir a tomar mi caballo y a casa». La muchacha quedó satisfecha y con lástima de mi caída, mas el don Diego cobró mala sospecha de lo del letrado, y fue totalmente causa de mi desdicha, fuera de otras muchas que me sucedieron. Y la mayor y fundamento de las otras fue que, cuando llegué a casa, y fuí a ver una arca, adonde tenía en una maleta el dinero que me había quedado de mi herencia y lo que había ganado —menos cien reales que yo traía conmigo—, hallé que el buen licenciado Brandalagas y Pero López habían cargado con ello, y no parecían. Quedé como muerto, sin saber que consejo tomar de mi remedio. Decía entre mí: —«iMalhaya quien fia en hacienda mal ganada, que se va como se viene! iTriste de mi! ¿Qué haré?. No sabía si irme a buscarlos, si dar parte a la justicia. Esto no me parecía bien,

porque, si los prendían, habían de aclarar lo del habito y otras cosas, y era morir en horca. Pues seguirlos, no sabía por donde. Al fin, por no perder tambien el casamiento, que ya yo me consideraba remediado con el dote, determiné de quedarme y apretarlo sumamente.

Comí, y a la tarde alquilé mi caballico, y fuime hacia la calle; y como no llevaba lacayo, por no pasar sin él, aguardaba a la esquina, antes de entrar, a que pasase algún hombre que lo pareciese, y, en pasando, partía detrás dél, haciéndole lacayo sin serlo; y en llegando al fin de la calle, metíame detrás de la esquina, hasta que volviese otro que lo pareciese; metíame detrás, y daba otra vuelta.

Yo no sé si fué la fuerza de la verdad de ser yo el mismo picaro que sospechaba don Diego, o si fué la sospecha del caballo del letrado, u qué se fue, que don Diego se puso a inquirir quien era y de que vivía, y me espiaba. En fin, tanto hizo, que por el más extraordinario camino del mundo supo la verdad; porque yo apretaba en lo del casamiento, por papeles, brávamente, y él, acosado de ellas, que tenían deseo de acabarlo, andando en mi busca, topó con el licenciado Flechilla, que fué el que me convidó a comer cuando yo estaba con los caballeros. Y éste, enojado de como yo no le había vuelto a ver, hablando con don Diego, y sabiendo como yo había sido su criado, le dijo de la suerte que me encontró cuado me llevó a comer, y que no había dos días que me había topado a caballo muy bien puesto, y le había contado cómo me casaba riquísamente.

No aguardo más don Diego, y, volviéndose a su casa, encontró con los dos caballeros del hábito y la cadena amigos míos, junta la Puerta del Sol, y contóles lo que pasaba, y díjoles que se aparejasen y, en viéndome a la noche en calle, que me magullasen los cascos; y que me conocerían en la capa que el traía, que la llevaría yo. Concertáronse, y, en entrando en la calle, topáronme; y disimularon de suerte los tres que jamás pensé que eran tan amigos mios como entonces. Estuvímonos en conversación, tratando de lo que sería bien hacer a la noche, hasta el avemaría. Entonces despidiéronse los dos; echaron hacia abajo, y yo y don Diego quedamos solos y echamos a San Felipe.

Llegando a la entrada de la calle de la Paz, dijo don Diego: —«Por vida de, don Felipe, que troquemos capas, que me importa pasar por aquí y que no me conozcan». —«Sea en buena hora», dije yo. Tomé la suya inocentemente, y díle la mía. Ofrecíle mi persona para hacerle espaldas, mas él, que tenía trazado el deshacerme las mias, dijo que le importaba ir solo, que me fuese.

No bien me aparté dél con su capa, cuando ordena el diablo que dos que lo aguardaban para cintrearlo por una mujercilla, entendiendo por la capa que yo era don Diego, levantan y empiezan una lluvia de espaldarazos sobre mi. Yo dí voces, y en ellas y la cara conocieron que no era yo. Huyeron, y yo quedéme en la calle con los cintarazos. Disimulé tres o cuatro chichones que tenía, y detúveme un rato, que no osé entrar en la calle, de miedo. En fin, a las doce, que era a la hora que solía hablar con ella, llegué a la puerta; y, emparejando, cierra uno de los dos que me aguardaban por don Diego, con un garrote conmigo, y dame dos palos en las piernas y derríbame en el suelo; y llega otro, y dame un trasquilón de oreja a oreja, y quítanme la capa, y dejándome en el suelo, diciendo: —«¡Así pagan los picaros embustidores mal nacidos!».

Comencé a dar gritos y a pedir confesión; y como no salía lo que era —aunque sospechaba por las palabras que acaso era el huésped de quien me había salido con la traza de la Inquisición, o el carcelero burlado, o mis compañeros huidos...; y, al fin, yo esperaba de tantas partes la cuchillada, que no sabía a quién echársela; pero nunca

sospeché en don Diego ni en lo que era—, daba voces: —«¡A los capeadores!». A ellas vino la justicia; levantáronme, y, viendo mi cara con una zanja de un palmo, y sin capa ni saber lo que era, asiéronme para llevarme a curar. Metiéronme en casa de un barbero, curóme, preguntáronme donde vivía, y lleváronme allá. Acostáronme, y quedé aquella noche confuso, viendo mi cara de dos pedazos, y tan lisiadas las piernas de los palos, que no me podía tener en ellas ni las sentía, robado, y de manera que ni podía seguir a los amigos, ni tratar del casamiento, ni estar en la corte, ni ir fuera.

CAPITULO VIII
De mi cura y otros sucesos peregrinos

He aquí a la mañana amanece a mi cabecera la huéspeda de la casa, vieja de bien, edad de marzo —cincuenta y cinco— con su rosario grande y su cara hecha en orejón o cáscara de nuez, según estaba arada. Tenía buena fama en el lugar, y echábase a dormir con ella y con cuantos querían; templaba gustos y careaba placeres. Llamábase tal de la Guía; alquilaba su casa, y era corredora para alquilar otras. En todo el año no se vaciaba la posada de gente.

Era de ver como ensayaba una muchacha en el taparse, lo primero enseñándola cuáles cosas habían de descubrir de su cara. A la de buenos dientes, que riese siemprc, hasta en los pésames; a la de buenas manos, se las enseñaba a esgrimir; a la rubia, un bamboleo de cabellos, y un asomo de vedijas por el manto y la toca estremado; a buenos ojos, lindos bailes con las niñas y dormidillos, cerrándolos, y elevaciones mirando arriba. Pues tratada en materia de afeites, cuervos entraban y les corregía las caras de manera que, al entrar en sus casas, de puro blancas no las conoccan sus maridos. Y en lo que ella era más estremada era en arremedar virgos y adobar doncellas. En solos ocho días que yo estuve en casa, la ví hacer todo esto. Y, para remate de lo que era, enseñaba a pelar, y refranes que dijesen, a las mujeres. Allí les decía como habían de encajar la joya: las niñas por gracia, las mozas por deuda, y las viejas por respeto y obligación. Enseñaba pediduras para dinero seco, y pediduras para cadenas y sortijas. Citaba a la Vidaña, su concurrente en Alcalá, y a la Plañosa, en Burgos, mujeres de todo embustir.

Esto he dicho para que se me tenga lástima de ver a las manos que vine, y se ponderen mejor las razones que me fijo; y empezó por estas palabras, que siempre hablaba por refranes: —«De do sacan y no pon, hijo don Felipe, presto llegan al hondón; de tales polvos, tales lodos; de tales bodas, tales tortas. Yo no te entiendo, ni sé tu manera de vivir. Mozo eres; no me espanto que hagas algunas travesuras, sin mirar que, durmiendo, caminamos a la güesa: yo, como montón de tierra, te lo puedo decir. iQué cosa es que me digan a mí que has desperdiciado mucha hacienda sin saber cómo, y que te han visto aquí ya estudiante, ya pícaro, ya caballero, y todo por las compañías! Dime con quien andas, hijo, y diéete quien eres; cada oveja con su pareja; sábete, hijo, que de la mano a la boca se pierde la sopa. Anda, bobillo, que si te inquietaban mujeres, bien sabes tú que soy yo fiel perpetuo, en esta tierra, de esa mecaduría, y que me sustento de las posturas, así que enseño cómo, que pongo, y que nos damos con ellas en casa, y no andarte con un pícaro y otro pícaro, tras una alcorzada y otra redomada, que gasta las faldas con quien

hace sus mangas. Yo te juro que hubieras ahorrado muchos ducados si lo hubieras encomendado a mí, porque no soy nada amiga de dineros. Y por mis entenados y difuntos, y así yo haya buen acabamiento, que aun lo que me debes de la posada no te lo pidiera agora, a no haberlo menester para unas candelicas y hierbas»; que trataba en botes sin ser boticaria, y si la untaban las manos, se untaba y salía de noche por la puerta del humo.

Yo que ví que había acabado la platica y sermón en pedirrne —que, con su tema, acabó en él, y no comenzó, como todos hacen—, no me espanté de la vista, que no me había hecho otra vez mientras había sido su huésped, si no fue un día que me vino a dar satisfacciones de que había oído que me habían dicho no se qué de hechizos, y que la quisieron prender y escondió la calle; vínome a desengañar y a decir que era otra Guía; y no es de espantar que, con tales guías, vamos todos desencaminados.

Yo la conté su dinero y, estándosele dando, la desventura, que nunca me olvida, y el diablo, que se acuerda de mí, trazó que la venían a prender por amancebada, y sabían que estaba el amigo en casa. Entraron en mi aposento y, como me vieron en la cama, y a ella conmigo, cerraron con ella y conmigo, y diéronme cuatro o seis empellones muy grandes, y arrastráronme fuera de la cama. A ella la tenían asida otros dos, tratándola de alcagüeta y bruja. ¡Quién tal pensara de una mujer que hacía la vida referida!

A las voces del alguacil y a mis quejas, el amigo, que era un frutero que estaba en el aposento de adentro, dió a correr. Ellos que lo vieron, y supieron por lo que decía otro güesped de casa que yo lo era, arrancaron tras el pícaro, y asiéronle, y dejarónme a mí repelado y apuñeado; y con todo mi trabajo, me reía de lo que los picarones decían a la Guía. Porque uno la miraba y decía: —«¡Qué bien os estará una mitra, madre, y lo que me holgaré de veros consagrar tres mil nabos a vuestro servicio!». Otro: —«Ya tienen escogidas plumas los señores alcaldes, para que entréis bizarra». Al fin, trujeron el picarón, y atáronlos a entrambos. Pidiéronme perdón, y dejáronme solo.

Yo quedé algo aliviado de ver a mi buena huéspeda en el estado que tenía sus negocios; y así, no tenía otro cuidado sino el de levantarme a tiempo que la tirase mi naranja. Aunque, según las cosas que contaba una criada que quedó en casa, yo desconfié de su prisión, porque me dijo no se qué de volar, y otras cosas que no me sonaron bien.

Estuve en la casa curándome ocho días, y apenas podía salir; diéronme doce puntos en la cara, y hube de ponerme muletas. Halléme sin dinero, porque los cien reales se consumieron en la cura, comida y posada; y así, por no hacer más gasto no teniendo dinero, determiné de salirme con dos muletas de la casa, y vender mi vestido, cuellos y jubones, que era todo muy bueno. Hícelo, y compré con lo que me dieron un coleto de cordobán viejo y un jubonazo de estopa famoso, mi gabán de pobre, remendado y largo, mis polainas y zapatos grandes, la capilla del gabán en la cabeza; un Cristo de bronce traía colgando del cuello, y un rosario.

Impúsome en la voz y frases doloridas de pedir un pobre que entendía de la arte mucho; y así, comencé luego a ejercitallo por las calles. Cosíme sesenta reales que me sobraron, en el jubón; y, con esto, me metí a pobre, fiado en mi buena prosa. Anduve ocho días por las calles, aullando en esta forma, con voz dolorida y realzamiento de plegarias: —«¡Dalde, buen cristiano, siervo del Señor, al pobre lisiado y llagado; que me veo y me deseo!». Esto decía los días de trabajo, pero los días de fiesta comenzaba con diferente voz, y decia: —«¡Fieles cristianos y devotos del Senor! ¡Por tan alta princesa como

la Reina de los Angeles, Madre de Dios, dadle una limosna al pobre tullido y lastimado de la mano del Senor!». Y paraba un poco —que es de grande importancia—, y luego anadía: —«¡Un aire corrupto, en hora menguada, trabajando en una villa, me trabó mis miembros, que me vi sano y bueno como se ven y se vean, loado sea el Senor!».

Venían con esto los ochavos trompicando, y ganaba mucho dinero. Y ganara más, si no se me atravesara un mocetón mal encarado, manco de los brazos y con una pierna menos, que me rondaba las mismas calles en un carretón, y cogia más limosnas con pedir mal criado. Decía con voz ronca, rematando el chillido: —«¡Acordaos, siervos de Jesucristo, del castigado del Señor por sus pecados! iDadle al pobre lo que Dios reciba!». Y añadía: —«¡Por el buen Jesú!»; y ganaba que era un juicio. Yo advertí, y no dije mas Jesús, sino quitábale la s, y movía a más devoción. Al fin, yo mudé de frasecicas, y cogía maravillosa mosca.

Llevaba metidas entrambas piernas en una bolsa de cuero, y liadas, y mis dos muletas. Dormía en un portal de un cirujano, con un pobre de cantón, uno de los mayores bellacos que Dios crió. Estaba riquísimo, y era como nuestro retor; ganaba más que todos; tenía una potra muy grande, y atábase con un cordel el brazo por arriba, y parecía que tenia hinchada la mano y manca, y calentura, todo junto. Poníase echado boca arriba en su puesto, y con la potra defuera, tan grande como una bola de puente, y decia: —«¡Miren la pobreza y el regalo que hace el Señor al cristiano!». Si pasaba mujer, decía: —«¡Ah, señora hermosa, sea Dios en su ánima!»; y las más, porque las llamase así, le daban limosna, y pasaban por allí aunque no fuese camino para sus visitas. Si pasaba un soldadico: —«¡Oh, señor capitán!». Si iba alguno en coche, luego le llamaba señoría, y si clerigo en mula, señor arcediano. En fin, él adulaba terriblemente. Tenía modo diferente para pedir los días de los cantos; y vine a tener tanta amistad con él, que me descubrió un secreto con que, en dos días, estuvimos ricos. Y era que este tal pobre tenía tres muchachos pequeños, que recogían limosna por las calles y hurtaban lo que podían; dábanle cuenta a él, y todo lo guardaba. Iba a la parte con dos niños de cajuela en las sangrías que hacían dellas. Yo tomé el mismo arbitrio, y él me encamino la gentecica a propósito.

Halléme en menos de un mes con más de docientos reales horros. Y últimamente me declaró, con intento que nos fuésemos juntos, al mayor secreto y la mas alta industria que cupo en mendigo, y la hicimos entrambos. Y era que hurtábamos niños, cada día, entre los dos, cuatro o cinco; pregonábanlos, y salíamos nosotros a preguntar las señas, y deciamos: —«Por cierto, señor, que le topé a tal hora, y que si no llego, que le mata un carro; en casa esta». Dábannos el hallazgo, y veníamos a enriquecer de manera que me hallé yo con cincuenta escudos, y ya sano de las piernas, aunque las traía entrapajadas.

Determiné de salirme de la corte, y tomar mi camino para Toledo, donde ni conocía ni me conocía nadie. Al fin, yo me determiné. Compré un vestido pardo, cuello y espada, y despedíme de Valcázar, que era el pobre que dije, y busqué por los mesones en qué ir a Toledo.

CAPITULO IX
En que me hago representante, poeta y galán de monjas

Topé en un paraje una compañía de farsantes que iban a Toledo. Llevaban tres carros, y quiso Dios que, entre los compañeeros, iba uno que lo había sido mío del estudio en Alcalá, y había renegado y metídose al oficio. Díjele lo que me importaba ir allí y salir de la

corte; y apenas el hombre me conocía con la cuchillada, y no hacía sino santiguarse de mi per signum crucis. Al fin, me hizo amistad, por mi dinero, de alcanzar de los demás lugar para que yo fuese con ellos.

Íbamos barajados hombres y mujeres, y una entre ellas, la bailarina, que también hacía las reinas y papeles graves en la comedia, me pareció estremada sabandija. Acertó a estar su marido a mi lado, y yo, sin pensar a quien hablaba, llevado del deseo del amor y gozarla, díjele: —«A esta mujer, ¿por que órden la podremos hablar, para gastar con su merced unos veinte escudos, que me ha parecido hermosa?». —«No me está bien a mí el decirlo, que soy su marido» —dijo el hombre—, «ni tratar deso; pero sin pasión, que no me mueve ninguna, se puede gastar con ella cualquier dinero, porque tales carnes no tiene el suelo, ni tal juguetoncita». Y diciendo esto, saltó del carro y fuese a otro, según pareció, por darme lugar a que la hablase.

Cayóme en gracia la respuesta del hombre, y echó de ver que estos son de los que dijera algún bellaco que cumplen el preceto de San Pablo de tener mujeres como si no las tuviesen, torciendo la sentencia en malicia. Yo gocé de la ocasión, habléla, y preguntóme que adonde iba, y algo de mi vida. Al fin, muchas palabras, dejamos concertadas para Toledo las obras. Íbamonos holgando por el camino mucho.

Yo, acaso, comencé a representar un pedazo de la comedia de San Alejo, que me acordaba de cuando muchacho, y representélo de suerte que les dí cudicia. Y sabiendo, por lo que yo le dije a mi amigo que iba en la compañía, mis desgracias y descomodidades, díjome que si queria entrar en la danza con ellos. Encareciéronme tanto la vida de la farandula; y yo, que tenía necesidad de arrimo, y me había parecido bien la moza, concertéme por dos años con el autor. Hícele escritura de estar con él, y dióme mi ración y representaciones. Y con tanto, llegamos a Toledo.

Diéronme que estudiase tres o cuatro loas, y papeles de barba, quc los acomodaba bien con mi voz. Yo puse cuidado en todo, y eché la primera loa en el lugar. Era de una nave —de lo que son todas— que venía destrozada y sin provisión; decía lo de «este es el puerto», llamaba a la gente «senado», pedía perdón de las faltas y silencio, y entréme. Hubo un víctor de rezado, y al fin parecí bien en el teatro.

Representamos una comedia de un representante nuestro, que yo me admiré de que fuesen poetas, porque pensaba que el serlo era de hombres muy doctos y sabios, y no de gente tan sumamente lega. Y está ya de manera esto, que no hay autor que no escriba comedias, ni representante que no haga su farsa de moros y cristianos; que me acuerdo yo antes, que si no eran comedias del buen Lope de Vega, y Ramón, no había otra cosa.

Al fin, hízose la comedia el primer día, y no la entendió nadie; al segundo, empezámosla, y quiso Dios que empezaba por una guerra, y salía yo armado y con rodela, que, si no, a manos del mal membrillo, tronchos y badeas, acabo. No se ha visto tal torbellino, y ello merecíalo la comedia; porque traía un rey de Normandía, sin propósito, en habito de ermitaño, y metí dos lacayos por hacer reir; y al desatar de la maraña, no habia más de casarse todos, y allá vas. Al fin, tuvimos nuestro merecido.

Tratamos todos muy mal al compañero poeta, y yo principalmente, diciéndole que mirase de la que nos habíamos escapado y escarmentase. Díjome que jurado a Dios, que no era suyo nada de la comedia, sino que de un paso tomado de uno, y otro de otro, había hecho aquella capa de pobre, de remiendo, y que el daño no había estado sino en lo mal zurcido. Confesóme que los farsantes que hacían comedias todo les obligaba a restitución, porque se aprovechaban de cuanto habían

representado, y que era muy fácil, y que el interés de sacar trescientos o cuatrocientos reales, les ponía a aquellos riesgos; lo otro, que como andaban por esos lugares, les leen unos y otros comedias: —«Tomámoslas para verlas, llevámonoslas y, con añadir una necedad y quitar una cosa bien dicha, decimos que es nuestra». Y declaróme como no había habido farsante jamás que supiese hacer una copla de otra manera.

No me pareció mal la traza, y yo confieso que me incliné a ella, por hallarme con algún natural a la poesía; y mar, que tenía yo conocimiento con algunos poetas, y había leído a Garcilaso; y así, determiné de dar en el arte. Y con esto y la farsanta y representar, pasaba la vida; que pasado un mes que había estábamos en Toledo, haciendo comedias buenas y enmendando el yerro pasado, ya yo tenía nombre, y habían llegado a llamarme Alonsete, que yo había dicho llamarme Alonso; y por otro nombre me llamaban el Cruel, por serlo una figura que había hecho con gran aceptación de los mosqueteros y chusma vulgar. Tenía ya tres pares de vestidos, y autores que me pretendían sonsacar de la compañía. Hablaba ya de entender de la comedia, murmuraba de los famosos, reprehendía los gestos a Pinedo, daba mi voto en el reposo natural de Sánchez, llamaba bonico a Morales, pedíanme el parecer en el adorno de los teatros y trazar las apariencias. Si alguno venía a leer comedia, yo era el que la oía.

Al fin, animado con este aplauso, me desvirgué de poeta en un romancico, y luego hice un entremés, y no pareció mal. Atrevíme a una comedia, y porque no escapase de ser divina cosa, la hice de Nuestra Señora del Rosario. Comenzaba con chirimías, había sus ánimas del Purgatorio y sus demonios, que se usaban entonces, con su «bu, bu» al salir, y «ri, ri» al entrar; caíale muy en gracia al lugar el nombre de Satán en las coplas, y el tratar luego de si cayó del cielo, y tal. En fin, mi comedia se hizo, y pareció bien.

No me daba manos a trabajar, porque acudían a mi enamorados, unos por coplas de cejas, y otros de ojos, cuál soneto de manos, y cuál romancico para cabellos. Para cada cosa tenía su precio, aunque, como había otras tiendas, porque acudiesen a la mía, hacía barato.

¿Pues villancicos? Hervía en sacristanes y demandaderas de monjas; ciegos me sustentaban a pura oración —ocho reales de cada una—; y me acuerdo que hice entonces la del Justo Juez, grave y sonora, que provocaba a gestos. Escribí para un ciego, que las sacó en su nombre, las famosas que empiezan:

Madre del Verbo humanal, Hija del Padre divino, dame gracia virginal, etc.

Fuí el primero que introdujo acabar las coplas como los sermones, con «aquí gracia y después gloria», en esta copla de un cautivo de Tetuan:

Pidámoslc sin falacia, al alto Rey sin escoria, pues ve nuestra pertinacia, que nos quiera dar su gracia, y después allí la gloria. Amén.

Estaba viento en popa con estas cosas, rico y próspero, y tal, que casi aspiraba ya a ser autor. Tenía mi casa muy bien aderezada, porque había dado, para tener tapicería barata, en un arbitrio del diablo, y fue de comprar rcposteros de tabernas, y colgarlos. Costáronme veinte y cinco o treinta reales, y eran más para ver que cuantos tiene el Rey, pues por éstos se veía de puro rotos, y por esotros no se verá

nada.

Sucedióme un día la mejor cosa del mundo, que, aunque es en mi afrenta, la he de contar. Yo me recogía en mi posada, el día que escribía comedia, al desván, y allí me estaba y allí comía; subía una moza con la vianda, y dejábamela allí. Yo tenía por costumbre escribir representando recio, como si lo hiciera en el tablado. Ordena el diablo que, a la hora y punto que la moza iba subiendo por la escalera, que era angosta y escura, con los platos y olla, yo estaba en un paso de una montería, y daba grandes gritos componiendo mi comedia; y decía:

Guarda el oso, guarda el oso, que me deja hecho pedazos, y baja tras ti furioso;

que entendio la moza —que era gallega—, como oyó decir «baja tras ti» y «me deja», que era verdad, y que la avisaba. Va a huir y, con la turbación, písase la saya, y rueda toda la escalera, derrama la olla y quiebra los platos, y sale dando gritos a la calle, diciendo que mataba un oso a un hombre. Y, por presto, que yo acudí, ya estaba toda la vecindad conmigo preguntando por el oso; y aun contándoles yo como había sido ignorancia de la moza, porque era lo que he referido de la comedia, aun no lo querían creer; no comí aquel dia. Supiéronlo los compañeros, y fue celebrado el cuento en la ciudad. Y destas cosas que sucedieron muchas mientras perseveré en el oficio de poeta y no salí del mal estado.

Sucedio, pues, que a mi autor —que siempre paran en esto—, sabiendo que en Toledo le había ido bien, le ejecutaron no sé por qué deudas, y le pusieron en la cárcel, con lo cual nos desmembramos todos, y echó cada uno por su parte. Yo, si va a decir verdad, aunque los compañeros me querían guiar a otras compañías, como no aspiraba a semejantes oficios y el andar en ellos era por necesidad, ya que me veía con dineros y bien puesto, no trate de más que de holgarme.

Despedíme de todos; fuéronse, y yo, que entendí salir de mala vida con no ser farsante, si no lo ha v. m. por enojo, di en amante de red, como cofia, y por hablar más claro, en pretendiente de Antecristo, que es lo mismo que plan de monjas. Tuve ocasión para dar en esto porque una, a cuya petición había yo hecho muchos villancicos, se aficionó en un auto del Corpus de mí, viéndome representar un San Juan Evangelista, que lo era ella. Regalaábame la mujer con cuidado, y habíanme dicho que solo sentía que fuese farsante, porque yo había fingido que era hijo de un gran caballero, y dábala compasión. Al fin, me determiné de escribirla lo siguiente:

CARTA

«Más por agradar a v.m. que por hacer lo que me importaba, he dejado la compañía; que, para mí, cualquiera sin la suya es soledad. Ya seré tanto más suyo, cuanto soy más mío. Avíseme cuando habrá locutorio, y sabré juntamente cuándo tendré gusto», etc.

Llevó el billetico la andadera; no se podrá creer el contento de la buena monja sabiendo mi nuevo estado. Respondióme desta manera:

RESPUESTA

«De sus buenos sucesos, antes aguardo los parahienes que los doy, y me pesara dello a no saber que mi voluntad y su provecho es todo uno. Podemos decir que ha vuelto en sí; no resta agora sino perseverancia que se mida con la que yo tendré. El locutorio dudo por hoy, pero no deje de venirse v.m. a visperas, quc allí nos veremos, y luego por las vistas, y quizá podré yo hacer alguna pandilla a la abadesa. Y adiós».

Contentóme el papel, que realmente la monja tenía buen entendimiento y era hermosa. Comí y púseme el vestido con que solía hacer los galanes en las comedias. Fuíme derecho a la iglesia, recé, y luego empecé a repasar todos los lazos y agujeros de la red con los ojos, para ver si parecía; cuando Dios y enhorabuena —que más era diablo en hora mala—, oigo la seña antigua: empieza a toser, y yo a toser; y andaba una tosidura de Barrabás. Arremedábamos un catarro, y parecía que habían echado pimiento en la iglesia. Al fin, yo estaba cansado de toser, cuando se me asoma a la red una vieja tosiendo, y echo de ver mi desventura, que es peligrosísima seña en los conventos; porque como es seña a las mozas, es costumbre en las viejas, y hay hombre que piensa que es reclamo de ruiseñor, y le sale después graznido de cuervo.

Estuve gran rato en la iglesia, hasta que empezaron vísperas. Oílas todas, que por estollaman a los enamorados de monjas «solenes enamorados», por lo que tienen de vísperas, y tienen también que nunca salen de vísperas del contento, porque no se les llega el día jamás.

No se creerá los pares de vísperas que yo oí. Estaba con dos varas de gaznate más del que tenía cuando entré en los amores —a puro estirarme para ver—, gran compañero del sacristán y monacillo, y muy bien recibido del vicario, que era hombre de humor. Andaba tan tieso, que parecía que almorzaba asadores y que comía virotes.

Fuíme a las vistas, y allá, con ser una plazuela bien grande, era menester enviar a tomar lugar a las doce, como para comedia nueva: hervía en devotos. Al fin, me puse en donde pude; y podíanse ir a ver, por cosas raras, las diferentes posturas de los amantes. Cuál, sin pestañear, mirando, con su mano puesta en la espalda, y la otra con el rosario, estaba como figura de piedra sobre sepulcro; otro, alzadas las manos y estendidos los brazos a lo seráfico, recibiendo las llagas, cuál, con la boca más abierta que la de mujer pedigüeña, sin hablar palabra, la enseñaba a su querida las entrañas por el gaznate; otro, pegado a la pared, dando pesadumbre a los ladrillos, parecía medirse con la esquina; cuál se paseaba como si le hubieran de querer por el portante, como a macho; otro, con una cartica en la mano, a uso de cazador con came, parecía que llamaba halcón. Los celosos era otra banda; éstos, unos estaban en corrillos riéndose y mirando a ellas; otros, leyendo coplas y enseñándoselas; cuál, para dar picón, pasaba por el terreno, con una mujer de la mano; y cuál hablaba con una criada echadiza que le daba un recado.

Esto era de la parte de abajo y nuestra, pero de la de arriba, adonde estaban las monjas, era cosa de ver también; porque las vistas era una torrecilla llena de redendijas toda, y una pared con deshilados, que ya parecía salvadera, ya pomo de olor. Estaban todos los agujeros poblados de brújulas, allí se veía una pepitoria, una mano y acullá un pie; en otra parte había cosas de sábado: cabezas y lenguas, aunque faltaban sesos; a otro lado se mostraba buhonería: una enseñaba el rosario, cual mecía el pañizuelo, en otra parte colgaba un guante, allí salía un listón verde... Unas hablaban algo recio, otras tosían; cuál hacía la seña de los sombrereros, como si sacara arañas, ceceando.

En verano, es de ver cómo no solo se calientan al sol, sino se chamuscan; que es gran gusto verlas a ellas tan crudas y a ellos tan asados. En invierno acontece, con la humedad, nacerle a uno de nosotros berros y arboledas, en el cuerpo. No hay nieve que se nos escape, ni lluvia que se nos pase por alto; y todo esto, al cabo, es para ver una mujer por red y vidrieras, como güeso de santo; es como enamorarse de un tordo en jaula, si habla, y, si calla, de un retrato.

Los favores son todos toques, que nunca llegan a cabes: un paloteadico con los dedos. Hincan las cabezas en las rejas, y apúntanse los requiebros por las troneras. Aman el escondite. ¿Y verlos hablar quedito y de rezado? ¡Pues sufrir una vieja que riñe, una portera que manda y una tornera que miente! Y lo mejor es ver cómo nos piden celos de las de acá fuera, diciendo que el verdadero amor es el suyo, y las causas tan endemoniadas que hallan para probarlo.

Al fin, yo llamaba ya «señora» a la abadesa, «padre» al vicario y «hermano» al sacristán, cosas todas que, con el tiempo y el curso, alcanza un desesperado. Empezáronme a enfadar las torneras con despedirme y las monjas con pedirme. Consideré cuán caro me costaba el infierno, que a otros se da tan barato y en esta vida, por tan descansados caminos. Veía que me condenaba a puñados, y que me iba al infierno por sólo el sentido del tacto. Si hablaba, solía —porque no me oyesen los demás que estaban en las rejas— juntar tanto con ellas la cabeza, que por dos días siguientes traía los hierros estampados en la frente, y hablaba como sacerdote que dice las palabras de la consagración. No me veía nadie que no decía: —«¿Maldito seas, bellaco monjil!» , y otras cosas peores.

Todo esto me tenía revolviendo pareceres, y casi determinado a dejar la monja, aunque perdiese mi sustento. Y determinéme el día de San Juan Evangelista, porque acabé de conocer lo que son las monjas. Y no quiera v.m. saber más de que las Bautistas todas enronquecieron adrede, y sacaron tales voces, que, en vez de cantar la misa, la gimieron; no se lavaron las caras, y se vistieron de viejo. Y los devotos de las Bautistas, por desautorizar la fiesta, trujeron banquetas en lugar de sillas a la iglesia, y muchos pícaros del rastro. Cuando yo ví que las unas por el un santo, y las otras por el otro, trataban indecentemente dellos, cogiéndola a la monja con título de rifárselos, cincuenta escudos de cosas de labor —medias de seda, bolsicos de ámbar y dulces—, tomé mi camino para Sevilla, temiendo que, si más aguardaba, había de ver nacer mandrágoras en los locutorios.

Lo que la monja hizo de sentimiento, más por lo que la llevaba que por mí, considérelo el pío lector.

CAPITULO X
De lo que me sucedió en Sevilla hasta embarcarme a Indias

Pasé el camino de Toledo a Sevilla prosperamente, porque, como yo tenía ya mis principios de fullero, y llevaba dados cargados con nueva pasta de mayor y de menor, y tenía la mano derecha encubridora de un lado —pues preñada de cuatro, paría tres—, llevaba gran provisión de cartones de lo ancho y de lo largo para hacer garrotes de morros y ballestilla y así, no se me escapaba dinero.

Dejo de referir otras muchas flores, porque, a decirlas todas, me tuvieran más por ramillete que por hombre; y también, porque antes fuera dar que imitar, que referir vicios de que huyan los hombres. Más quizá declarando yo algunas chanzas y modos de hablar, estarán más avisados los ignorantes, y los que leyeren mi libro serán engañados por su culpa.

No te fies, hombre, en dar tú la baraja, que te la trocarán al despabilar de una vela. Guarda el naipe de tocamientos, raspados o bruñidos, cosa con que se conocen los azares. Y por si fueres pícaro, lector, advierte que, en cocinas y caballerizas, pican con un alfiler o doblan los azares, para conocerlos por lo hendido. Y si tratares con

gente honrada, guárdate del naipe, que desde la estampa fue concebido en pecado, y que, con traer atravesado el papel, dice lo que viene. No te fies de naipe limpio, que, al que da vista y retiene, lo mas jabonado es sucio. Advierte que, a la carteta, el que hace los naipes que no doble más arqueadas las figuras, fuera de los reyes, que las demás cartas, porque el tal doblar es por tu dinero difunto. A la primera, mira no den de arriba las que descarta el que dá, y procura que no se pidan cartas o por los dedos en el naipe o por las primeras letras de las palabras.

No quiero darte luz de más cosas; éstas bastan para saber que has de vivir con cautela, pues es cierto que son infinitas las maulas que te callo. «Dar muerte» llaman quitar el dinero, y con propiedad; «revesa» llaman la treta contra el amigo, que de puro revesada no la entiende; «dobles» son los que acarrean sencillos para que los desuellen estos rastreros de bolsas; «blanco» llaman al sano de malicia y bueno como el pan, y «negro» al que deja en blanco sus diligencias.

Yo, pues, con este lenguaje y estas flores, llegué a Sevilla; con el dinero de las camaradas gané el alquiler de las mulas, y la comida y dineros a los huéspedes de las posadas. Fuíme luego a apear al mesón del Moro, donde me topé un condiscípulo mío de Alcalá, que se llamaba Mata, y agora se decía, por parecerle nombre de poco ruido, Matorral. Trataba en vidas, y era tendero de cuchilladas, y no le iba mal. Traía la muestra dellas en su cara, y por las que le habían dado, concertaba tamaño y hondura de las que había de dar. Decía: —«No hay tal maestro como el bien acuchillado»; y tenía razón, porque la cara era una cuera, y él un cuero. Díjome que me había de ir a cenar con él y otros camaradas, y que ellos me volverían al mesón.

Fui; llegamos a su posada, y dijo: —«Ea, quite la capa vuacé, y parezca hombre, que verá esta noche todos los buenos hijos de Jevilla. Y porque no lo tengan por maricón, ahaje ese cuello y agobie de espaldas; la capa caída, que siempre nosotros andamos de capa caída, ese hocico, de tornillo: gestos a un !ado y a otro; y haga vuce de las g, h y de las h, g. Diga conmigo: gerida, mogino, jumo, pahería, mohar, babalí y harro de vino». Tómelo de memoria. Prestóme una daga, que en lo ancho era alfanje, y, en lo largo, de comedimiento suyo no se llamaba espada, que bien podía. —«Bebase» —me dijo— «esta media azumbre de vino puro, que si no da vaharada, no parecerá valiente».

Estando en esto, y yo con lo bebido atolondrado, entraron cuatro dellos, con cuatro zapatos de gotoso por caras, andando a lo columpio, no cubiertos con las capas sino fajados por los lomos; los sombreros empinados sobre la frente, altas las faldillas de delante, que parecían diademas; un par de herrerías enteras por guarniciones de dagas y espadas; las conteras, en conversación con el calcañar derecho; los ojos derribados, la vista fuerte; bigotes buidos a lo cuerpo, y barbas turcas, como caballos.

Hiciéronnos un gesto con la boca, y luego a mi amigo le dijeron, con voces mohínas, sisando palabras: —«Seidor». —«So compadre», respondió mi ayo. Sentáronse; y para preguntar quien era yo, no hablaron palabra, sino el uno miró a Matorrales y, abriendo la boca y empujando hacia mí el labio de abajo, me señaló. A lo cual mi maestro de novicios satisfizo empuñando la barba y mirando hacia abajo. Y con esto, se levantaron todos y me abrazaron, yo a ellos, que fue lo mismo que si catara cuatro diferentes vinos.

Llegó la hora de cenar; vinieron a servir unos pícaros, que los bravos llaman «canones». Sentámonos a la mesa; aparecióse luego el alcaparrón; empezaron, por bienvenido, a beber a mi honra, que yo,

hasta que la vi beber, no entendí que tenía tanta. Vino pescado y came, y todo con apetitos de sed. Estaba una artesa en el suelo llena de vino, y allí se echaba de bruces el que quería hacer la razón; contentóme la penadilla; a dos veces, no hubo hombre que conociese al otro.

Empezaron pláticas de guerra; menudeábanse los jurados; murieron, de brindis a brindis, veinte o treinta sin confesión; recetáronsele al asistente mil puñaladas. Tratóse de la buena memoria de Domingo Tiznado y Gayón; derramóse vino en cantidad al ánima de Escamilla, los que las cogieron tristes, lloraron tiérnamente al mal logrado Alonso Álvarez. Y a mi compañero, con estas cosas, se le desconcertó el reloj de la cabeza, y dijo, algo ronco, tomando un pan con las dos manos y mirando a la luz: —«Por ésta, que es la cara de Dios, y por aquella luz quc salió por la boca del ángel, que si vucedes quieren, que esta noche hemos de dar al corchete que siguió al pobre Tuerto». Levantóse entre ellos alarido disforme, y desnudando las dagas, lo juraron; poniendo las manos cada uno en un borde de la artesa, y echándose sobre ella de hocicos, dijeron: —«Así como bebemos este vino, hemos de beberle la sangre a todo acechador». —«Quien es este Alonso Álvarez» —pregunté— «que tanto se ha sentido su muerte?» —«Mancebito» —dijo el uno—, «lidiador ahigadado, mozo de manos y buen compañero. ¡Vamos, que me retientan los demonios!».

Con esto, salimos de casa a montería de corchetes. Yo, como iba entregado al vino y había renunciado en su poder mis sentidos, no advertí al riesgo que me ponía. Llegamos a la calle de la Mar, donde encaró con nosotros la ronda. No bien la columbraron, cuando, sacando las espadas, la embistieron. Yo hice lo mismo, y limpiamos dos cuerpos de corchetes de sus malditas ánimas, al primer encuentro. El alguacil puso la justicia en sus pies, y apeló por la calle arriba dando voces. No lo pudimos seguir, por haber cargado delantero. Y, al fin, nos acogimos a la Iglesia Mayor, donde nos amparamos del rigor de la justicia, y dormimos lo necesario para espumar el vino que hervía en los cascos. Y vueltos ya en nuestro acuerdo, me espantaba yo de ver que hubiese perdido la justicia dos corchetes, y huido el alguacil de un racimo de uvas, que entonces lo éramos nosotros.

Pasábamoslo en la iglesia notablemente, porque, al olor de los retraídos, vinieron ninfas, desnudándose para vestirnos. Aficióneseme la Grajales; vistióme de nuevo de sus colores. Súpome bien y mejor que todas esta vida; y así, propuse de navegar en ansias con la Grajal hasta morir. Estudié la jacarandina, y en pocos días era rabí de los otros rufianes.

La justicia no se descuidaba de buscarnos; rondábamos la puerta, pero, con todo, de media noche abajo, rondábamos disfrazados. Yo que ví que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme, no de escarmentado —que no soy tan cuerdo—, sino de cansado, como obstinado pecador, determiné, consultándolo primero con la Grajal, de pasarme a Indias con ella, a ver si, mudando mundo y tierra, mejoraría mi suerte. Y fueme peor, como v.m. verá en la segunda parte, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres.

LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

...